ELENI SAMIOS

(622-23)

LA VERDADERA TRAGEDIA DE

Panait Istrati

ediciones ercilla

En 1929, un grupo de dos hombres y dos mujeres ingresó a Rusia para recorrerla, conocerla y retratarla. Lo componían Panait Istrati, el insigne escritor rumano, Nicolás Kazán o Kazantzaki, el vibrante griego, autor de "Toda Raba", Eleni Samios, escritora griega, autora de "Vida de Mahatma Gandhi" y Bilili, personaje femenino, misterioso en este libro, que comparte los trabajos de Panait.

Fué una romería larga y trabajosa. Vieron aspectos contradictorios de los Soviets. Panait Istrati, siempre nervioso y sensitivo, se peleaba con Kazán, criticaba más de la cuenta o se exaltaba favorablemente hasta el extremo, según el ritmo de su pasión.

Pero, su emotividad hizo crisis cuando llegó a casa de Victor Serge, el insigne amigo de Lenin. Serge se hallaba prácticamente vigilado por el Gobierno soviético, y su suegro, un obrero meritísimo, había sido excluído de su sindicato y condenado a una indudable muerte cívica.

Ante estos hechos, Panait se precipitó literariamente contra el Soviet. Y escribió un libro que provocó tantas polémicas sobre Rusia, como "Regreso de la U.R.S.S." de Gide, hace dos años. Cuenta Eleni Samios en las páginas siguientes, como Panait nunca quiso atacar a Rusia, sino un aspecto y una época de su régimen político y especialmente una actitud de los stalinistas.

Libro lleno de vida, escrito con ímpetu, con indudable verismo, "La verdadera tragedia de Panait Istrati" arroja vivísima luz sobre la personalidad contradictoria y avasallante del inmortal autor de "Kyra Kyralina" y "Los Haiduks", y presenta al mismo tiempo en la intimidad a Kazán, cuya "Toda Raba", que editamos nosotros, ha sido recibida triuncafalmente por la crítica, y cuyo "Jardín de las rocas" merecerá, sin duda, idéntica acogida.

EDITORIAL ERCILLA.

Colección
Contemporáneos

LA VERDADERA TRAGEDIA DE PANAIT ISTRATI

E L E N I   S A M I O S

33819

La Verdadera Tragedia de Panait Istrati

TRADUCCION DE L. A. SANCHEZ

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1938

Es Propiedad
Registro N.° 6133

COPYRIGHT by
Ed. Ercilla, S. A., 1938

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla, S. A.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

PRELUDIO POR VICTOR SERGE

MUERTE DE PANAIT

Acabado — el Mediterráneo, acabado París, acabado, acabado,
acabado aquel rincón de Alejandría en donde estuviste a punto
[de morir de hambre,
de cólera,
de desesperación.

—¿Acaso se sabe alguna vez qué es lo que nos tunde?
Acabado! — Acabadas las aventuras, los labios negros, los
[dorados ojos,
en el fondo de las pocilgas, en los puertos,
en el fondo de las noches.

Acabado! — Acabadas las tentaciones acres,
y embriagadoras
del mar.
El "Andros" dirige su proa hacia el Pireo,
el "Santa Mercedes" hacia Brindisi, las Indias,
la Insulindia,
y tú, tú permaneces, ávido y triste, sin un céntimo, al borde
[de un lecho de hotel donde flotan oscuras trenzas
sobre senos que tus manos acarician al claro de luna...
Tú la devoras y tú la amas, cuán idiota vuestro poema,
Angélica, Genoveva, querida, querida y pobre prostituta...

Acabado! — Acabadas las mujeres, las inocentes, las consen-
[tidoras, las arrepentidas, las traicionadas, las abandonadas,

las perdonadas,
y las tan puramente adoradas — ¡Oh, cuán deseables las
[criadas
de la Posada del Lago Salado!...

Acabado! — Acabadas las cocinas de paprika y de ese vinillo
[rojo un poco áspero
que se bebía en medio de vagos, refiriendo gratas historias...
¿Pero acaso eran justos,
pero acaso eran santos,
aquellos compadres
del cafetucho de Braila
en donde se hacía contrabando
bajo la enseña del "Paraíso"
de los libertos de sólidos riñones?

—Ninguno, mira, ninguno, ninguno
habría dejado al otro en aprietos:
¡ninguno de ellos era escritor!...

Acabado! — Acabados los libros, que admiramos
como, de niño, las piedrecillas
maravillosas,
recogidas a orillas del mar,
extraídas del fondo del mar...

Acabado! — Acabados los libros escritos...
Las copias: ¡Dios mío!, los que no los paren no saben lo que
[es eso y todo lo que ello significa!

Páginas vendidas, páginas perdidas, lo cierto, lo falso,
ese amasijo de grandes y pequeñas mentiras, todas esas pa-
[labras que son trampas, totem, sortilegio,—
y la leyenda!
Las tristes páginas que uno se avergüenza de haber escrito,
y las que no pudieron brotar del cerebro...

Las páginas fatigantes, desalentadoras, fatigadas y de pronto
[vivaces
en que brinca Nerránsula, más arrogante y bella que sí misma,
[y más feliz de vivir que en la vida auténtica,
—y se aleja Nerránsula, balanceando las caderas, y se arroja
[al Danubio en pleno cielo,
¡oh blanca nadadora, amante de las aguas!...

¡El corazón del corazón de los hombres escupido en sus obras!

¿Acaso todavía se vende, todo ese papel impreso
chez *Rieder?*

Acabado! — Acabado el insulto.
Nunca te lo ahorraron.
Nutriéronse befándote hasta tu muerte y después de ella.
Así,
cuántas gentes, gracias a ti, comieron mejor que tú.
Y dijeron que eras traidor y te habías vendido, pobre amigo.
Tú, el leal, traicionar a esos mercaderes de frases,
tú, vendido, que no tenías qué vender, insobornable tu mismo!
Tú te marchitabas sobre tus recortes de prensa, como Job so-
[bre sus inmundicias,
expectorando blandamente el último pedazo de pulmón
al rostro de esos canallas,
bendecidores de aprovechables masacres,
aprovechadores de revoluciones desfiguradas...

Acabado — Acabado hasta el deseo de morir
cuando no hay sino canallas en este valle de lágrimas publi-
[cables.
Porque tú te truncaste por haber amado demasiado la tierra.
Te queda una cicatriz a la altura de la carótida,
y tu suicidio te impidió usar correctamente cuellos duros.

Tus últimas páginas inconclusas se desprenden de ti
como un vuelo de palomas,
sombra y ceniza: volved a la sombra, volved a la ceniza.

Debieras estar sollozando, pero no es posible, ah, no, sollo-
[zar: ¿queréis reiros?
Tropiezas, las ardientes piedras del camino se apartan bajo
[tus pasos.
—¡Sostenedle, graciosas — Sostenedle, graciosas, sostenedle,
el cielo es ciego. ¡Ah, qué desgarramiento!
Te alejas entre dos diosas, ellas te consuelan, ellas te arre-
[batan,
consoladoras,
ellas; amistad y soledad.

No te veré más pasar de alcoba en alcoba,
masticando negrura
en tu taza de negro café.
Ya no calmaré más tus vehementes furias.
Ya no veré más tus manos tajadas de venas, manos de bal-
[cánico,
ni tu bocaza orificada,
ni tu nariz venteante, ni tus ojos de muchachote astuto,
cínico entre los maliciosos...
Y ya no iremos a Provenza, el saco al hombro, a tomar fo-
[tografías
como a los veinte años,
gratuitamente para la más hermosa y para el loco, para la
[prometida y el anarco...
¡Buenos tiempos aquellos!...

Tanto he sorbido la noche pensando en ti
que esta tarde, en este desierto, me siento a tu vera
más cerca que de los vivos.
Los mismos vientos silban sobre mi estepa y sobre tu Ba-
[ragán,
los mismos huracanes,...
La Osa Mayor titila ante mi ventana, y tras de la casa se
[extiende la llanura, tan desnuda y vasta que
es como el fin de la tierra:

una mujer joven duerme ahí, cansada del trabajo, con la se-
[renidad de un don otorgado.

Todo eso es tu tumba, y será la mía, y ya es la nuestra,
nuestra vida proseguida.
Y yo escucho por ti
cuán radioso silencio cae sobre tantos clamores.

VICTOR SERGE.

Oremburgo, 1935.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

El héroe de este libro es un hombre que frisa en los cuarenta, pálido, de hundido pecho, de ojos extáticos, perennemente inquietos, ávidos y bondadosos, de bruscos ademanes, de alma ancha y constantemente en ebullición, como el país al cual trata de conocer.

Uno—y no más—será el héroe de este libro, pero yo hablaré además de otro hombre, de su compañero de ruta en aquellos tiempos—así le gustaba llamarlos. Y hablaré también de la dulcísima Bilili, de la silenciosa Bilili, con sus severos ojos de **madonna** bizantina, que fué compañera de alegrías, de tristes sucesos y de elevadas ideas... en aquellos días fecundos.

Y, por último, me veo obligado a bosquejar —muy ligeramente —, la cuarta figura de ese tetrángulo errante, a una joven griega que abrió ampliamente su corazón, sus ojos y sus oídos, y que nunca más podrá olvidar lo que vivió durante aquel año soviético.

Tales son, pues, los seres quijotescos que se encaminan hacia Nijni Novgorod y su famosa Yarmarka.

"Para mí es un asunto muy complicado la feria de Nijni-Novgorod. La desdichada feria se abre en junio, dentro de un mes, y me dicen que hay que estar ahí desde su apertura. ¡Qué desgracia! Porque, ¿qué haré yo de mi **Adrián Zografi** (1) para terminar el cual necesito dos meses de tranquilidad, por lo menos? (Además, tengo la desgracia de que en la actualidad no me es posible empezar con Adrián, pues tengo que acabar la serie de artículos sobre Grecia, para "Monde": ¡15 días de trabajo!). ¡Así estamos!"

Las exclamaciones de Panait Istrati, vibrantes de impaciencia, se repetían con frecuencia desde el mes de mayo. Y henos aquí, por fin, a los últimos de agosto, dirigiéndonos hacia la famosa y tan deseada Yarmarka.

Encorvado bajo el enorme peso de su saco de viaje, enjaezado con su aparato fotográfico y sus accesorios que, por sí solos, requieren un portador, teniendo en una mano su "Remington" portátil y en la otra una importante cantimplora de aluminio, Panait, Panaitaki, nuestro querido Haiduk, se sumerge alegremente entre la marea de blancas blusas.

Sobrepasándolo en algunos dedos, caminando a cortos saltitos, Kazán, el cretense (2) va en pos de

(1) Se refiere al protagonista de la obra de Panait Istrati. —N. del T.

(2) Vibrante escritor griego, autor de "Toda Raba" (Ediciones Ercilla), relato poético de un viaje por Rusia soviética, y de "El jardín de las rocas".—N. del T.

él: sin sombrero, vestido del mismo color gris verde de Panait. Sus trajes los hizo un sastre de señoras, en Atenas. La tela es rica, pero las costuras crujen. Apenas pueden moverse entre la ropa, pero se sienten orgullosos de llevarla. ¿No se parecen, acaso, como si fueran hermanos?

Las dos jóvenes, tocadas de pañuelos rojos, los siguen como pueden, ya resbalándose con una cáscara de sandía, ya naufragando entre la marea de blusas blancas.

Fin de agosto. Interminable crepúsculo, lechoso, que impide asomarse a las estrellas. Moscú. Sin piel de oso polar, la ciudad tiene triste aspecto. El asfalto es escaso, el polvo se nos mete hasta la garganta. Tan sólo las cúpulas de oro destellan, ufanas sobre nuestras cabezas.

Sálvese el que pueda hacia las afueras, hacia el aire fresco de los lagos y de los bosques. Un poderoso río humano se precipita en cada estación.

Por fin, henos instalados en un compartimiento vacío. "¡Duro!" Lo "blando" no nos gusta! — declara Panait. Duro. Pero nos dan, como a todo viajero de tercera, una almohada, un largo, ancha toalla de tela y, si los "tovarischi" (1) lo desean, sábanas.

— ¿Sábanas?

¡Ajá! ¿De qué nos servirían entonces los hermosos sacos de batista rosa listada, justo orgullo de

(1) Compañeros.

Bilili? ¿Y por qué perdió ella su sueño en el afán de perfeccionarlos "para que los piojos no puedan entrar en ellos"?

Todavía no está el tren en marcha, y nuestro hombre tiene prisa. Un "guss", un delicioso ganso asado, con papas, nos hace agua la boca. Mediante un rublo tendremos ese "guss" en todas las estaciones. Eran aún tiempos de riqueza.

Y si el té de la Cooperativa no es de Shong-Shong, el agua caliente no cuesta nada. Basta abrir la llave.

Panait está feliz por haberse libertado de su intérprete, un arrogante joven rumano. Es la primera vez que viajamos solos, sin más recursos que los de nuestro ingenio y una curiosa mezcla de ademanes y de muchas lenguas extranjeras. Pero nos hacemos comprender a maravilla y abrimos discusiones interminables.

El humillo del ganso nos hace dejar nuestra ocupación. Descalzas, armadas con largas agujas, las mujeres nos hallamos ya instaladas como se puede. ¡Ah, ese remendar medias! Remiendo de medias en la mañana. Remiendo de medias en la noche. Remiendo de medias al amanecer. Remiendo de medias en el tren o en el hotel; solas o ante visitantes. Siempre a merced de esas medias que se negaron a firmar el contrato propuesto: de durar durante toda nuestra peregrinación soviética.

— Dejemos las medias, Eleni; ese olor me mata.

—¡Dejemos las medias, Bililí! ¡Yo tampoco soy una Pitias!

Saltamos de nuestras literas. Los hombres nos sirven. Sobre la mesa, hay un poco más de la inevitable sandía, un montón de manzanas y, en el puesto de honor, la cafetera de Panait. En espera de la aurora, nuestro incorregible oriental había ya preparado sus dos tazas y su caja de café. A su lado, Kazán, corazón africano, cerebro occidental, habíase reservado un rincón para su Dante.

Comemos con buen apetito y como estamos en pie mucho antes del alba, nos abrigamos en nuestros sacos rosa-listada. Sólo más tarde, el inspector hará la señal de la cruz y escupirá tres veces —¡oh, muy a escondidas!— al ver esos cuatro lactantes envueltos, a estas cuatro larvas de cara de bandidos y caperuzas rojas.

Cualquier feria de París tiene más interés que la famosa Novorossiskaia Yarmarka.

—**Amán bré Niko, amán bré Niko,** ¿es esta la feria que soñamos?

Cobertizos demolidos, calles deshechas, miseria... El comercio privado, antes tan floreciente, ha emigrado. Algunos comerciantes persas se obstinan aun: flacos, rechonchos, negruzcos, tan arrugados, como sus mercaderías, sus higos y sus sórdidas peras.

En la plaza central, los caballitos de madera giran sin jinetes. En vano desgañítase la música.

Un circo de aspecto miserable. Colgados en dos jaulas, a la entrada, un viejo pelícano y su "flirt", una joven mona pelada. Los papanatas tratan de entretenerse. La mona, después de haber mascado las manzanas y cacahuetes con los sacos de papel que ellos acaban de ofrecerle, se los escupe a la cara. Mas digno, el pelícano bosteza a las cornejas, ya en un pie, ya sobre el otro.

No se encuentran ya en los dos mercados del Estado bordados originales y objetos de lujo como antaño. Solamente interesan materias de primera necesidad: aluminio, calzado, jabón, máquinas.

Un solo artículo de fantasía: el "kustari", el juguete de madera; pero, ¡qué sorpresa!

— ¡Son iconos bizantinos! — exclama Panait maravillado. — ¿Estamos en la URSS o en la Santa Rusia de los Zares?

— Estamos en la tierra espléndida y dolorida — responde Kazán, deslizando una mirada oblicua hacia nuestro inocente guía —. El corazón humano es un músculo tenaz que nunca olvida y que se burla de la inteligencia, de esta ramera ligera e inconstante que se cree libre cuando comete sus infidelidades.

— ¡Explícate más claramente, idiota! No te entiendo. . .

— El corazón del artista ruso se acuerda. Durante siglos amó a estos pobres pescadores y nimbó sus cabezas con aureolas de oro. Los llamaba pescadores de almas, compañeros de Dios, apóstoles: les daba nombres muy dulces: Pedro, Juan, Felipe. La

barca del pescador se convirtió en símbolo de la Iglesia, el pescado adquirió un sentido nuevo y el mar sonrió sereno, obediente y feliz bajo el pie de Jesús... El corazón humano no olvida nunca, y he aquí por qué, querido Panaitaki, estos "tovarischi" pescadores y estas barcas y estos pescados y este mar soviético tienen esa apariencia extraña que te conturba: la nueva síntesis del obrero y del apóstol está ahí, inconsciente y profunda.

Panait miraba largamente aquella antigua iconografía bizantina que aspiraba a una nueva síntesis. Nunca reveló Juan, a los pies de Jesús, más respetuosa devoción. Veíamos en el dibujo huellas de la aureola llameante. Sus otros dos compañeros tienen las mismas expresiones milenarias. Pero, no son ya santas imágenes, sino cajas de cigarros, polvoreras, juguetes. ¡Y las apariencias quedan a salvo!

Iván Marchenko, nuestro amigo, alto, rubio y amable, sonreía:

—Ya no necesitan ustedes de mí. Me marcho. Mañana vean espectáculos más interesantes: la más grande fábrica soviética de papel. Y recuerden lo siguiente: si quisiéramos, la Yarmarka podría revivir con su santo Frusquin y sus redes para pesca grande. Pero, la Rusia soviética tiene otras miras, y la Yarmarka de ustedes periclitará. ¡Tanto peor para ella!

Llueve. En la "chainaya", los campesinos de largas barbas rojizas, chorreando astucia y sabiduría, se hacen servir en platería maciza. Iniciales: AB..., GX..., XH... Están acostumbrados al espectáculo. Los viejos, antes de meterse el terrón de azúcar en la boca — la "prikuchka" — hacen la señal de la cruz. Los jóvenes sonríen irónicos.

El samovar canta ante nosotros cuando Panait lanza su famoso juramento:

— ¡Desgracia!

— ¿Qué ocurre?

— ¡Mi limón! ¡No hay limones!

— "¡Mi limón!". Dios mío, ya sabíamos a qué atenernos.

Panait cada vez más nervioso, hurga en sus bolsillos. Un resto de "paprika" roja, un frasco oblongo de aceite de olivo, un montón de papel — el más fino papel soviético para uso personal —, una caja de bombones... Pero, ¡no limón! ¡Ni huellas de limón!

— **Tovarisch, yest lémon?**

— **Niet...**

— **Niet? M...!**

Ya puede esperar el samovar. Ya pueden pedir merecido descanso nuestros pies, y nuestros estómagos una taza de té.

Atravesamos por centésima vez el famoso puente de madera, aquel en donde el Volga se une con el Oka. El agua lodosa no nos tienta. Pasa un tranvía, el puente gime. Los caballos, que hacía rato nos di-

vertían con sus trenzas con lazos azules, nos mere-
cen una mirada. Tampoco los cocheros-popes. ¡Qué
feas son las iglesias! Grecia antigua en salsa bárbara:
columnas, ventanas cuadradas, adornos chillones, ro-
jos y blancos. Y kilos de cadenas de bronce cuel-
gan de las cúpulas.

—Yest lémon? Yest lémon?

—¡Qué los lleve el diablo! ¡No puedo más! —
refunfuño a Panait.

Llueve. Llueve siempre. Atravesamos de nuevo
el puente-acordeón. Bebemos el té en silencio. En
vano Panait, lleno de remordimiento, nos ofrece sus
bombones. Su amabilidad no nos conmueve absolu-
tamente nada.

Regreso. Mal humor. Los cuatro en la misma alcoba. Cada cual en lo suyo.

Panait escribe largas epístolas a amigos lejanos, fumando y bebiendo café frío. La pieza está negra de humo.

Llaman a la puerta. Marchenko, sonriente:

—¡Aló! ¿Van a ver a Barbusse?

—¿Barbusse aquí? ¿Y no había dicho nada usted?

—Todavía está muy enfermo. Los médicos no le permiten hablar. Pero... yo he pensado...

—Vamos, vamos: yo lo quiero.

El pequeño hospital se encuentra sobre una orilla del Volga. Ante la puerta nos ponemos de

acuerdo. Panait quiere darle una sorpresa. Yo debo desempeñar mi papel.

—Usted entrará sola... Desconocida... periodista... corresponsal de **L'Oeuvre** de París. Luego llegaremos nosotros... Quiero ver su cabeza.

No me atrevo, pero hay que obedecer. Me lanzo. Recibimiento glacial. "¿Qué quiere de mí este arenque oscuro?" —debe pensar Barbusse, y me hace una mueca a modo de saludo. Sus manos transparentes de dedos extremadamente largos me impresionan. Los bucles como tirabuzones de su secretaria particular. Estamos en tiempos en que las mujeres enarbolan aún peinados muy sencillos. Balbuceo...

Para dicha mía, Panait, que no puede contenerse más de impaciencia, entra hecho una tromba.

—¡Aló, aló!

¡Pobre Panait! Por donde va, y sobre todo entre literatos, espera encontrar calurosa acogida. Niño grande que no tiene necesidad de fingimientos sino de una cálida onda de simpatía. Pero, Barbusse, sea por enfermedad, sea por su naturaleza de francés ponderado, otorga un recibimiento tibio a su amigo "oriental", al "Gorki de los Balkanes".

En unos minutos más nos hallamos paseando de nuevo por las avenidas. No conservo ningún recuerdo de las palabras cambiadas, aquella tarde lluviosa, entre dos hermanos de armas de caracteres tan diferentes. Sólo el movimiento de esos dedos desmesuradamente largos, extremadamente diáfanos.

me queda aún en la mente. Y el miedo inconfesado de Panait: "¿Cuál de nosotros dos escribirá el mejor libro acerca de la Rusia soviética?"

Al día siguiente, visita a una fábrica de papel en Balajna. Panait enloquece. Quiere palpar con sus propias manos todos los milagros de la voluntad soviética.

Antes de regresar a casa, alcanzamos a visitar un colectivo modelo. Todo anda a voluntad, el campesino se muestra aquí dócil, no tiene aire de infortunio. Se siembra trigo, maíz, se hace apicultura. Los beneficios son compartidos.

Siempre, con un ímpetu de hospitalidad, los viejos se apoderan de la famosa cantimplora de Panait y la llenan de miel. Desde entonces, la veréis así durante toda nuestra bajada hacia Astrakán, posándose en medio de nuestra mesa y endulzar nuestros humores...

II

A veces dan ganas de invocar al sueño. Pero, acurrucado en su rincón, se hace el sordo; y las imágenes de las cosas vividas, tormentos, añoranzas, esperanzas, nos cercan.

Esa noche, en Nijni Novgorod, los cuatro colchones gimieron sin cesar. Pero como desdeñamos las confidencias, yo no sabría deciros lo que ocurrió dentro de mí.

"...Una carta de Kazán a París"... "Id a conocer a una mujer deliciosa. Id a ver a la compañera del Haiduk!"

Exaltación... Una voz de contralto en el teléfono, al punto cautivadora, dice: — "La espero. Nos iremos a Grecia!"

En Meudon. Instalación de Panait. Bohemio. Buscado desorden. Libros por todas partes. Algunos divanes. Un piano. Después las primeras palabras: "Si no tienen ustedes baño en su casa, usen el nuestro... Yo sé que eso les agradará".

Después del baño, un té frugal. Y el primer descubrimiento de Panait "hombre".

—Sí, conoció a Kazán en Moscú... Cuando el décimo aniversario. Dijeron a Panait: —¡Kazán es un místico!" Panait siente horror por esto. No quiso conocerlo. Pero Kazán sustentó un discurso: "Nosotros no debemos hablar contra la guerra, ni preparar a los hombres contra la guerra, ya que la guerra es inevitable. Hay que preparar a los hombres para que transformen la guerra nacional en una guerra de clases!".

"Panait comprendió. Kazán es un místico realista. ¡Quiero conocerlo!

"Kazán fué al hotel "Passage". Alegría. Risas. Café turco al borde de la cama. Y no se separaron más.

—¿A dónde iremos?

—A Crimea.

—¿Y después?

—A Grecia.

—¡No nos separaremos nunca!

—¡Jamás!"

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CONTROL SANTIAGO DE CHILE

Mientras habla, Bilili me alcanza las cuartillas color marfil antiguo de un cuaderno de notas. Están escritas en caracteres anchos, elegantes: la escritura de Panait Istrati.

Leo:

"¡Hasta la vista, URSS!

"En el momento en que nos embarcamos, en Odesa, con rumbo a Grecia y a Egipto, te enviamos un saludo filial, a tí, **¡Unión de los pueblos libres!**

"Y decimos **nosotros,** porque somos **dos** —dos

hombres, dos amigos, dos combatientes, convertidos en un solo haz, en los Dioscuros del amor creador de una vida nueva.

"Y eres tú, URSS, la que realiza tal milagro. Nosotros estábamos solos. Nosotros casi nos ignorábamos, antes de encontrarnos, hace un mes, en esta tierra ardiente que festejaba su primera década de triunfo revolucionario. Uno de nosotros viene de abajo; el otro, de arriba. Y los dos, desamparados igualmente, en medio de la tempestad de la universal confusión social. Pero, un día, en medio de los clamores de la Verskaia, se cruzaron nuestras miradas y se unieron nuestras manos. Y desde el día siguiente — iluminados por el esplendor de tu rostro, ¡Rusia nueva! — juramos servirte. Tal será nuestra razón de vida en lo porvenir.

"Nada nos detendrá, porque nosotros pensamos en la victoria y en la derrota, tal lo hiciste tú misma, hace diez años. Marchaste en avanzada, seguida por un pequeño número y obtuviste el triunfo. Haremos como tú, dos unidades invencibles de esta fuerza que tú has desencadenado en el mundo. Estamos seguros de que el porvenir será tuyo, porque tú ya eres el porvenir.

"¡Y qué alegría la nuestra al saber cuán numerosos somos en el presente! No hablamos ya de tus soldados, que son tan numerosos como el follaje de tus bosques y convencidos como los ascetas: nosotros pensamos en todos los nuevos amigos a quienes su fe ha atraído durante la fiesta memorable; en

todos esos hombres en cuya compañía hemos caminado millares de kilómetros, a través de su imperio enorme. En sus miradas elocuentes hemos leído una misma decisión: la de servirte, a ti, Rusia nueva, humanidad de mañana.

"Nos cubrirán de injurias. Siempre ha ocurrido así desde que el mundo existe. Pero nuestra pobreza bíblica y la violencia de nuestra fe nos servirán de escudo.

"Ya sabemos que muchas puertas se cerrarán ante nuestros pasos. Tanto mejor, porque así hablaremos en la calle. Y si las prisiones abren sus puertas para recibirnos, también ahí gritaremos:

"¡Viva la Unión de los pueblos libres!"

En Atenas, una de las primeras visitas de Panait, es para la "Sotiria". Sotiria quiere decir en griego, Salud, y es la Muerte. Un hospital de tuberculosos, célebre en la población. Célebre con justa razón, porque ahí se encuentra lo más seguro de las salvaciones: la muerte.

Sobre cien personas, noventa mueren de inanición. Los enfermos son instalados, en su mayor parte, en barracas sacudidas por los vientos. Para evitar las corrientes de aire, fabrican tubos de cartón que se entrecruzan por sobre sus sórdidas cobijas. Simultáneamente, el ex director de la Sotiria se vuelve millonario — el pobre era pagado con largueza — y construye un sanatorio por su propia cuenta, el cual debe redituarle otros millones. El alimento

para centenares de enfermos se prepara en un solo caldero. Es servido en una nauseabunda mezcla, a pesar de los buenos elementos cocidos, y el enfermo recibe un inmundo guisote, sin que pueda nunca distinguir el sabor exacto de cualquier plato.

Ningún medicamento. Buenos médicos, pero resignados. Enfermeros torpes.

En la tercera clase, los moribundos son trasladados precipitadamente a una piececilla, en donde las moscas se los devoran antes de que entreguen sus pobres almas doloridas. Precisamente, al frente está el "oficio"; las moscas tienen libre acceso ahí y escogen a su antojo carne humana o la otra...

En el momento actual, el Estado griego ha echado sobre sus hombros la tarea de mejorar Sotiria y convertir ese infierno en un verdadero sanatorio, en donde también los pobres pueden esperar curación.

Panait sube hasta el Acrópolis, porque no quiere pasar por un bárbaro. Y porque ese gran vagabundo tiene una sed ardiente de aprenderlo todo. Pero, nuestro corazón permanece incrustado en la Sotiria. En unión de Kazán y otros rebeldes, prepara un mitin. Hablan sobre la URSS., sobre los pobres tuberculosos, sobre el corazón humano. Pronto se hace célebre. La oficina de extranjeros se niega a renovarle su permiso para permanecer ahí. Entonces interviene un alto personaje. El rebelde consigue un mes más en Grecia...

—Vámonos, Eleni; es preciso que esté ahí para ayudarlo. Deben concluir las "asper-zas".

— Partamos, Bilili. Y ardo al estrecharle la mano.

De París a Brindisi, de Brindisi al Pireo —: Bilili me habla de su querido Panaitaki. De cómo es de generoso, de cómo es de buen muchacho. De lo que lo han hecho sufrir los hombres y las mujeres. Ella me habla de la vida pretérita de Panait. De cómo adoraba él a su madre. Ese amor fué lo que lo libertó de su miserable existencia de mozo pastelero en Braila. Más tarde, otro amor igualmente ideal, su amor por la libertad. Su fe en la justicia.

Familia, Patria, Humanidad, Arte: de ahí sus grandes amores. Pero siempre caía en el arte, porque en él creía encontrar la libertad y la justicia.

Yo conocía ya esa vida, más rica aún que sus cuentas, con su bienamada, la Pobreza, mujeres tras de los kafass, hombres-tigres y el indispensable mago...

Ya adivináis quién fué el mago: ¡Romain Rolland!

Una carta de él, y Panait se hace célebre. Gana grandes cantidades de dinero, ya no tiene necesidad de reventarse en las obras de Ginebra, como pintor-albañil. Los nobles lo invitan a sus banquetes. Asiste a ellos porque quiere conocerlo todo, pero siempre prefiere la "mamaliga" en el subterráneo en

casa de Marta, la mujer del amigo de su corazón, el zapatero de la calle del Coliseo.

— Sí, sí... no temáis si lo oís jurar como cuatro soldados juntos... Panait es un ideólogo. Corre de idea en idea, es un adorable niño grande.

Helo en una barca, en el Pireo. Se saca su chaqueta de fotógrafo ambulante, gesticula, grita:

— ¡Dentro de unas semanas, en Moscú!

Lo miran con temor. ¿Quién es ese gran desmadejado, de polainas, con chaqueta tan atrabiliaria, y que aúlla : "¡A Moscú! ¡A Moscú!", y hace él sólo tanto estrépito?

La pareja reunida, feliz, se refugia en Kifissia. Un amigo, Jorge Nazos, ofrece su casucha. En unas semanas más, los "Cardos del Baragan" son enviados a los editores. Ya están libres para partir de nuevo.

El paso de Panait por Atenas hizo época. Los pobres enfermos de la Sotiria que tuvieron la suerte de conocerlo, no lo olvidarán tan pronto. Tampoco las señoras de salón que lo invitaban a sus "mastika" (digamos cocktails) a la manera que se invita a un prestidigitador o a un oso de circo.

— Le suplico, tráigalo... tráigalo... pero... sobre todo, ¡que venga con sus polainas!

Y si, como por casualidad, a nuestro Haiduk se le antojaba esa tarde presentarse como era debido, y se metía dentro de su traje de ciudad, la dama en

cuestión hacía tal mueca que su linda cara sigue hasta ahora deformada.

Bilili no había exagerado nada. Panait era de una generosidad sin límites. Generoso de bolsa y de alma. ¿Cómo no iba a verse asediado por sus editores si él siempre encontraba el modo de derrochar en pocos días sus mensualidades?

Al revés de las personas que han sufrido de jóvenes y conocen ya el valor del dinero, Panait gastaba a manos llenas. Y por eso que a veces se volvía cruel y retomaba la palabra, dejando a las gentes plantadas. Su simpatía siempre podía más que su cálculo. Y su cálculo se vengaba, a su vez, obligándolo a hacer mal a aquellos a quienes esperaba ayudar.

¿No fué así cómo hizo que un pobre muchacho, en el último período, abandonara Sotiria, con la promesa de que él lo haría viajar a Odesa? Y ¿no se vió en Odesa obligado a suspenderle sus subsidios?

Otra historia turbadora me salta esta tarde: En Kiev, conoció a un obrero muy valioso, y fué tal su entusiasmo que le prometió vivir con él en Moscú. "¡Un tipo estupendo... me da compasión!" En Bekovo, donde nos instalamos en una casa de madera, en medio del bosque, Panait recibe regularmente las cartas del querido obrero.

"Quiero ir a tu lado. Acuérdate de tu promesa. Yo estoy listo... Tu hermano..."

Panait no puede ya encargarse de él. Nos preparamos ahora para el gran recorrido y no tenemos qué hacer con ese hombre. Panait no se atreve, sin embargo, a escribirle la verdad. Y el pobre tipo desembarca un día en nuestra residencia.

Sólo entonces Panait, con un valor que me pareció mucho tiempo inhumano, después de las primeras palabras, tomó un libro, lo abrió y en su ruso completado por amplios ademanes, dijo:

—Mira, tovarich, amigo mío: en Kiev era esta página... Y hoy...— dió vuelta a la página.

El querido individuo "estupendo" comprendió. Al día siguiente nos abandonó, apesadumbrado, y Panait lo siguió con la mirada y el corazón lleno de tristeza.

Después de algunos meses en Kiev, Crimea, Charkov, Leningrado, Murmansk, etc. etc., para evitar los calores de Moscú, Panait arrendó una casa en Becove. He aquí cómo la describe:

"Desde ayer en la noche, nos hallamos más o menos bien instalados en una datcha muy limpia, de madera, a cuarenta kilómetros de Moscú, en medio de un enorme bosque de abetos, en un lugar en donde el aire penetra como una serpiente en nuestros pulmones. Son tres piezas: una grande y dos pequeñas y una terraza.

"En la pieza grande, en donde Bilili dormirá sobre un canapé, hay una enorme mesa sobre la cual se podrá hacer todo (excepto el amor). A

cambio de veinticinco rublos, he hecho traer un piano que la huésped tiene a setenta verstas de aquí. De este modo Bilili podrá continuar su aprendizaje de canto y la doncella de la huésped tecleará también, pero sólo del sábado al domingo en la noche, porque tiene su trabajo en Moscú para felicidad de nuestros oídos.

En esa soledad, espera Panait concluir su Zografi, que le piden desde París. Espera también escribir algunos dramas. Porque es así como podrá procurarse el dinero necesario para el gran recorrido. Kazán y él escribían dos libretos que firmarán conjuntamente.

Por intermedio de Lunatcharski y de la muy servicial Olga Kameneva, cada uno de nosotros recibe una tarjeta que nos permitirá libre tránsito en todos los ferrocarriles, y en los barcos soviéticos. Felices, ajustamos nuestros aperos y comenzamos la famosa peregrinación que iría a durar dos años y acabar con un canto apoteósico a la Rusia soviética. Por desdicha, en la mitad de ello, ocurrió el asunto Russakof, que se levantó ante nosotros tronchando nuestros propósitos.

NACIONAL
CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

III

"...Un proverbio rumano dice: "El agua regresa a su lecho y el hombre a sus orígenes". Es esta una mala traducción de una idea muy hermosa, pero vosotros me comprenderéis mejor cuando yo os haya referido mi cuento:

"Una vez me hallaba yo ávida por saber si existe belleza en la vida de los hombres que habitan en los países del sol muriente. En ese entonces yo me encontraba en mi patria, la cual formaba parte del atrasado Oriente, aún no había cumplido los veinte años y quería correr mundo..."

Panait tose, se detiene, y para no encender un nuevo cigarrillo hurga en la caja de bombones. Momentos después, disgustado, escupirá el bombón en la misma caja y proseguirá su historia:

"Si tú quieres correr mundo, me decían incesantemente hombres a quienes yo estimaba, anda por el lado por donde el sol se oculta: allá está la Civilización que tú debes conocer.

"Pero mi corazón no apreciaba debidamente el consejo, y entonces me dirigí a un anciano sabio de

mi ciudad, a un solitario al cual amaba yo locamente.

— "¿Puedes tú decirme qué cosa es la Civilización — le pregunté.

"El sabio me contestó:

—"La civilización es una persona que piensa sin amor, ama sin pasión, come con trinchante de plata y escupe en sus bolsillos.

"No me pareció bella, en absoluto, la vida de una persona así, y le dije al sabio:

—"Yo quiero correr mundo, ¿cómo debo hacer?

—"Tú puedes hacer de dos modos —respondió el sabio —. El primero consiste en conocer el mundo para defenderte de él. El segundo consiste en amar el mundo sin conocerlo. Camina según tu corazón.

"Partí. Y he vivido según mi corazón.

"Primeramente entregué la mitad de mi mejor edad al Oriente. La otra mitad la entregué, después, al Occidente. Y durante toda esa mejor edad, no he hecho otra cosa que madurar el fruto de mi vida, calentándolo al sol de una libertad sin la cual no habría podido él conservar la vida y que yo he pagado muy caramente.

"Eso da a mi fruto un sabor agridulce, que un gran amigo de Occidente fué el primero en apreciar.

— "Aquí, ese fruto es generalmente insípido— me dijo él —, porque lo hacen madurar por medio de estufas y reflectores que son soles artificiales. Usted no ignora que se encuentra en la Ciudad Luz. Pero, dígame, ¿de qué lado de la tierra viene usted?

— "Yo vengo del lado de la tierra en donde los hombres piensan con amor, aman con pasión, comen con los dedos y escupen en el suelo.

"El amigo hundió en mí la mirada de sus ojos color de río límpido, y sonrió afablemente:

— "Usted no podrá permanecer mucho tiempo entre nosotros, porque usted es un bárbaro, mientras que nosotros somos gentes civilizadas. Pero, déjeme siempre su fruto. Yo me encargo de presentarlo y de recomendarlo.

— "¿Valdrá la pena, realmente? — dije.

— "Por cierto que sí —dijo mi amigo—. Nuestra Civilización está hecha, ante todo, de cortesía. Como no toma nada en serio, excepto su quietud— el fruto de usted será recibido con las alabanzas más variadas. Eso bastará al futuro de usted, que no se atendrá sólo a eso"...

¡Cómo nos gusta escuchar a Panait! El fuma, fuma, chupetea un bombón ya chupado, narra, ora como lejano, perdido entre sus recuerdos, ora animándose, gesticulando, haciendo mímicos los roles de sus personajes.

Nos encontramos solos sobre el ancho vapor de ruedas que conserva intacto su lujo de los tiempos pasados. El Volga se ensancha, pero aún adquiere los colores de mar profundo.

A la derecha, la costa europea: montículos ya cubiertos de arbustos, ya rocallosos. A la izquierda, el oriente: las dunas rubias.

En un crepúsculo de sol digno de la más romántica tarjeta postal surge Kazán envuelto en ópalo y de gris malva.

Los minaretes se alzan como cipreses, por encima de la enorme bóveda de la iglesia ortodoxa, sobrepasando las blancas almenas del Kremlin y los siete pisos de la torre Subeika, ese curioso juguete froebeliano, pintado al rojo vivo.

El director de un periódico, al saber nuestra llegada, ha congregado a una multitud de desconocidos amigos, que esperan en los muelles para recibir a Panait.

—**¡Issamnissis! ¡Issamnissis!** (¡Salud, Salud!)

¡Qué idiotas parecemos! Tenemos que tender la oreja, abrir la boca, ajustar nuestros anteojos, pero la única palabra que distinguimos es "Issamnissis, "issamnissis".

Pasan algunos segundos y ante nuestra ansiedad cada cual hojea en sus recuerdos y, ¡oh maravilla! ya asoman lenguas más familiares.

— ¡Ich freude otchene Sie ich mir!

— Yes, yes, oskeldi, ya understand beaucoup bien...

— Otchène contente, satisfait, Otchène jouli Panait Istrati, nach pisatel ici...

¡Intensidad del deseo, cómo barres los obstáculos! Al cabo de unos instantes Panait inscribía en su block de notas nuestros nombres, cifras, anécdotas y tantas cosas más que no se pueden releer sin emoción.

"...2.300 escuelas... 10 periódicos... mujeres, niños y campesinos tienen sus hojas propias... 9 revistas mensuales, 1.739 corresponsales obreros, 287 corresponsales campesinos... Nuevos hospitales... Nueva Universidad... 2.500.000 de habitantes..."

¿En donde estamos? En la República soviética tártara.

Apenas tiempo para depositar nuestras maletas.

— ¡Al museo, primero al museo!

—No, a la Universidad...

— ¡No, no, comencemos por los molinos!

Los viejos Ford jadean. Nadie sabe adónde vamos a ir.

—Tovarich chofer, ¿adónde nos llevas?

—¡Aúa, aúa! Sólo el klaxon contesta a nuestra pregunta, pero no conocemos su idioma.

¡Ah, los Tártaros! ¡Qué apasionada gente!

Atravesamos el Kama, el pequeño río que serpentea en Kazán. Tairoff, de larga pelambre, nos habla con el mismo inflamado amor de la reina Subeika, la amazona que se arrojó de la cima de sus siete pisos prefiriendo la muerte a la esclavitud en manos de Iván el Terrible —, y del molino eléctrico.

— Y este es el ghetto tártaro. En tiempos de los zares no teníamos derecho de habitar afuera. La ciudad estaba reservada a los rusos. Ahora...

Los dientes blancos relucen al sol.

— Bajemos — suplica Panait —: me siento anquilosado.

Calles estrechas, lodosas, casas de barro, bajas, grises, tenduchos sórdidos. Olor a amoníaco concentrado.

Chiquillos legañosos, cubiertos de moscas; mujeres, balanzas vivas, cargando sobre sus hombros un largo palo curvo en cuyas extremidades se ven colgados dos cubos de leche... Otras, a lomo de asno, venden huevos y pollos, pregonando su mercancía con voz nasal.

En el umbral de cada puerta una pesada matrona hace su negocio. El sol juguetea sobre sus chinelas bordadas. Los hombres, de gorritas galoneadas, tienen apariencia de grandes lámparas encendidas.

Nosotros deseamos proveernos del artículo nacional.

— Ustedes no encontrarán en ninguna parte fuera de aquí un sentido tan artístico del color — nos dice Tairoff, lleno de orgullo —. Fíjense en este trabajo.

Entramos en la primera tienda. El comerciante nos presenta sus tesoros: botas para mujeres, chinelas de tacones Luís XV, de puntas retorcidas como las falúas que arrastran el Volga, calzados de la categoría de las pantuflas marroquíes, pantuflas de hombres, todo íntegramente cubierto de llamativos colores. Y, para que las cabezas no se quejen, deslumbrantes gorras multicolores, con las que cada Tártaro que se respeta cubre la punta de su cráneo.

Frenamos. Calzado de rosa-verde-amarillo-violeta, tocado con una gorra surtida, Panait se lanza a la calle. El Comisario de Instrucción pública, asombrado, corre tras él, lo coge por la manga y empieza a suplicarle:

— Le ruego... Haga el favor... Tenga paciencia...

Y se le oye ofrecernos oficialmente para esa noche, en el Teatro, esas expresiones de "color local": "La Rusia Tártara a sus ilustres húespedes". Después de la arenga que tiene que soportar Istrati, nos cuesta trabajo comprenderlo. ¡Pobres de nosotros! ¡Nos ha chafado nuestra hermosa alegría!

Panait hace una mueca y vuelve a sus cabales. A este gran "bebé" le gustaría tanto disfrazarse y olvidar por algunos momentos su edad y los problemas que lo inquietan.

En la escuela comunal, para contrariar a los queridos niños, Panait les plantea preguntas difíciles:

— ¿Por qué Kazán tiene una serpiente alada en sus armas?

Respuesta del maestro —: Tenemos una leyenda según la cual, había en Kazán una gran cantidad de serpientes. Los primeros Tártaros llamaron a un chamán (sacerdote-hechicero) que encendió una enorme fogata de paja. Todas las serpientes fueron quemadas, excepto una, que tenía alas y que voló sobre las almenas del Kremlin.

Panait tose.

— ¿Y por qué llaman a su ciudad "Caldero"! (Kazán significa caldero en griego y en turco).

Y una vez más sólo el maestro contesta:

— Encuadrada por montañas, nuestra ciudad parece, en realidad, un caldero.

Panait tose de nuevo.

— ¿Y quién era Timor?

Pero, antes de que el maestro conteste, Panait se acerca a los pupitres, mira con triunfal sonrisa a los pequeños, y dice:

— Bueno, bueno... apuesto que no saben decirme tampoco quién es Lenin...

Oh, las risas y el tumulto y la felicidad de los chicos, desencadenados...

— ¡Lenin! ¡Lenin! Pues claro que sí. Ni los recién nacidos ignoran ese nombre!

¡Issamnissis! ¡Issamnissis! El buque hace sonar su silbato. Nos vamos. En el muelle, nuestros amigos de ayer y de siempre miran a "su escritor" con los ojos nublados. El fotógrafo Sultanof, al no tener su brazo tan largo como su deseo, nos tiende su trípode para saludarnos por última vez. Un periodista muy pobre nos ofrece un ejemplar de periódicos como recuerdo...

¡Issamnissis! ¡Issamnissis! Panait empuña el trípode, guarda el periódico en su chaqueta y partimos. Largo rato, después de nuestra salida, la gorra de Tairoff, el entusiasta Comisario de Instrucción Pública, que debía poner fin a sus días meses más tarde, se agita todavía en el aire deseándonos buen viaje.

IV

¿Cuáles son los problemas que atormentan a Panait?

"Si yo tuviera que escoger entre salvar a mi madre o a un desconocido, ¿a quién salvaría yo? ¿Y si ese desconocido fuese un alma insigne?

"Si debiera escoger entre la muerte de un millón de hombres y la de mi hijo, ¿qué haría yo?"

Panait es de un candor asombroso. Kazán, maduro desde hace tiempo, se plantea otros problemas:

"¿Tiene la vida algún sentido? Y si no tiene ninguno, como lo temo, ¿tenemos derecho y paciencia para darle alguno? Y si le damos un sentido, ¿cuál es nuestro deber? ¿Y cuál nuestra responsabilidad? ¿Hay alguna posibilidad de influenciar el curso de la vida? ¿Y entonces?"

Panait cree que un mal hombre no puede crear una gran obra... Cada vez que le demuestran lo contrario se pone inquieto y apenado.

—Me parece que un creador debe ser grande y puro para que ello trascienda en su obra...

—No lo creo indispensable—rectifica Kazán—. Mira, Panaitaki, el genio me parece a mí como el pájaro que canta. Vuela y cuando se le antoja se posa, ya sea sobre un almendro virginal, ya sea sobre un viejo tronco carbonizado. ¿Y entonces? Entonces es el almendro o el viejo tronco carbonizado el que canta...

Después de semejantes discusiones, ponemos pie en tierra.

Samara, la región de la grande hambruna, se extiende ante nosotros.

Vinofka es un pueblo a veinticinco kilómetros de Samara, y Samara es una ciudad comercial, recientemente reconstruída y terriblemente fea. Hace pensar en Tel-Aviv, con su ausencia total de estilo y sus edificios como azúcar de cebada. Gran mercado de cereales, Vinofka fué el foco principal de la terrible hambre de 1921.

Ricos huertos, jardines, cultivos. Callejuelas resonantes de alegría vesperal. Los niños juegan entre el barro, con la cara cubierta de jugo de sandía, cuyas negras pepas se incrustan en sus mejillas y manchan sus piernas. Alternativamente muerden los angelones rubios la jugosa corteza y una gran tajada de pan, todavía caliente.

De los mostradores se derraman papas, tomates, berenjenas, "angurzi"—pepinillos muy buscados. Las mujeres parlotean a sus puertas, tejiendo con sus delantales llenos de "semichki" (granos de

tornasol) y sus mandíbulas rivalizan en rapidez con sus ágiles manos.

Y ftú, y ftú... y he aquí, madrecita, un puñado de "semichki". Y ftú, y ftú... (escupen el grano vacío), y ya sabe usted, vecina, que mi vaca se ha enfermado de diarrea...

Más allá, sobre un taburete, un viejo abuelo deja que le enseñe el alfabeto su nieto. Nuestro Don Quijote lo ve, se detiene y lo mira, llenos sus ojos de justo orgullo.

El anciano mujik, muy digno, nos llama:

—Sí, padrecitos, aprendo a leer... Le he prometido a mi chiquitín, miren, leer su periódico mural. Y aquí estoy en la tarea. Y es más difícil, créamelo, que manejar mi hacha vieja...

El chico golpea la tierra con impaciente pie.

—¿Qué hay de extraordinario? Parece decir ese pie impertinente. ¿Soy, acaso, el primero entre nosotros que quiere combatir **esta plaga** del analfabetismo? ¡No han visto todavía ustedes a mis hermanos, los konsomolitsi?

Samara lo ha olvidado todo. Hombres, mujeres, calles, casas y tranvías lo han olvidado de igual manera. Pero un Museo, en Saratof, único en su género, el Museo de la Grande Hambruna, nos cuenta más que ningún sobreviviente de aquellos tiempos sombríos.

Ni carne, ni pan, ni papas. Nada... Apretarse el cinturón, comer pan de cizaña, bosta y asar los

zapatos... Los niños mueren. Primero se cava la tierra, aunque sea muy superficialmente (están tan agotados), y ahí, a acostarse. Pero el hambre aumenta.

De noche no se atreve uno a salir a las calles. Los valientes que lo hacen desaparecen.

—¡Lazos! ¡Lanzan lazos en las calles...

—¡No salga! —murmuran en voz baja.

Los más exasperados comienzan por cambiar los cadáveres de los suyos. "Al menos no comeremos su propia carne".

Con los ojos desorbitados, trabadas las mandíbulas, uno entra en los restaurantes. Espera. Nada. Espera. ¡Un día, al fin, salchichas!

Interviene la policía: —¡Tovarich, deje esas salchichas: son de carne humana...!

El que puede tenerse en pie, vaga por las calles, cadáver viviente. En casa, ni carbón, ni leña. Se acaba de quemar el último mueble. Hace frío. Estamos en Rusia, en donde se corta la leche con serrucho. Se usan largas barbas; sobrevienen calambres atroces; la cabeza da vueltas. Se entra en los tranvías y no se quiere bajar de ellos. —¿Para qué, tovarich, para qué? ¡Muramos todos juntos!

Nansen pide auxilios en Norteamérica. Llegan los primeros donativos. Habas duras. No se puede cocerlas. Son como piedras. Los yanquis —Marías Antonietas—, mandan sus trajes y sus sombreros de copa.

—¡Basta! ¡Basta! Tapémonos las orejas...

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA SANTIAGO

—No, no, camarada Vladimir; no oigas a las mujeres. Cuenta, cuenta, camarada Vladimir. Yo quiero saberlo todo.

Los labios de Panait palidecen. ¡Cuenta! ¡Cuenta! La pobre mano de dedos mutilados, tiembla. "¡Cuenta! ¡Cuenta, camarada Vladimir! ¿Conque sombreros de copa? ¿Y habas fosilizadas? ¿Todavía más?

— Mi hermano menor, muerto. Mi madre también. Mi padre perdió la razón.

—No lo enterraré. ¡No lo enterraré! —grita y golpea la mesa con el puño.

Tenía miedo de que le robaran el cadáver.

— ¿ Y qué haremos de él, padre?

—Espera; ya lo sabrás...

Mirad cómo el hambre se había subido a la cabeza de todos.

Entonces mi padre se puso un traje flamante nuevo. La Comisión Nansen los reparte... ¡Jajá! Con una larga cola de bacalao... No hay zapatos para él, pero recibe un tubo, un "claque" como usted lo llama...

Sale a la Plaza Roja. Hablan de todo, pero no lo bastante de los niñitos que se mueren de hambre. Mi padre trata de tomar la palabra.

Lo miran. Se ríen — ¡oh, cómo hace daño reírse con las entrañas vacías! —; pero se sostienen el vientre y se ríen como si lo tuvieran lleno.

— ¡Padrecito, vuelve a tu casa! ¡Padrecito, todavía no ha llegado el carnaval!

Mi padre se vuelve a casa, se encierra en su alcoba. ¿Qué hace? ¿Cómo adivinarlo? Ruego, suplico, amenazo... En vano.

Permanece ahí; oigo sus risas; oigo sus sollozos; oigo el roce de los periódicos. No quiere abrirme.

Por fin, después de largas horas, sale. Tiene un gran paquetazo bajo el brazo. Lo sigo de cerca. Da un traspié. Corre en pantuflas por la nieve. Va directamente al Comisariato, ahí donde guardan los Nansen sus trajes. Yo me deslizo tras él.

Delante de la primera "Miss" veo que se detiene y la coge por la manga:

— ¡Señora, mire! ¡Mire, es para usted! Pajaluista, pajaluista, hágame el honor...

La "Miss" mira atónita. Mi padre deja su paquete sobre una mesa y comienza a deshacerlo... Periódicos, periódicos... retazos viejos... La "Miss" quiere evadirse. Mi padre le cierra el camino.

— ¡Pajaluista! ¡Pajaluista! Se amontonan los periódicos, sucios pedazos de papel. Por fin, una bandera yanqui. Todavía me pregunto de dónde la sacó.

La pieza está henchida de un olor a carne putrefacta. La Miss se pone mala. Saca un pañuelo de encaje, se tapa la nariz. Mi padre cada vez más furioso, desgarra la bandera.

—¡Pajaluista! ¡Pajaluista! Esto para América. ¡Jajá! ¡Para hacer un Nansen-Jansen!

Entre sus brazos — Dios mío, todavía se me erizan los cabellos; — sostiene el cuerpo de nuestra pequeña Aliocha... Todavía lo veo... Mientras estaba encerrado, mi padre le cosía un traje...

Esta vez, Panait no puede contener un sollozo. Todos tenemos el corazón apretado. Sólo el camarada nos mira impasible.

—Salgamos... Si quiere, hay un fotógrafo que tiene una colección. Creo que la vendería...

—Vamos.

Panait se precipita donde el fotógrafo. No se va por muchos caminos.

—Tovarich fotógrafo, me dicen que tú tienes fotografías de la gran hambruna... Me interesan enormemente. ¿Quieres venderme alguna?

El fotógrafo titubea.

—Tovarich fotógrafo, mira; nosotros somos compañeros. Yo también era fotógrafo; yo soy aún fotógrafo ambulante. ¿Quieres venderme tu colección?

—Yo no tengo sino las planchas... Todo mezclado en una covacha... No vale la pena... costará demasiado.

Panait insiste muy amablemente. El fotógrafo cede. Ambos suben al desván.

Esperamos largo rato. Cuando Panait baja, está amarillo como un cirio. No deja de apretar los dientes.

Al anochecer, regresa solo adonde el fotógrafo. Ahí se queda horas. Por fin regresa, con un gran paquete bajo el brazo. Nos llama. Le brillan febrilmente los ojos y sus manos, de ordinario tan ágiles, no logran desatar el nudo. Coge las tijeras. Y el lecho se cubre de espectros y de cadáveres.

¿Cómo describir esa tragedia?

Carromatos en donde se amontonan chiquillos muertos. Barracas en las que se trata de cuidar a los sobrevivientes — con vientres de tambor, las piernas atadas, los ojos turbios —. Familias exhaustas, sentadas en corro a un montículo de cadáveres. Un anciano de mirada muy dulce y de una barba muy larga de Matusalén: ¡caníbal!

Ante semejante espectáculo no se puede razonar ya. Uno se siente dominado por un malestar físico. Más tarde se pregunta uno tan sólo cómo el pobre corazón no reventó de vergüenza. De vergüenza de haber podido encontrar su risa mientras exista sobre la tierra, aunque sólo sea un niño, y no más, que no pueda comer hasta acallar su hambre.

Panait se plantea y vuelve a preguntarse esta eterna pregunta: ¿cómo puede uno dedicarse a una cosa distinta mientras hay niños que se mueren de hambre? ¿Cómo pueden las gentes dormir, reír, divertirse? ¿De qué materia están hechos los rusos que han vivido tal drama y que aun lo viven, y encuentran fuerzas para revivirlo al contarnos lo ocurrido?

—Sí, camarada Istrati. No toman ellos en consideración la terrible fuerza explosiva que nos sostiene: la fe...

Es la fe en Lenin la que echó por tierra, camarada Istrati, todos los cálculos de la razón razonante...

El Ejército Rojo aumenta de día en día. En 1920, tenemos cinco millones. Las catorce naciones que, trinchante en mano, despedazan nuestra Matiuchka, son arrojadas afuera. Barremos con los enemigos interiores. Industria, comercio, agricultura, vida social, individuo, masas, todo se somete de buena o mala gana. Y cuando el gran peligro se aleja, la Idea afloja su torno, Lenin proclama la NEP, obreros y campesinos se unen, y desde entonces, desde el mes de marzo de 1921, comienza el penoso esfuerzo del resurgimiento.

Lo que usted ve ahora, camarada Istrati, es realmente un milagro. En sólo seis años, Rusia logra resucitar. Agricultura e industria llegaron y a menudo sobrepasaron el nivel de la anteguerra. Nuevos métodos, absolutamente desconocidos en la historia, son ensayados, a fin de reglamentar la vida social y política. Desde el punto de vista de la Civilización, la Rusia de hoy no puede ser comparada a la Rusia zarista. Desde muchos puntos de vista —seguros sociales, liberación de la mujer, protección a la madre y al niño—, nuestra Rusia está hoy —tengo la absoluta seguridad de ello—, más avanzada que la vieja Europa de ustedes...

Panait escucha transfigurado.

"Sí..., sí... —parece pensar—, ya lo sé, tovarich Vladimir. Todo este resurgimiento del pueblo más envilecido, más depauperado, no ha sido la obra de varias generaciones, sino sólo de seis breves años. ¡Sólo seis años! Sin ninguna ayuda del exterior; por el contrario, ¡con cuántos obstáculos —y qué obstáculos— puestos en el camino!"

—Sí, sí, lo sé, tovarich Vladimir; pero lo olvido... Eso es lo que les ha devuelto a ustedes el ansia de vivir.

—Camarada Vladimir, tienes razón. El camarada Istrati también tiene razón de sentirse orgulloso y estrecharte entre sus brazos. Pero, dime, ¿no deseas nada más? —insinúa Kazán.

—¡Cállate, aguafiestas! —murmura Panait, entre dientes—. No, él no desea nada más.

—Pues bien, yo creo que sólo los más simples son los que se han detenido ante semejante visión.

—¡Explícate, buitre! Tus ojos de Gran Duque están llenos de malicia.

—Los que se interesan más profundamente en el destino del hombre, poco a poco han distinguido pesadas sombras sobre el rostro asoleado de la URSS.

—¿Cuáles?

—Panait, tú no me dejas explicarme. Ten paciencia. Dos son los grandes peligros que yo distingo:

El peligro interior. Las nuevas clases burguesas en formación bajo el amparo de la NEP., kulaks, nepman, burócratas; y segundo, el peligro exterior: la guerra.

A fin de comprender mejor el primer peligro, debemos grabar claramente en nuestro espíritu lo siguiente: el 7 de noviembre estallaron en realidad dos revoluciones. Dos revoluciones muy diferentes. Una, la revolución de los campesinos contra los señores feudales; revolución puramente pequeño-burguesa. La otra, la revolución de los obreros contra los burgueses: revolución puramente socialista.

Estas dos revoluciones — no, no, déjeme continuar —, en el momento de común peligro, se unieron y derribaron las leyes establecidas. Pero tan pronto como el riesgo inmediato fué alejado, estos aliados por necesidad se separaron.

Los campesinos, dueños de la tierra, adquirieron en seguida la mentalidad del pequeño burgués y se negaron a suministrar ayuda a las ciudades socialistas. Cada campesino — yo hablo de la aplastante mayoría —, cada campesino se interesa tan sólo en su propio campo, en su propia vaca, y se niega a trabajar para la colectividad. ¿Tengo o no razón? ¿No nos encontramos en el umbral de una contrarrevolución? ¿No queremos convertir al campesino en un obrero?

— ¿Y quién te dice que no llegaremos a conseguirlo?

—Yo no sé, mi querido Panait; yo no sé. Tan sólo veo los primeros signos de ese combate mucho más duro que todos los anteriores. Rusia, ¿saldrá de ello victoriosa? Lo deseo de todo corazón. Pero me temo que la Idea pierda en ello sus alas...

—Tu corazón es de madera. Tu cabeza también, pedazo de cretense maldito... Vamos, salgamos juntos, tovarich Vladimir, y dejemos a este Gran Duque maullando su canción de infortunio...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

V

Caravanas de mujeres glugluteantes como ostras repletas de vino, de ojos turbios y claros; mujiks de barbas rojizas, exhalando un olor a establo; procesiones de tartanas de vela roja, con cerros de melones y dorado heno; chalanes en las isbas, con la gallina que pone huevo fresco diariamente, tornasolados cercos y la ropa sucia al sol... Gitanas de faldas multicolores, de negras trenzas terminadas en piececitas de plata, anchos vapores de ruedas que suben y bajan y se saludan como antiguos conocidos. Faluchos, cantos, risas, hierbas contra los parásitos, cuidadosamente anudadas en una punta del pañuelo —¿no representa, acaso, todo esto los manes de los antepasados?... Parapetos grises o color de chocolate, a la derecha, sin árbol ni hierba, banquitos de rubia arena a la izquierda, pastos verdosos en donde pacen tranquilamente los caballos salvajes... Pescadores de red que quieren compartir con nosotros su "bouillabaisse" (1); otros que reniegan a modo de

---

(1) Sopa de pescados y mariscos típica de los marselleses. —N. del T.

buenos días... Una minúscula república alemana con el característico "Sehnsucht" en la que nos ruegan saludar a "toda la familia de allá, en el Rin", y nuestros cuatro corazones ávidos que palpitan al unísono y se ensanchan según el ejemplo del Río-Dios...

Panait cambia de opinión en el último instante. Ya no quiere bajar hasta Stalingrado. Volveremos a nuestros cuartos. Yo estoy furiosa. "No, yo no tomaré el té con él! ¿Nos cree, acaso, sus muñecos? ¿Está autorizado a cambiar así de opinión a cada rato y estamos nosotros obligados a soportar "sus" humores?

Doy vuelta a la llave.

Estoy persuadida de que lograré liquidar mi correspondencia, pero tengo tiempo, pienso, y comienzo a hurgar en nuestros "rucksacs". Kazán jura que no tiene lugar sino para una camisa, pero sin embargo, mete y mete más y más papelería. He aquí los famosos borradores de "su hermano", el Rebelde vagabundo. La tinta está negra; las letras corren uniformes, sin delatar el entusiasmo, la ira o la llama que devoraba a su creador.

Cartas a los amigos de París... Bocetos de manifiestos... Marzo: ...Respuestas a Kazán que se encontraba entonces aun en Kiev... Mayo: aparecen las primeras roeduras. ¡Oh, ahora abundan!... Comienza la crisis, esta crisis de roedores de que Panait sufriera durante toda su permanencia en la URSS.

Largas hojas de papel brillante no atraen por el exceso de borrones. ¡Ah, ah! He aquí el famoso encuentro del Gorki de los Balkanes con el Istrati universal. Yo leo:

"De Romain Rolland a Máximo Gorki:

"Hasta este día, mi Máximo Gorki era el de toda la humanidad que lee, es decir, el obrero que ha salvado milagrosamente de la nada la obra incomparable de que era portador. Yo había leído una gran parte de su obra. Yo conocía sus borrones. Desde hace algunos instantes, entre las imágenes imperecederas que yo venero como todo ser humano, acaba de añadirse la de Máximo Gorki hombre (primero fué la silueta de un hombre de elevada estatura, vestido de gris, que subía las escaleras de Gossozdat atravesando dos hileras de admiradores conmovidos, una de ellas adosada a la pasarela; la otra incrustada en el muro...)

"...Tiempo para estrecharnos las manos; el rostro de Máximo Gorki se imprimió sobre el mío a causa del calor (**borrón**) con que está impreso; hace más de cinco años, el de Romain Rolland: dos momentos culminantes de mi vida, una docena de segundos que han decuplicado mi existencia.

"Es demasiado para (**borrón**) los hombros de un hombre (**borrón**) que tiene treinta y ocho años y no espera nada (**borrón**) de los demás ni de el mismo (**borrones**).

(No señalaré en adelante los borrones, porque abundan en casi todos los renglones).

"Mis fuerzas también flaquearon un poco hoy. Felizmente las de Alexei Maximovich, como le llaman familiarmente aquí, no son más valientes, desde que todo un pueblo, en estos días, testimonia al creador de "Los Vagabundos" un amor que ningún poderoso de la tierra conoció vez alguna. El lo confesaba, sollozando a las masas obreras que se apretujaban ayer en el Gran Teatro de Moscú.

—Han dicho de mí que soy un hombre que habla bien. Pero no, yo no puedo hablar ahora en modo alguno.

Y, en seguida, aunque en un medio restringido, los dedos crueles y bienhechores de la emoción, petrificaban los músculos de su rostro, cuando él me decía, ahogando las palabras:

—Es una lástima, Istrati, que no nos podamos entender directamente, porque usted no sabe aún el ruso y yo no conozco ninguna otra lengua.

(Se hace tarde. La escritura de Panaït es cada vez más atormentada. Yo salto algunas líneas).

"...El intérprete fué la camarada Kolpinskaia, antigua amiga de Gorki, a quien él apretó afectuosamente la mano, llevándosela en un momento dado hasta los labios. Entonces, yo también tenía la cara azotada por la emoción como toda la concurrencia. Así también cuando el alma de Romain Rolland surgió entre nosotros dos, en medio de la pena que experimentamos al punto, por no poder abrazar en ese instante a aquel que uniera nuestras manos al comparar nuestros destinos.

"Poco a poco dejamos a Gorki, cuya fatiga era visible. . ."

(Panait borronea, borronea, borronea... Y sigue).

"...No se podría ver y penetrar en un hombre de tal envergadura con la facilidad con que comúnmente lo hacemos desde el primer encuentro. Yo no felicito a los que pueden realizar tal prueba de energía; ellos deben sentirse rígidos como chambelanes, duros como piedras.

"No era Máximo Gorki el hombre a quien yo veía acercarse en ese instante, sino la historia de una vida que había dado existencia a un mundo, a un mundo lleno de hermosura y de aspiraciones. No pueden ustedes mirar esa historia frente a frente, ni coger las manos que les ofrece, sin rendirle espontáneamente un homenaje de su amor: olvido de sí mismo y emoción. Yo experimentaba uno y otro.

"Fué igual cuando, el 25 de octubre de 1925, me encontré por vez primera ante Romain Rolland y recibí el choque con el mundo de que él es portador. Y aquel día, como de costumbre, como hoy, igualmente, las emociones recibidas se vertieron en mi receptáculo de fermentos de donde no vuelven a subir sino mucho más tarde bajo la forma de vino espiritual. Por cierto que yo conservo la frescura de algunas salpicaduras.

La más fuerte, es la de un Máximo Gorki, en nada "gorki", es decir, nada "amargo", lo que me impresionó más. La amargura que apuró en su pasa-

do ha reaccionado sobre él, a la manera de una bebida tonificante, tal como reaccionó también sobre el autor de "Juan Cristóbal".

"Los dos amigos — aunque ambos un poco tristes y de salud precaria — producen bienestar al ser vistos y escuchados. Físicamente, ellos se parecen por la semejante expresión de sus ojos claros; por el andar de sus cuerpos curvos, igualmente largos y flacos; por su manera de hablar, en voz baja, con la respiración entrecortada. Pero, en los labios de Romain Rolland, el fuego de la vida ha dejado una ceniza más ardiente que la que se disimula bajo los gruesos bigotes de Gorki. De ahí una variedad de tono en el lenguaje de sus labios: los primeros parecen sostener una áspera discusión con ese fuego, sin reprocharle nada; los segundos más bien lo escupen. ¿Han querido ambos absorberlo con idéntica sed? Eso es casi cierto. (Sigue una página larga, enteramente borroneada, ora con caracteres rectos, ora con caracteres nerviosos y zigzagueantes).

"Sin embargo, las mordeduras de la hoguera han sido combatidas con vigor tan diferentes como las razas que separan a estos dos hombres unidos por un mismo ideal humano.

"Los rasgos dominantes del rostro de Romain Rolland es una gravedad activa, vibrante que llega firmemente a los ojos de su interlocutor. En Gorki es una dolorida ternura, que se ve como agazapada en el hueco de sus mejillas un poco descarnadas...

Al entrar en el gabinete directorial de Gossiz-

dat, Gorki estrecha vehementemente las manos de los amigos que le presentan, y, sin más, se dirige hacia una estantería de libros, que inspecciona durante largo rato. Eso me ha conmovido profundamente, porque en eso Gorki no es en modo alguno gorki. El sufrimiento puede ser igual, pero no lo soportamos de idéntica manera. Romain Rolland lo doma y le opone una aparente calma; Gorki le vuelve las espaldas, estremecidas. La turbación es igual para ellos que para el espectador.

"Nuestra primera conversación en la villa Olga (1) fué seguida por la mirada luminosa, compacta y siempre presente de mi húesped. El gesto y la movilidad de su cuerpo intervenían hasta puntualizar ciertas ideas y para detener mis desviaciones. Fué distinto con Alexei Maximovich. Sus ojos azules — tan pronto lejanos, tan pronto precisos e inquisidores, a veces gallardamente chispeantes — se evaden cien veces por minuto para hacer vagar sus miradas por imaginarios espacios, como en el tiempo en que barrían las estepas, en tanto que su cuerpo tiembla y que sus brazos, sus manos, sus dedos amasan cierta invisible pasta. En determinado instante gira la cabeza sin motivo, como para responder a algún llamado. Entonces se le ve alzar su enorme frente cuadrada...

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CONTROL SANTIAGO DE CHILE

(1) Villa Olga, Villeneuve, Cantón Vaud, Suiza, es la residencia de Romain Rolland.—N. del T.

Llaman a la puerta. Vienen a encender nuestra lamparita. Kazán aparece en el umbral. A veces él sirve de obstáculo entre Panait y yo, y entonces asume un gesto tan torpe que no puedo conservar mi seriedad.

— Venga, Lenochka: el té, la miel y Bilili la esperan...

— Tengo hambre. Ya voy. Pero, primeramente, una promesa: prométame contarme — oh ya lo sé, por milésima vez — el encuentro de los dos atletas. Quiero escribirlo y guardarlo con lo que acabo de descubrir. Cómo vió el ogro cretense ese espectáculo...

Kazán me lo promete de buena gana. Prefiere todo antes que vernos de mal humor. Esa misma noche yo inscribí en mi carnet:

"Un día que estábamos a punto de comer, en Sekovo, papas frías con cáscara — usted conoce la predilección de Panait por ese plato — trepó por nuestra baranda un joven afeitado, un poco pálido.

— Alexei Maximovich los espera hoy en Gossozdat (Casa de Ediciones del gobierno soviético).

Istrati, excesivamente emocionado, no podía estarse quieto. En seguida partimos hacia Moscú. Recorrímos las Cooperativas. El mejor vino no está aún bastante bueno ni demasiado caro. Panait compra, compra, compra... Sus bolsillos revientan con cuatro botellas de vino, un número inimaginable de paquetitos — jamón, caviar, salchichas, ensaladas

rusas —, un montón de cajas de cigarrillos... Yo no entiendo nada, pero lo dejo hacer.

"El, con alpargatas, con gorra de fotógrafo ambulante y los bolsillos exhalando olor de ajos y de pescado ahumado, nos presentamos en Gossozdat.

"Una gran multitud ahí, las razas menos esperadas de la sexta parte del mundo: armenios, georgianos, kirguises, judíos, tártaros, kalmucos.

Entramos en la oficina del director Jalatov, un tártaro corpulento, de barba negra, ojos lánguidos, que se parece a los leones con cara de hombre que aparecen en las alfombras orientales.

— Panaitaki — le digo — ¿estás emocionado?

— ¡Es cierto! — contesta Panait, y me mira como de costumbre, con gesto inquieto.

— ¿Podrás ahora que vas a ver a Gorki, contenerte, y no comenzar con los abrazos y los gritos de alegría?

— No, yo no soy un inglés, yo no soy un pescado frío! ¡Yo soy cefalonita y rumano! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡Yo grito, abrazo, me entrego! Tú hazte el inglés, si te da la gana. Y, para decirte la verdad, hoy me habría gustado más estar solo, tu compañía me enerva.

"No habíamos acabado de murmurar cuando se abrió la puerta. Máximo Gorki, con la cachimba rusa en la boca, entró.

"Mi Haiduk dió un salto y abrió los brazos para abrazarlo.

"Gorki tiende la mano, tranquilo, dulce, y lo mira como a un hermano bienquerido. Lo mira sin decir palabra.

"Gorki no sabe una palabra de otro idioma que no sea el ruso.

— ¿Ni siquiera el italiano? — pregunta Panait desesperado.

— **Bon giorno.** Eso es todo lo que sé. He aquí a mi intérprete! — contesta Gorki.

"Gorki habla suavemente, con una amarga sonrisa que da a su rostro una expresión trágica, reconcentrada, indescriptible. Se adivina al hombre que ha sufrido mucho, que sufre mucho, que ha visto espectáculos tan desesperados que nada, ni las fiestas soviéticas, ni los hurras, ni los honores pueden borrar.

"Desgraciadamente, no me acuerdo de todas las cuestiones que Panait le había planteado. Pero una de sus respuestas me causó profunda impresión.

—"Mi gran maestro — dijo Gorki — fué un francés: Balzac. Me acuerdo que, al leer sus novelas, yo alzaba la página hasta la luz de mi lamparita, la daba vueltas en todos sentidos, la examinaba de cerca, asombrado. Pero, ¿en dónde se esconde tanta vida y tanta fuerza explosiva como la que hay en estas páginas? ¿En dónde reside el terrible secreto?

— ¿Y los grandes maestros rusos? ¿Dostoyewski y Gogol?

— No, no. De los rusos, sólo Leskof. Ningún otro. Pero, por encima de todos, la vida. Yo he

amado mucho al hombre que sufre. Nada más...

"Panait sacó una a una las botellas de su bolsillo. Las alineó con cuidado, sin decir palabra, sobre la mesa. Igual hizo con los paquetitos. Pero no se atrevió a proponer un ágape. Sentía que eso no era adecuado para el ambiente.

"Esperaba otra cosa. Otra clase de encuentro. Había venido a beber, a gritar, a festejar con Gorki su común victoria. Pero Gorki se hallaba aún sumido en su acceso y casi sin esperanzas. Miraba el milagro soviético, pero permanecía sereno; su ojo continuaba siendo claro, horadante, lleno de tristeza. Unos jóvenes lo llamaron. Se encerró con ellos en la pieza contigua y nosotros les oíamos discutir un plan de propaganda intelectual, conferencias, nuevas ediciones, etc.

"Nos quedamos solos con Panait.

— "No tenemos vasos. ¿Puedes beber con la botella?

—"Sí, puedo. A tu salud, Panait. El hombre es una fiera del desierto. En torno de cada hombre está el abismo, y aquél carece de puentes. No te asombres. ¿No lo sabías acaso?

—"¡Procede pronto, oso, tengo sed! Ya lo sabía. Pero siempre lo olvido."

Kazán, al referirme estas cosas se conmueve. Me acuerdo de sus últimas palabras:

— "He aquí tu gran valor, Panait. ¡Olvidas! Desdichado de tí si no lo supieras. Serías un idiota.

Desdichado si lo sabes y no lo olvidas. Serías frito y duro. Mientras que ahora eres un hombre verdadero, caluroso, lleno de contradicciones, un conjunto de esperanzas y desesperanzas, hasta la muerte. ¡Nunca logrará la lógica matar tu corazón!"

— Pero, ¿por qué esa frialdad de Gorki? — pregunté yo.

— Es un desesperado. Yo no aguardaba semejante tristeza. Nunca había visto yo, hasta ese día, sonrisa así. Ni los sollozos ni el grito de la muerte lograrán vencerla. Gorki ha vencido. Es rico y célebre. Ha hecho hijos y tiene nietos. Ha visto a Rusia libre. Pero, todo eso no ha sido capaz de cerrar la gran llaga incurable de su boca...

— ¿Por qué no ha gritado, llorado para aliviarse?

— Un poeta musulmán—me contestó Kazán—, cuando supo que los suyos habían perecido en la guerra, ordenó a su propio corazón: "No llores, no grites, corazón mío, a fin de que tu dolor no se aminore". He aquí la más orgullosa orden que el hombre es capaz de darse a sí mismo. Y he aquí por qué amo a Gorki.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

V I

Acodado en la pasarela, Panait sigue las orillas que se alejan más y más; las olas que ahora tienen el verdadero color del mar. Se le diría absorto, perdido en la hermosura del poderoso elemento que lo rodea. Pero, no. El Eterno Inquieto se prepara. Panait prepara las preguntas que va a plantear a Rakowski (1).

—¡Christian es mi amigo, lo conozco desde hace 23 años, y le agradará abrirme su corazón.

Christian Rakowski ¡Cómo ama Panait a ese luchador volcado a una sola causa y que voluntariamente lleva orejeras!

Hacía ya un momento que se había hecho venir a Rakowski de Alta-Ama, en donde se hallaba como prisionero político, a Astrakán. El clima de Astrakán, a pesar de sus fiebres, le sentaba mejor al enfermo.

---

(1) Procesado y ejecutado por trotskista en 1938.—N. del T.

—¡Quién sabe si te permitirán ir a verlo! —se inquietaba Bilili. Debe estar custodiado. Le temen...

Pensábamos, en efecto, encontrar numerosos obstáculos para la entrevista. Veíamos a aquel hombre poderoso estrechamente vigilado, si no rodeado de espías.

Juzgad, ahora, nuestra alegría cuando supimos que vivía en el hotel, instalado en una amplia pieza asoleada, con sus libros y su cafetera eléctrica.

Panait saltó sobre él, trasportado de júbilo; todo su cuerpo flaco reía.

—¡Christian! ¡Christian!

Rakowski lo recibió con gran alegría, y sus ojitos negros pestañeaban llenos de bondad y de malicia.

Entre los montones de libros nos sentamos los cuatro vagabundos, y Rakowski, con hábiles movimientos, se entregó al punto a la tarea de preparar —sobre el borde de la ventana—, café turco.

Panait devoraba con los ojos a su antiguo amigo. Sus labios desarrojaban, una tras otra, las preguntas que lo atormentaban:

—¿Cómo está la URSS? ¿Qué esperas tú? ¿Qué haces?

Rakowski contestó con algunas palabras vagas y prudentes. Panait no se sentaba.

—Paciencia, paciencia, Panait— le repetía el hábil diplomático —; no grites, no te atormentes. ¿Qué vamos a hacer si me ponen de lado?

—Pero, ¿todo anda bien, realmente, Christian? ¿Nada cruje?

—Nada... nada—contesta Rakowski, sonriendo levemente.

Saboreamos nuestro café como auténticos orientales que somos.

Rakowski toma un libro que estaba leyendo cuando entramos borrascosamente: "La Revolution Française", de Mathiez. Rakowski desea desviar la conversación, evitar las preguntas demasiado bruscas de su amigo.

—Conocen este libro, ¿no es cierto? Es admirable...

Kazán contesta, la discusión súbitamente queda trabada. Desde los primeros instantes surge ardiente y firme. Panait, según su costumbre, tan conmovedora, tan por encima de toda vanidad, escucha maravillado a los dos hombres cultos discutir apelando a la historia, a la filosofía, a la sociología—todos esos ídolos decrépitos y buenos para ennegrecer papeles. En el fondo, ¿acaso no está él en lo cierto, cuando escucha con el pico cerrado, pero irónicamente?

No me acuerdo exactamente de todos los ataques y contraataques de aquel debate. Los dos hombres, de pie, en el rincón de la ventana discuten enardecidos. Rakowski, como determinista, veía en el curso de la historia humana leyes ineluctables, semejantes a las leyes físicas.

Kazán negaba el determinismo que él calificaba de "estrecho" y superficial y demasiado cómodo, útil tan sólo como norma de acción. Kazán cree en el valor de una gran personalidad.

—¡Gran hombre es aquel que no hace otra cosa que reflejar la realidad! —exclama Rakowski.

—No —replica Kazán—. Evidentemente un gran hombre debe siempre reflejar la realidad; pero agregándole un elemento nuevo, inédito, creador: su propia realidad. Incluso él puede dar, si el poder de su personalidad es formidable, un nuevo curso a la realidad indolente e indecisa.

—¡Un nuevo curso! —exclama Rakowski indignado.

La voz de Kazán se hace más y más aguda.

—No se descubre la realidad: se la inventa. Existe eso que usted llama la realidad. Y en esa realidad hay siempre cierto número (más o menos limitado) de probabilidades, de tendencias más o menos divergentes que aspiran a arrastrar en su dirección los acontecimientos y a los hombres. ¿Cuál de esas tendencias tiene más opción para arrastrar consigo a los demás? La que encuentre una personalidad poderosa que la encarne.

Rakowski no quiere admitir eso.

—En la época de Jesucristo —continúa Kazán—, en que la sociedad grecorromana comenzaba a disminuir, muchas tendencias trabajaban ardorosamente en surgir de entre los escombros: misticismo panteísta, pensamiento escéptico, idealismo

estoico, Mithra, Isis, religiones bárbaras. ¿Cuál suplantaría a las demás? "Amaos los unos a los otros!"

¿Por qué?

Si en 1923 hubiera nacido un Lenin en Alemania, los destinos de ese gran país habrían sido distintos. ¿Por qué no nació ahí? Por casualidad. Ninguna ley determinista existe capaz de causar forzosamente el nacimiento de un gran forjador de realidades".

Panait miraba ya al hombre de acción, ya al que amaba contemplar a los hombres de acción. Sus ojos vivos, tan desolados y tan entusiastas, se posaban alternativamente sobre esos dos hombres a los cuales acariciaba.

—Vamos, Christian, cállate, idiota; no anudes los cabellos de la historia en cuatro. Ya están blancos y cubiertos de polvo. Baja, baja de tus alturas. El suelo es agradable. Tracemos un plan: ¿Qué se puede ver aquí en Astrakán, Christian? Y sobre todo, ¿quieres tú, **puedes tú**, acompañarme? ¿Nos puedes servir de guía?

Panait está un poco decepcionado, pero se cuida mucho de no decirlo. "Christian, ¿no se queja, pues, de nada? ¿Ni siquiera de sus enemigos políticos? Sin embargo, él podría hacerlo"...

Efectivamente, nosotros vagamos durante días enteros, absolutamente solos, por las estepas que rodean Astrakán. Nadie nos podría escuchar. Visi-

tamos las aldeas kalmucas en donde la mezquita está lado a lado con la iglesia ortodoxa. También nos hallamos solos en el Volga, que no tiene nada de río y que, con sus trescientos brazos abiertos ampliamente, se extiende hasta perderse de vista y fertiliza la tierra...

Entramos también en los cuarteles y campamentos militares. Rakowski dirige atentamente la palabra a los infantes rojos, averigua por su salud, por sus menores deseos; sonríe, escucha, acepta u ofrece un cigarrillo. Nosotros lo admiramos. He aquí un hombre de Estado. Un hombre de acción nato.

Seguramente es un "descontento". Pero no exhala ninguna palabra traidora. Por el contrario. No pierde un instante para aprovecharlo en hacer propaganda a la Idea, a pesar de que esa Idea no quiere ya nada con él, y lo zamarrea de un modo poco honrado.

Hacía 23 años que Panaït había conocido a Rakowski, y desde entonces vivieron unidos por una amistad vigorosa.

Cuando era embajador de la URSS en París Rakowski veía rara vez a Panait, porque éste último no gustaba de los salones oficiales ni de las anchas puertas cocheras... Pero, en el corazón del hombre se conservó siempre un puesto de honor para su amigo, el eterno vagabundo. Pannit describe, con su verbosidad habitual, de qué modo Rakowski le ofre-

ció, en la calle de Grenelle, la invitación oficial para el décimo aniversario de la Revolución roja...

Una noche blanca, henchida de promesas y de inexpresable angustia.

—¿Christian?

—¿Qué?

—¿Me decepcionará la URSS?

—Eso depende. Si tú miras la superficie, te decepcionarás. Si sabes ver, comprenderás...

—¿En este caso?

—Amarás nuestra obra...

Panait ama todavía al comunismo con todas las fuerzas de su alma; cree en él; no presagia aún su futura apostasía.

Encarga alfombras (oh, muy modestas!) a Ukrania; proyecta construirse una casita en la frontera de Rumania, que él adora.

...Los centenares de tarjetas postales que envía a los cuatro puntos cardinales del globo desde todas las estaciones, no son sino un grito, un prolongado hurra revolucionario.

Bilili encuentra muchas dificultades en persuadirlo de que no hace falta instalarse "para todo el resto de la vida" en Sovietilandia. Panait se enoja con Kazán que no abraza a los tovarichi de todas las ciudades y de todas las aldeas. También a mí me mira con ojo inquieto: "Usted es demasiado joven; quién sabe lo que usted referirá a sus lectores"... Y por tranquilidad opto por el partido de dedicarme únicamente al folklore.

—¡Juremos, juremos que jamás escribiremos una sola palabra contra la Rusia soviética!

—¡Jurémoslo, Panait, jurémoslo! **Toda Raba** (1) no está aún en marcha, pero estamos seguros de él. No será nunca un libro traidor.

Christian Rakowski, el búlgaro, está orgulloso, como todos los rusos, de su URSS.

—Yo trataré de que usted conozca un poco nuestra URSS. — dice sonriendo —. En todas partes, en todo rincón, yo creo que hay algo que ver. Síganme...

Mientras que el buque de motor nos conduce hacia las estepas, Orlof, el jefe de la misión contra las arenas, un tipo de gran estático con muletas, nos lanza un discurso sobre un peligro oculto que amenaza a Astrakán.

—"Tres son los ejércitos temibles de nuestro enemigo jurado — exclama Orloff, y señala la estepa.

"Primero las arenas movedizas. Las dunas que avanzan. ¿Tienen eso en su patria? Dunas que avanzan insensiblemente, bajo el soplo del viento, hacia las orillas del Volga. A lo largo de los noventa kilómetros, tres millones de toneladas de arenas

(1) "Toda Raba" apareció primero en la "Revue des Vivants", en 1931; luego, en el último número del "Cahier Bleu", de Francia. En Holanda apareció simultáneamente a la "Revue des Vivants", y en Chile (Ediciones Ercilla), el año de 1937.—N. de la Autora.

"Toda Raba" es de Nicolás Kazantzaki o Kazan.—N. del T.

son absorbidas cada año... Pueblos enteros se ven obligados a veces a cargar sus trapos sobre sus espaldas y a trasladarse a otra orilla.

"Luego existen, además, las arenas de los lechos del río. ¿Creen ustedes que esas se mantienen tranquilas? ¡No! Se desplazan con la corriente, constantemente, de manera que las cartas marinas nos sirven tanto como si fueran cartas celestiales. Y yo apostaría que el barco de ustedes se deslizaba con normalidad, ¿no es así?

Reímos y tuvimos que admitir que así era. De Nijni-Novgorod hasta Kazán, desde Kazán hasta Samara, desde Samara hasta Saratoff, desde Saratoff hasta Stalingrado, y desde Stalingrado hasta Astrakán, no hubo una sola vez que no nos deslizáramos y, con ayuda de la neblina, teníamos que soportar interminables esperas.

—Y eso no es todo. Hay además arenas volantes. Levantadas por un gran viento, devoran todo a su paso: ganado, árboles, poblaciones, ¡todo!"

Nos sentimos conmovidos ante las dunas ondulantes. Paisaje lunar. Y he aquí, a nuestra derecha, a Patropavlosk; a nuestra izquierda, a Nijni-Lidial, dos aldeas emigradas, víctimas recientes del viento y de la arena.

Hacía un momento, nos habían mostrado un cementerio abandonado:

— "No tienen tiempo para pensar en sus muertos", nos explicó Orlof.

Llegamos. Orlof es el primero en saltar a tierra.

— He aquí mis plantaciones.

Ningún conquistador estaría más orgulloso de sus ejércitos victoriosos.

Feliz, Orlof salta sobre sus muletas, se inclina sobre las plantas que impuso a la tierra estéril. Sus plantas que impedirán a la arena emigrar de ahí.

"Agryophilum arenarium... Pterococus aphyllus... Artemisium".

Ha desaparecido el sol desde hace rato. Christian Rakowski mira conmovido, nosotros escuchamos esas palabras mágicas, y miramos a Orlof que ha sacrificado veinticinco años de su vida y una de sus piernas, y nos sentimos invencibles.

Rakowski es también poeta. Al día siguiente se empeña terminantemente en hacernos ver los únicos lotos de Europa.

— ¿Quién los trajo aquí?

— ¿Los pájaros? ¿Los monjes kalmucos, budistas? Hipótesis, hipótesis...

Toda una noche en barco-mosca y podemos admirar, al nacer el alba, los campos flotantes de lotos. Los custodia un hombre de rudas manos, de voz ronca, un simple "camarada". Pero cuando nos describe sus flores y sus "costumbres", encuentra acentos dignos de Saadi y de Omar Khayam...

Al dejar Astrakán sabemos que la Gran Idea no ha matado al romanticismo; que el amor por las cosas bellas e inútiles aún existe, y eso nos inspira un gran orgullo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO DE CHILE

VII

Arena, horas y horas. Hasta donde la vista alcanza. Montañas, llanuras, colinas de arena. Nada más que arena. Y, por fin, un bosque espeso de robustos gigantes.

— ¿Pinos marítimos?

— ¿Abetos? ¿Cedros?

Nos acercamos y distinguimos mejor. Ni pinos ni abetos. Son andamiajes.

Un momento más de buena vía férrea y estamos en el Caspio. El tren se detiene ante este caballero colérico.

— Final: ¡todo el mundo abajo! — murmura Panait y se provee de su aparato fotográfico.

"¡Vamos, vamos! Panait no está aún de buen humor". "Final, todo el mundo abajo", y no rompe a reír... El que se saborea con su anécdota...

— ¡Idiota! — exclama riendo a carcajadas — el idiota (hablaba de un curioso cobrador de la línea Père-Lachaise) parece que tenía mucho gusto en gritarnos a la cara diez veces al día, con su voz nasal: "Père Lachaise, todo el mundo abajo". ¡Como si

hubiera firmado un contrato aparte con el buen Dios!

La noche anterior, Panait se quejaba de una ciática y se tragó un tubo entero de aspirina en medio de la consternación de Bilili y de todos nosotros.

A pesar de largos meses de vida en común, dudábamos aún de sus "siete vidas" (entre nosotros es común la creencia de que los gatos y algunos seres humanos privilegiados poseen siete vidas), y nos hicimos mala sangre.

— ¿Cómo va a soportar esta nueva fatiga, y aún más, con el viento glacial que corre y bajo esta lluvia de mugre negra?

Naturalmente nos equivocábamos. Al primer contacto con el entusiasmo de los camaradas de Azerbaidjan, Panait se irguió sobre sus "cuatro" patas y resultamos nosotros los quejumbrosos...

Llueve. Tierra oleaginosa, mar viscoso. Obreros saturados de aceite negro. Bombas, silos, toneles rebalsando petróleo. Bibi- Bibat, el paraiso o el infierno de la nafta.

Cifras, cifras, el mamotrero de Panait desborda de cifras. La línea roja asciende llena de ímpetu. 1930 sobrepasará a 1929... Rusia no tiene nada que temer.

— Pero dicen que dentro de diez años, sus pozos quedarán exhaustos...

—¡Ojo! ¡Dicen!... Pero todos los días descubrimos nuevas surgentes... Ultimamente acabamos

de comprobar que las capas de terreno, bajo el Caspio encierran yacimientos petrolíferos. Hemos puesto de lado al mar, hemos desecado el terreno, hemos cavado nuevos pozos. Tovarichi pissateli (camaradas escritores), el mar cubría este sitio por donde ustedes andan ahora. Tengan cuidado. Hemos ganado quinientas hectáreas de terreno. Y ésta no es ni será la primera ni la última vez...

Panait no puede más. Siempre lo mismo... Escucha, escucha, absorbe como una esponja, luego, para no estallar le hace falta hacer algo, algo inesperado que le sirva de válvula de escape.

— Los cretenses — le murmuraba Kazán — hacen "nali". Cuando no pueden más, a fin de no reventar, empuñan su cuchillo y se lo hunden en la pierna, en cualquier parte, no importa dónde, en su carne. Brota sangre. Y ellos respiran aliviados.

¿Cuál será el nuevo "nali" de Panait?

Yo lo sigo con el rabillo del ojo. Panait se estremece un poco. Las palabras no le bastan. Rueda sus ojos inquietos. ¡Ajá! Los fija ahora en un curioso tipo de periodista desdentado.

—Tovarich, amigo mío, díme, ¿en dónde tienes tus dientes?

El periodista lo mira consternado.

— Pero, camarada Istrati...— y sigue la mímica internacional: "no hay plata para los postizos".

— ¡Que eso no te detenga, amigo mío! Aquí tienes, toma, toma, para que te los hagas de oro si eso te parece mejor...

Ya hay para una dentadura postiza. En Astrakán para tapar otros huecos, otros más aún, siempre, Panait encontraba una razón a fin de derrochar su dinero.

Surajané, Bibi-Bibat, Sabundji, Ramani, Balajané, Binangadi, Karaichekur (¡ay, que yo no sea poeta para poder jugar con esas bellas palabras sonoras!), siete son los círculos infernales que encierran a Bakú, a la blanquísima capital de Azerbaidjan.

Panait quiere visitarlas todas. Toma innumerables fotografías, y, en su celo, también fotografía el modesto templo de Zoroastro, haciendo un mohín a ese profeta de antiguo fuego.

Kazán, obstinado, trata de traducir algunos poemas:

En los campos y las montañas baldías,
en donde reina la desolación, en todas partes,
bajo el sol, llenos de tristeza,
los sauces se deshojan en invierno,
tristes y enfermos
ahí donde el sol alumbraba,
silencio como una eterna interrogación,
ahí, donde silban y gimen
las salvajes soledades,
vuela el tren hundiéndose en la tierra
ahí, en aquel lugar;
entre la noche salvaje
el viento silba como un disparo,
y la casucha del jardín se ilumina...

Las doscientas siete (verstas)
entre el poste y la colina
son la marcha de la muerte.
Y en ese lugar los oradores de octubre y de mayo
ordenaron a los fusiles hacer fuego.
La lluvia lava todas las torpezas de setiembre.
En las 207 se ha detenido el día, congelado,
al hablar de la muerte...

No nos alcanzan los días. Hay que aprovechar de la noche. Ver doquiera los progresos de la Rusia comunista.

Para convencernos mejor del resurgimiento total de Azerbaidjan nos hacía falta ir a la Opera "en donde verán a nuestras mujeres, al fin, iguales a los hombres, sin "feredje". Como ustedes saben, hace algunos años la mujer que se hubiera atrevido a mostrarse sin velo habría sido linchada en seguida. Ahora... juzgad nuestro justo orgullo".

En el proscenio, visires, pachás, mujeres, realmente desprovistas de velos. Representan: "El gato Ismael", la primera ópera musulmana.

Cuando los protagonistas abren la boca, el Oriente expande visiblemente: una aguda melopea, interminable, maúlla como un gato con mal de amor. La orquesta se avergüenza y calla. Sólo una guitarra hace el acompañamiento. Pero cuando la cosa recomienza, ya nos encontramos en Europa: la trivialidad de los estribillos de opereta y fanfarrias militares.

¿Cuál es nuestra ganancia?

Que más tarde Panait imitará los gestos de esos buenos musulmanes y los de sus encantadoras concubinas, y, en pantuflas verde-rojo-violeta-marrón nos danzará sus danzas del vientre cantando en griego istratiano las cosas más abracadabrantes...

Panait colecciona guarismos, pero no entiende nada de ellos. Panait se burla de Kazán que "se atiborra de poemas" y que tan sólo es un poeta. Y, ante todo, Panait es un cuentista oriental: un ser primitivo, muy cercano a las fuentes del alma y de la tierra.

Panait, como los orientales, se sienta con las piernas cruzadas, se apoya completamente sobre la tierra y cuenta. Y cuando no quiere contar, escucha. Y escucha no como europeo "que escupe en sus bolsillos" y mantiene su corazón frío e irónico. Panait escucha como verdadero oriental que "escupe sobre vuestros zapatos", pero que sabe escuchar. Las palabras atraviesan su pecho y van rectamente a su corazón. Las lágrimas le brotan entonces de los ojos o un grito ronco surge de su garganta o toda su persona —que ha sufrido mucho — se lanza en una danza desenfrenada.

Kazán habla un atardecer acerca de Friné:

"Querían su muerte. Corinto es demasiado pequeña para ella. La arrastran ante la justicia. Hombres-víboras, sin alma, denuncian sus yerros. Friné, la Belleza descendida a la tierra, va a desaparecer.

"Después de haber perdido toda esperanza de vencer con palabras a tantos infortunios, su defensor se pone de pie. Los auditores se estremecen. Es su último esfuerzo.

"Con un paso de sonámbulo, ese abogado genial se acerca a su cliente la toma con vigoroso brazo, haciéndola exhalar un gritito de pájaro herido. El no la escucha. Aprieta la muñeca de ella; la arrastra ante los magistrados ciegos. Y ahí, con gesto violento ¡crac! desgarra los velos de Friné y la deja toda desnuda ante aquellos ojos hostiles..."

Istrati frunce las cejas.

— ¿Y entonces?

— ¡Eh, Panaitaki, adivina lo que sigue!

— ¡Cuenta, ogro, cuenta, ah, ah!

— Entonces, los jueces se levantan, los magistrados se levantan, los enemigos todos se levantan y con una sola boca exclaman:

— "¡Oh, ella es inocente!"

Panait pega un salto. Su café se derrama sobre su pantalón gris verdoso:

— ¡Oh, ella es inocente! ¡Oh, ella es inocente!

Panait llora, llora y no le da vergüenza llorar.

— ¡Oh, ella es inocente, ogro! ¡Oh, ella es inocente!

Panait no se jacta nunca de ser rumano, pero adora a Rumania. Panait se jacta a menudo de ser un griego, pero no habla casi nunca de Grecia. ¿Por qué ese amor ardiente de Panait para Rumania?

Yo creo que es porque Rumania le comunicó su idioma. Y Panait ama ante todo el idioma rumano. Cuando nos habla de esta lengua, no puede ocultar su emoción. A menudo, nos recita versos de Eminescu y agrega siempre con profunda exaltación:

—¡Oh, Eminescu! ¡He ahí un gran poeta! ¡Qué idioma admirable el suyo!

Pero, quiero repetirlo, Panait es también poeta. Si no, ¿por qué amaría tanto la palabra?

Nunca olvidaré cómo invocaba a una voz griega que le parecía hermosa y que había aprendido hacía tiempo.

— Elá, elá, elá (¡ven, ven, ven!) — la llamaba tal como solemos llamar a los pollitos para que vengan a comer en nuestra mano.

— Elá, elá, elá — con su voz suave... y cuando la palabra acudía al fin, como un pájaro que se aproxima y bate las alas y tiene miedo, Panait se levantaba, quería calmarla y le daba la bienvenida haciéndole señas: — ¡Kalosto, kalosto! (sé bienvenida, sé bienvenida!).

Y todo su pobre cuerpo quebrantado se estremecía de emoción.

El jardín tropical de Batum se extiende hasta perderse de vista. Horas y horas durante las cuales creería uno pasear en Australia, en América del Sur, en el Japón, en las islas del Pacífico... Horas durante las cuales uno es penetrado de aromas

violentos, bajo un sol implacable y cuesta trabajo creer que se trata de nieves que se reflejan en el mar.

¿Qué hemos visto en Batum? Muchas y muy interesantes cosas, como siempre. ¿Qué nos ha quedado en la memoria? Algunos diálogos y un pequeño drama cuyo héroe no adivinaréis nunca.

El puerto: En una de las barcas, un nombre griego: Lefteris.

— ¿Por qué Lefteris? ¿Es tu nombre?

— Bah, es el nombre de un gran zar (sic) griego: Venizelos.

En una aldea griega: Ajalchen.

Plantaciones de tabaco y té. Un campesino sonrosado, rechoncho, trabaja.

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO DE CHILE

— ¿Griego?

— Sí, de Esmirna.

— ¿Echamos una mano de conversación?

— Yo no sé qué se trae usted dentro de la barriga...

Nos examina con aire de sospecha. Ojos inquietos y astutos de zorro. Toma un cigarrillo que le ofrece Panait, conversa, cultivo, ganado. Poco a poco se vuelve más confiado y nos cuenta su vida:

— Yo era comerciante. He dado la vuelta a Rusia. He visto todos los colores. Ahora trabajo en el colectivo...

— ¿Eres feliz de trabajar para la masa y no para ti mismo?

Sin ningún titubeo:

—Te voy a decir: yo prefiero trabajar por mi propia cuenta. Estoy viejo. Así me acostumbré durante toda mi vida. Acaso los jóvenes estén contentos...

"No tengo nada que esperar del pobre. ¿Por qué lo querré? Yo también soy pobre. Si necesito algo, no podría pedírselo prestado..."

Panait resopla como una otaria. Prosigue en sus preguntas. También quiere fotografiar a "esta especie de bruto egoísta".

— ¡Ah, no! Yo no consiento que me retraten con mi traje de trabajo. ¿Para que me vean así en otro sitio? No, no. Vengan a mi casa para ponerme mi traje dominguero...

En la aldea las gentes que no están en los campos se reunen en torno de los "patriotas" (compatriotas), café turco, matichka...

— ¿Está contento?

—Sí.

— Entonces ¿por qué desea volver a Grecia?

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡Pues porque la sangre griega... arde!

A los hijos de Lenin:

Panait no puede olvidar las palabras del campesino, dictadas por su espíritu práctico y limitado. La cólera se apodera de él. "Entonces aman a los ricos porque tienen algo que dar... No se ama a los pobres porque no tienen nada que dar... El trabajo

no es grato sino cuando se ve el beneficio, suspendido a la extremidad de la cadena".

Panait desea sumergirse en otra atmósfera. Los jóvenes, sus pequeños amigos soviéticos, he ahí el grano de la humanidad futura.

En la escuela griega de Batum los niños nos reciben a tambor batiente. El director, considerando a Panait como su compatriota (el padre de Panait era de Cefalonia) trata de parecerle agradable.

— ¿Qué es lo que usted sabe hacer?

—Leer, calcular, ayudar en el campo, pesar con precisión...

Muchachos y muchachas de 8 a 16 años, audaces, sin falsa modestia, nos explican su programa de estudios, declaman versos a menudo hechos por ellos mismos, piden a su vez informes únicos en su género.

— ¿Hay donde ustedes niños de Octubre?

— ¿Hay donde ustedes "spekulatsia" (especulación)?

Y una chiquilla muy pálida, de apenas 12 años:

— ¿Tratan ustedes a las madres de una manera conveniente?

Panait la toma entre sus brazos y ella declama seriamente el juramento de los escolares:

"Yo quiero trabajar con el obrero y el campesino. Yo combatiré con él contra el enemigo común; yo quiero ayudar también a que la Idea venza. Yo quiero ser un colaborador útil y fiel de mis camaradas de mayor edad. Por eso es que he entrado en la escuela".

¿Simple parloteo de loro?

No. Un alma prematuramente madurada que se consume.

Queremos irnos, pero nos cierran el camino.

—No, no, tovarich Istrati, díganos un discursito...

Panait pronuncia algunas palabras dictadas por el corazón. Los niños y los padres que han acudido aplauden. El maestro de escuela ofrece a "nachi pissatelli" (nuestros escritores) el diploma y el pañuelo rojo del pionero, y salimos de la escuela, con el pañuelo rojo en el pecho, conscientes de nuestra indignidad...

La media de seda:

Día de mercado. Terribles comadres, en busca de provisiones, mujeres jóvenes que van y vienen acércanse furtivamente a algunos mercaderes persas o armenios, cuchichean apresuradamente algunas palabras, y se escapan. Hombres jóvenes con el bigote apenas apuntando, y mirada dura, milicianos, guardan las esquinas. Una curiosa atmósfera de espionaje en plena calle.

Panait ventea en seguida algo anormal.

— ¿Qué hay, tovarich Kabanof?

— Mujeres de cabeza de chorlito...

— ¿Cómo?

— Mujeres que venderían a la URSS., si les fuera posible, a cambio de un par de medias de seda...

Bilili y yo sentimos al punto una vaga compasión por esas chorlitos, hermanas nuestras. Panait y Kazán se muestran implacables. Para ellos tal problema no ha existido nunca. Arenque prieto o madona bizantina, con media de seda o sin ella, nosotras seremos las más bellas mujeres del mundo!

—Explique, tovarich Kabanof. ¿Por qué aquí y no en otro lugar? No va usted a decirme que las mujeres de Batum son peores que las demás...

El camarada Kabanof se sonroja un poco.

¡Oh! Eso ocurre un poco en todas partes... Aquí más... la frontera... Miren ustedes, nuestras camaradas con faldas no se resignan a vivir sin medias de seda. En vano se ha promulgado un edicto especial, según el cual toda camarada que use dicho artículo será expulsada del partido... Ellas dicen que "sí" pero sueñan con medias de seda. Quieren a todo precio medias de seda... Ayer, miren... tuvimos que encarcelar a una **buena,** a una **preciosa** camarada. Venía de Moscú. Siete días en tren, el deshonor del contrabando por un par de medias.

Kabanof suspira.

Panait se encoge de hombros y murmura una interjección rumana. Se acuerda: ¿qué le pidieron las mujeres soviéticas cuando él partía hacia Grecia?

—¿Qué quieren que les traiga de allá?

—¡Un par de medias de seda! Un par de medias de seda! — fué la voz unánime.

Y como en el fondo, Panait no tenía alma de asceta, rogó a Bilili que se proveyera de una canti-

dad considerable de medias de seda para todas esas mujeres.

"Cabezas de chorlito. ¡Hace diez años que están ustedes resoplando para poder arrastrar del carro de la URSS; hace diez años que no pueden ustedes disfrutar ni siquiera de las noches para ustedes y hacer el amor, y no se quejan! ¡Pero, sin medias de seda, la vida ya no les parece a ustedes posible!"

VIII

¿Dilapidamos tontamente los encantos de Tiflis, porque permanecimos ahí demasiado tiempo? Panait había encontrado una buena compañía de poetas, el vino de Kakketia corría en abundancia, acompañando los versos georgianos, tan hermosos y, sin embargo, tan ignorados:

Santa Nino, tu palacio almenado
aseméjase a la copa en que el vino espumea.
¿Por qué me ha impresionado tu semblante?
Eres como una mujer tigresa sobre el icono.
Sanzzavari ha hecho estremecerse a la noche,
el chachlik de Aftandil chisporrotea sobre el fuego:
el cielo es un peral lleno de frutos
y la primavera tiene aroma de leche.

¡Santa Nino! Tal como Kazara, nos quemas tú, igual que paja,
a nosotros, los que irradiamos de versos georgianos.
Es la fraternidad, son las lágrimas, son las heridas...
Pero, hermanos, el amor, como el sable de Tamerlán, me ha desgarrado.

¡Santa Nino! Tú eres la vida de Kakketia,
tú estás forjada de oro y miel.
Te arrebatan las fanfarrias del halconero.
Eres un faisán oculto entre los ciruelos...

Cuando Leonidas, fatigado, no quería ya declamarnos su Santa Nino, Yachvili del "Cuerno Azul" o "Lord Sibanidzé, el proletario", se ponían a recitar largos versos que terminaban en issassa, issassa, y adormecían nuestras almas.

Mil razones aparentes hubo para prolongar aquella permanencia en Tiflis. Mas tarde creo que logré descubrir la única y verdadera causa casi oculta de esa demora nefasta: Panait debía, por fin, comenzar sus artículos para "Les Nouvelles Littéraires". Y Panait, sin saberlo él mismo, quería ganar tiempo. El correo de París, que lo esperaba en Tiflis, le pegó también un fuerte puñetazo en los riñones.

Kazán, a quien consumía la impaciencia (mientras que Istrati atravesaba tan sólo entonces la terrible crisis de no poder escribir, de no poderse callar tampoco. Kazán había pasado ya por eso, habiendo permanecido ocho años sin escribir una sola palabra), se volvía más y más taciturno, soltaba frases bruscas, cuando no crueles; tenía altibajos en su humor y, para canalizar su impaciencia, se sumía en todas las bibliotecas disponibles y tragaba kilos de polvo y erudición en estado bruto.

Como un perrito, con los ojos rojos de llanto o de rabia, yo lo seguía de cerca. ¡Oh, qué detestable me parecía vivir en la compañía de "grandes hombres". Tragar cuentos y leyendas, y todo un laberinto de historia hasta que el corazón se paralizaba! Panait y Bilili, al menos tenían otra válvula de escape. Escribían, escribían toneladas de tarjetas posta-

les. A cada rato corrían al correo. Recibían cartas de Romain Rolland, de Víctor Serge, de A. M. de Jong, de Francis Jourdain, de otros escritores de moda. Y contestaban; se aliviaban... ¡Mientras que yo!

Más flaca que una cola de arenque, regresaba por la noche al hotel, agotada, y la dulce Bilili — no pretendo por cierto que ella no sufriera por su lado —, mientras se remendaba las medias, me consolaba lo mejor que le era posible.

—¿Qué haremos nosotras, Bilili, cuando estemos "de regreso"? ¿Qué será de nosotras?

Bilili escribía también artículos para periódicos de Ginebra, pero a ella lo que más le gustaba era cantar.

—Estudiaré canto. Panait me ha prometido dejar que me instale en Viena. Ahí estudiaré canto; Elenimy, tú tratarás de escribir algo llamativo. Es preciso que seamos independientes...

¡Independientes!

Panait amaba profundamente a Bilili, que lo había sacrificado todo por él, incluso su salud. Pero Panait era un hombre imposible de seguir. Todas las noches nos cansábamos tomando firmes decisiones y todas las mañanas Panait quería deshacerlas. Y Bilili — siempre era ella —, tenía el papel ingrato y difícil de discutir nuevamente con él, punto por punto, y de tranquilizar ese humor que saltaba a las nubes o se arrojaba a los abismos.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA SANTIAGO DE CHILE

A menudo, mientras que Panait y Kazán bebían en compañía de poetas georgianos y discutían con ellos, nosotras leíamos con Bilili las hazañas de Tamara, en los libros que yo acababa de obtener prestados en diferentes bibliotecas.

"Tamara tiene sobre su cabeza un casco guerrero y grandes zarcillos penden a derecha y a izquierda. Sus ojos son zafiros; sus dientes, perlas; su cuello, jaspe. Usa una cota de malla y, bajo de ésta, satín.

Nos sentíamos fascinadas por esa mujer que había sobrepasado las fronteras de la realidad y que había penetrado en la leyenda. Estábamos asombradas también de comprobar que esa reina —amazona —, vivía aún todopoderosa en la Georgia soviética.

"El día en que Tamara ciñó la corona, nos decían los poetas muy orgullosamente, comenzó para Georgia su siglo de gloria, de abundancia y de cultura. Sobre todas las casas, todos los handjars, todos los instrumentos de música — dhara, dayra, chanuri —, sobre todos los vasos de plata maciza o de oro, se veía grabado su nombre..."

Después de largas semanas de enervamiento, Panait se decidió. Salimos de Tiflis y nos instalamos en Borjom, en la ciudad de un hermano del zar.

Lijani servía ahora de Casa de Reposo para los obreros soviéticos. Todas las villas del Cáucaso y de la costa del mar Negro servían igualmente al pueblo

ruso. Tan pronto de sanatorios para los tuberculosos, como de Casas de Reposo — todo trabajador tiene por fín el derecho de caer enfermo y descansar.

Nikolai Konstantinovich Borgenchvili nos hace los honores. Los jardineros, el portero, las mujeres de servicio datan del antiguo régimen. Aman la casa, el parque y los objetos inanimados con un amor casi religioso. Pero toda esa gente es buena y dispuesta a sernos útil a nosotros, los invasores.

A menudo me maravillaba de esto: los rusos, ¿no conocen, acaso, el rencor?

Mientras que los antiguos señores, transformados en custodios del tesoro nacional, con exquisita delicadeza os hacen visitar sus propias colecciones, pertenecientes ahora a la colectividad, los otros, los "brutos" respetan a hombres y a objetos que representan, sin embargo, a veces, para ellos el más abyecto pasado.

En 1929, aun en Moscú no era raro ver iconos incrustados en las murallas de las mansiones ex particulares, y nadie tenía la ocurrencia de arrojar una piedra y romper el vidrio que los protegía. Toda esta sangrienta revolución no ha logrado destruir el profundo amor de Rusia hacia la belleza, cualquiera que sea el campo en que ella esté.

Panait, no pudiendo escribir, ruega a Kazán que haga el trabajo por los dos. Todas las mañanas, Kazán llama a su puerta, lo llama y comienza la lectura del recién nacido. Panait se siente feliz, el ritmo sal-

vaje del africano corresponde a su llama interior, golpea las manos:

—¡Bravo, bravo, ogro! ¡Trae para firmarlo!

Bilili escucha en silencio. Frecuentemente ella ama a Kazán; otra veces lo detesta:

—Yo no quiero poner mi planta ahí donde él la pone! — me declara en sus arrebatos de mal humor. Pero al día siguiente, ella discute con él apasionadamente.

Un montón de artículos firmados por la propia mano de Panait (y de Kazán) han marchado ya hacia la oficina de la calle Montmartre. Panait está aún totalmente de acuerdo con Kazán. Y he aquí el primer artículo de esa serie, una especie de manifiesto, que Kazán transcribe tal como es, en su **Toda Raba:**

"Dos hombres de corazón madurado por el sufrimiento se aprestan a recorrer la URSS. Una profunda angustia se apodera de sus almas. El mundo en que vivimos les parece vacío, sin fe, entregado a las fuerzas obscuras y embrutecedoras de la materia. Un día, esos dos compañeros de ruta sintiéronse al borde de un abismo, presa de un estremecimiento de angustia, creyeron ver un mundo precipitándose en ese abismo. Su angustiado corazón aprehendió, de pronto, el sentido doloroso y fatal de nuestra época: atravesamos los últimos días de una civilización y vivimos los síntomas de toda decadencia. El materialismo compacto y limitado es mirado ahora

como la explicación más completa de todas las cosas. Sed sin miedo y sin pudor de oro y de voluptuosidad, injusticia y violencia organizadas, individualismo, egoísmo y mentira, exaltación extremada de mezquinas verdades prácticas, sumisión del alma a la máquina, he aquí nuestra vida. No existe un ritmo de orden superior que pueda poner freno a los brutales instintos del individuo y de la sociedad. Es la descomposición. La guerra innoble aporta un gran beneficio: acentúa el proceso de la descomposición. Vivimos en un año lo que otrora habría sido vivido por generaciones enteras. Nos precipitamos rápidamente hacia el abismo.

"Súbitamente, en ese negro horizonte, los dos hombres ven levantarse, en el Norte, una nueva estrella: la estrella roja. Gota de sangre. Lucha y atraviesa las nubes y proyecta un haz de pálida luz sobre la faz de la tierra. Ella señala un camino. Nos ceñimos nuestros cinturones y nos ponemos en marcha, siguiendo a la estrella roja. Moscú lanza su grito: todos, amigos y enemigos, con amor y odio, escuchan ese grito y vuelven su corazón hacia Moscú. Nuestros dos corazones, imantados, se dirigen hacia el Norte, con inquietud y esperanza. En esa cuna inmensa, bloqueada y ensangrentada de la URSS, ¿cuál es el movimiento que pretende salvar al mundo? Simeón, el viejo, que no quería morir antes de haber estrechado entre sus brazos al Mesías, recibió un día en sus manos expertas y temblorosas a un niño recién nacido. Lo examina; él es implacable, y ja-

dea; su corazón palpita fuertemente lleno de esperanza, pero sus ojos permanecen pensativos y tratando de penetrar el misterio. ¿Quién es ese niño de cuarenta días, bañado ya por la matanza de inocentes? Ese gritito estridente, ¿será la voz del Mesías? Atravesamos ese momento terrible de las preguntas, de las respuestas balbucientes y de las esperanzas lejanas. Nuestros corazones están llenos de fe, pero nuestros ojos siguen estando lúcidos. Nuestro viaje a través de la URSS no será sino una larga y penosa peregrinación. Vivimos entre la inquietud, la injusticia, la crisis y la esperanza ferviente de los desesperados. En esta época peligrosa, en que el azar nos ha hecho nacer, querer y sufrir, ¿cuál es el camino que conduce a un mundo menos horrible, menos feo, un poco más justo y más humano?

"Nosotros no somos ni comunistas afiliados al partido, cegados por su fe fanática; ni burgueses ciegos por la incredulidad de los corazones corrompidos. Por encima del amor a nuestra patria carnal, amamos a Rusia; ella es hoy día la patria de todos los que luchan por la luz. Por encima de Rusia, amamos a la humanidad que sufre; y, por encima de la humanidad, servimos a una fuerza misteriosa que ora es llama, ora luz, a la que el espíritu denomina verdad y el corazón, amor.

"¿Cuáles serán las conclusiones de nuestra romería? No lo sabemos. Vamos a descubrir nuestra propia verdad, con nuestra desinteresada y cruel parcialidad. Si fuéramos comunistas, nuestra tarea

sería fácil y las conclusiones, conocidas de antemano; deformaríamos consciente o inconscientemente todos los hechos para someterlos a la disciplina del marxismo y a la fe ingenua y fecunda de los hombres de acción. ¿Acaso todo —¡ay!— con un poco de buena voluntad, no llega a explicarse por el factor económico? Vivimos al final de una civilización y, como ha ocurrido siempre, el materialismo es proclamado la clave de todos los misterios. El mundo se convierte en una máquina y la explicación de todas las cosas una competencia entre la dialéctica y el ingenio. Si fuéramos anticomunistas, nos sería igualmente fácil denigrar todo el esfuerzo soviético, poniendo de relieve el lado cómico y los tanteos infantiles y a menudo sanguinarios de toda idea que se esfuerza implacable y torpemente en convertirse en realidad.

"Nuestra tarea es mucho más ardua e ingrata. No somos ingenuos que creen en la felicidad; ni débiles que, al primer choque, se desploman sobre el suelo, desamparados; ni escépticos que contemplan desde la cima de sus espíritus burlones y estériles, el esfuerzo sangriento de la humanidad en marcha. Creyendo en la lucha, sin ilusiones, nos hemos armado contra la decepción. Sólo los románticos simplistas descubren en la clase proletaria nada más que virtudes; nosotros, al contrario, sabemos que esa clase, que lleva dentro de sí todos los gérmenes del porvenir, es aún pesada, ignorante, sin conciencia neta de sus deberes, atiborrada e inflada por dogmas

verdaderos pero groseramente elaborados. . . La lucha es, a menudo, motivada por los viles instintos del estómago y del bajo abdomen; la sed de goces materiales aguijonea frecuentemente su carne y los empuja al combate. Pero esas son trampas que el demonio de cada época gusta de levantar para obtener sus fines. Esos fines que sobrepasan siempre los deseos de los combatientes. Si los bajos instintos de la masa no fueran excitados, su furor por el combate sería morigerado y la ascensión de la humanidad sería más lenta y comprometida. La masa, al precipitarse para saciar sus instintos, sirve, a su pesar, a una finalidad superior.

"Así como el voraz insecto, removiendo los pétalos se precipita sobre la miel que se halla, como un incentivo, en el fondo de la flor. El insecto hambriento cree que él no hace sino satisfacer su hambre, que la miel no tiene otra misión que llenarle el vientre. Pero mientras come y se hincha, su vientre, sus patas, sus antenas y sus alas están salpicados de amarillo polen, y cuanto más hambre tiene el insecto y se hunde y se remueve, más polen se amontona sobre él. Y cuando se marcha y viola otras flores, transporta consigo ese polvillo misterioso, y, sin quererlo, sin saberlo, fecunda todo un jardín. Tal es el santo destino de las satisfacciones materiales. ¿Cuál es nuestro deber? Colaborar en esa obra superior a nosotros mismos, conscientemente. Ser los insectos que comen y beben sabiendo por qué. Ver las aspi-

raciones de la masa y no sentirnos disgustados por ella.

"Afrontando así el ideal y la misión de los bajos instintos, nos corresponde también, según creemos, revelar sin temor a rebajarla, toda la verdad. Conscientes del universal egoísmo y del materialismo de nuestra época, sabemos que el recién nacido comienza a parecerse a su época; su hambre pide qué comer. Como todo organismo apegado a la tierra, tiene necesidad de comer y de beber, de acaparar el mayor espacio posible sobre la tierra entera. Pero así como el recién nacido no ha tenido nunca sed de ideal antes de nacer, nadie la sentirá mañana cuando se halle ahíto de pan.

"Igual que el pequeño Dionisios, ríe, gime y danza por exceso de fuerza. Pero su risa se ve pronto ahogada por las potencias enemigas que acechan en todas partes y se encarnizan en matarlo. Hemos oído su risa y sus llantos; nos dirigimos a través de nuestra angustia hacia él. Lo que le otorgamos como presente no es incienso ni oro, sino nuestras inquietudes y nuestros problemas repletos de amor.

"El momento que atravesamos es tan grave, que toda mentira sería un acto deshonroso. Cada cual tiene el deber de decir su verdad y de ocupar su puesto en la gran batalla inminente. Si fuera dado al hombre captar toda la verdad — su núcleo incandescente y su nebulosidad vibrante — en palabras, nuestra palabra sería ruda, visionaria, cegadora. Lo que hoy se hace en Rusia conscientemente es

pálido e incierto en comparación con lo que estalla en lo inconsciente sin que los jefes lo sepan ni lo quieran. Vagamente nosotros adivinamos que gigantescos hechos se siembran sobre ese campo inmenso y fecundo de los mujiks. Desgraciadamente vivimos muy poco y apenas si tenemos tiempo para adivinar —y eso en un destello demasiado fugaz— la curva que brota y se proyecta desde el efímero punto de nuestra ruta.

"El que quiere juntarse al espíritu que salta hacia adelante, destruyendo y creando, debe amar a Rusia integralmente, en bloque, sin las miserables reservas del pensamiento metafísico o los mezquinos cálculos de la aritmética y de la ciencia. Aquí en la URSS uno se siente rodeado de fuerzas ciegas que crean el ojo —el ojo y la luz.

"Por encima de la lógica, por encima de las discusiones y disputas, por encima de las necesidades económicas y los programas de los partidos, más arriba de los Soviets y de los comisarios, palpita en la URSS y la dirige el Espíritu de nuestra época, oscuro, satisfecho, implacable. Desde el mujik más bestial hasta la santa faz de Lenin, todos, quiéranlo o no, son los instrumentos y los colaboradores de ese Gigante que titubea en Moscú.

"Corazones ardientes y puros de todos los países, uníos! ¡Ajustemos nuestros ceñidores, pongámonos en marcha! ¡Moscú nos llama!"

En amplio comedor de obscuro color, canta Bilili, a la caída de la tarde, antiguas tonadas de Italia. Panait abandona su trabajo a los primeros acordes y viene a reunirse con nosotros. Está orgulloso y emocionado:

—¡Qué bien canta la tipa!

No es el único que disfruta con nosotros de ese canto. El personal de Lijani deja su trabajo y, con las manos en la cintura, escucha soñadoramente, mientras vaga una sonrisa de paz por sus labios.

Después de la comida, a Panait le gusta jugar al tric-trac. ¡Ay de uno si juega "como sus patas"! ¡Ay, también, si tiene demasiada suerte!

Se echa una mano de conversación.

—Estoy curioso por ver lo que escribirá Barbusse... ¿Crees, Nikos, que logrará hacer una obra maestra sobre la Rusia soviética?

Panait se encuentra inquieto por su propio prestigio.

—Si comienzas a escribir en francés, tendrás que "poner" un libro cada año! De otro modo, te olvidarán, te olvidarán, viejo!

—Pero es terrible—protesta Kazán. ¿Acaso somos galeotes?

—Galeotes o no, te someterás, cretense indomable. ¿Crees tú que yo lo hago de buena gana? Si no, te olvidarán, viejo... Te olvidarán. ¿Entiendes?

—Un solo hombre en Francia te abrirá su corazón...

— ¿Quién?

— Jean Richard Bloch, y nadie más! ¡No conozco a nadie más que pueda saborear la violencia de tus escritos!...

Y para no dejar que la velada terminase con esa melancólica predicción, Panait, buen muchacho, nos leyó las cartas de nuestro querido Víctor Serge (1) y del lejano solitario de la Villa Olga. Yo reconocía ya la escritura fina y vigorosa del primero, así como las minúsculas letras de mujer del autor de "Juan Cristóbal".

Como no sabemos jugar al billar, rogamos a Panait que nos reuniéramos sobre el campo de tennis. Siempre con sus pantuflas multicolores, corre y recoge las pelotas. Las arroja con un golpe seco de buen jugador entrenado y ríe a carcajadas cuando lo miramos más o menos como si mirásemos a un prestidigitador.

— Pero es por el billar — nos explica —, y le creemos bajo palabra.

No pasa un solo día sin que Panait no nos haga creer en su propio milagro. Enfermo, lo está y gravemente. Pero desafía a la enfermedad; se burla de ella y le gana siempre la mano a la muerte. Así acabamos por no tomar en cuenta la enfermedad y lo creemos inmortal.

(1) Víctor Serge, separado de Stalin y de la III Internacional, es trotskista confeso. Véase su libro "El destino de una revolución". (Ed. Ercilla).—N. del T.

Nikolai Konstantinovich Berganchvili nos hace visitar la comarca. La hermosa limusina de Lijani, una carreta de bancas, camión, caballo, todo es bueno para él. Ya no queda un codo de su Georgia sin que él lo visite.

Panait nunca dice no cuando se le invita a ver algo. Ni Bilili tampoco. Creo que nunca encontraré mujer más valerosa.

Recorremos montes y montañas. Una vez Panait se siente mal a caballo. Bilili sufre un miedo espantoso, pero de su boca no brota una sola queja. Y, después de un momento, nuevamente vemos a Panait a la cabeza de nuestro grupo ecuestre y canta a grito herido para olvidar los dolores crecientes... que nos hacen sentirnos con cuidado durante toda la mañana siguiente.

—¿Quiere usted visitar Vardzia?

—¿Una nueva fábrica?

—¡Oh, no; esta no! ¡La "Fortaleza de las Rosas", el palacio estival de Tamara!

—¡Tamara, Tamara! —exclama Panait acicateado—. Naturalmente, y usted también, camarada Nikolai Konstantinovich; usted es un "georgiano". Y si usted fuera una muchacha, estoy seguro de que se haría llamar "el rey Tamar" para poder soñar mejor en la noche. . .

Todos ríen y partimos con buen ánimo.

Henos aquí, encajados en dos viejos Ford desventurados —la limusina de Lijani ha sido consi-

derada demasiado lujosa —, acompañados por toda una banda de jinetes armados.

En un recodo del camino, oculto entre las piedras, un poblacho kurdo. Una faja de tierra sacada de las orillas del río, y, entre el maíz y las chozas, las gruesas matronas acolchadas, todas ellas con un guardapolvo multicolor sobre las espaldas, adornadas de collares de conchas y de piecezuelas de cobre.

Atravesamos el valle, nos acercamos a la frontera turca, de donde los kurdos brotan en oleadas, saquean los villorrios y los viajeros y se burlan de la policía...

De pronto nuestro chofer se detiene. Prepara su pistola, extiende el brazo y grita triunfante:

—¡Rustavi!

— ¿Un jefe kurdo?

Se sorprende:

— ¡Rus-ta-vi! ¡Nuestro Rustavi nació en este pueblo!

¡Qué vergüenza! No teníamos la imaginación suficientemente ágil. "Ve chviss Kaossani". El hombre de la piel de Tigre — la odisea de Georgia. Y su Homero — Chota Rustaveli. Chota Rustaveli que reina con Santa Nino y "el rey Tamar", en todos los coros georgianos.

Por centésima vez nuestro huésped se pone a hablar del poeta:

— Para Rustavi, el héroe ideal es un caballero sin miedo y sin tacha. Fiel a su rey y a la mujer amada. Intrépido y dulce.

—En verdadero georgiano, —nos había explicado el otro día un armenio un tantico burlón—Rustaveli no se torturaba por buscar el sentido metafísico del mundo. Su horizonte era fijo y limitado. Terminado su gran poema, abandonó su patria y fué a morir a Jerusalén.

— ¿Por qué?

Nikolai Konstantinovich nos cuenta lo que dice la leyenda:

"Fué en Khizir, en un gran castillo, cerca de Kara-Agath. Tamara daba un festín. Durante tres semanas sus enviados reunieron a los invitados. Durante tres días los bueyes y los corderos ardían sobre las brasas.

"Al final del festín, Tamara ordenó a su poeta que recitase sus versos. Rustaveli se puso de pie. La reina lloraba. Los invitados también. Tamara dijo al poeta:

— "Pídeme lo que quieras!

"Rustaveli pidió la mano de Tamara. Los invitados se levantaron atemorizados. Vislumbraron la ira entre las cejas de su reina.

"Tamara ordenó:

— "¡Toma el mejor corredor y huye sin volverte!

"Rustaveli galopó toda la noche, galopó todo el día.

A la noche siguiente llegó a Tiflis. Entró en su casa. Calma. Suavemente penetró en la alcoba de

su mujer y encontró en el lecho a un esclavo que él mismo había comprado en Constantinopla.

"Rustaveli invitó al día siguiente a sus padres y a los de su mujer. Estos esperaban un festín. Sentáronse en corro. Pero, Rustaveli colocó sobre la mesa la cabeza del esclavo.

"Habló de la infidelidad de las mujeres, se despidió de los padres. Iba a partir hacia muy lejos. Dejó su libro sobre la mesa y pidió a sus amigos que lo guardasen y entregasen más tarde a sus hijos, cuando éstos fuesen grandes. Entonces les dirán que su padre fué un poeta, que amó a "su rey", la reina, y que Dios, para castigarlo lo mandó a morir lejos de su patria..."

¡Oh, estos georgianos siempre románticos y caballeros de Aventurería!

Aspinza. Nos rodean rostros salvajes, barbudos, inquietantes, con grandes gorros de cordero, y capas tiesas y bárbaras. ¿Serán guerreros salvajes? Nos han dicho que en el Cáucaso hay todavía una tribu que usa cotas de mallas. ¿Serán bandidos?

No. Otra clase de aventura: un residente de soviets.

Un viejo musulmán, visiblemente el jefe, con la cabeza metida en un turbante verde.

— Vengan a nuestra estación agronómica...

— ¿Qué hacer? Nobleza obliga.

Lo seguimos por senderos estrechos y, confieso, creímos haber caído en una trampa. Su banda, de

caras hirsutas nos rodea, y nosotros tratamos de poner buena cara al juego malo.

De repente, entre las cabañas de madera podrida, un gran edificio de piedra, flamante, nuevo. Entramos. Instrumentos agrícolas, un tractor, plantas desecadas, frutos, mariposas, bancaos. Una linterna mágica...

— ...Con ayuda de las proyecciones les explicamos la vida de las plantas y de los insectos... Les damos lecciones de agronomía elemental... distribuímos semillas... prestamos el tractor... En otro tiempo, aquí mismo se los apresaba por deudas...

El viejo del caftán sonríe, su séquito también. Nos muestra al frente los cimientos de otro edificio más espacioso. Dice:

— El futuro Dom Christiani (Casa de los campesinos). Tendremos un restaurante, una biblioteca, un club...

— ¡Y no se mueren aquí! — murmura Panait soñadoramente.

¿Adivinaré? ¿Piensa en aquel pobre misionero rojo que fué a Siberia a convertir a una tribu de Yakutos?

— Miren, hermanos, no tengan miedo; el agua no es sólo buena para beber. El agua es también buena para lavarse...

"Miren... Sigan mi ejemplo; vengan... Entremos juntos en el río...

"Naturalmente nadie lo hizo. Sólo el tonto de la aldea. Y, vamos, su emoción es tal que muere en seguida. Sí, muere, rígido como un leño. ¿Consecuencias? El pobre misionero rojo resultó con las costillas rotas y apenas pudo salvar su pellejo..."

Nos despedimos de los nuevos prosélitos. Vardzia está aún muy lejos. Hay que apresurarse.

A los pies de una fortaleza medieval, montamos a caballo. El camino se hace difícil; las cumbres que nos rodean, más austeras; el pequeño grupo de jinetes armados nos vigila de más cerca. Pero, salvo un desvanecimiento de Panait, llegamos al final.

¿Alguna reina oriental habita en esos huecos trogloditicos? Centenares de pequeñas cavernas, incrustadas en las rocas abruptas, suspendidas sobre el abismo, por sobre el Kura azul. Eso es todo. Y una capilla.

Del fondo de una cripta, con un cirio en la mano, surge un monje grasiento. Acerca la pequeña llama a las paredes húmedas y surgen ángeles blancos, de cabellos rizados. Y más lejos, el famoso fresco: el rey Jorge III y su hija Tamara, a la cual sostiene en la palma de la mano ofreciéndole una iglesia.

Mientras que Panait descansa a las orillas del Kura y devora—para castigarnos por interesarnos aún en esas cuchufletas—todas nuestras provisiones—, vagamos por la real morada. Qué imaginación sería preciso gastar para hacer revivir a nuestra misteriosa reina...

"Las murallas estaban cubiertas de telas preciosas, tejidas con hilos de oro; las perlas estaban amontonadas como la arena, se despreciaban los vasos de plata y sólo se usaban de oro, incrustados de diamantes hindúes..."

Kazán se vuelve hacia el monje.

— ¿Cómo podía vivir aquí esa delicada reina?

— Ella era una santa; tenía fe...

— ¡Fe y también tapices! — bromea nuestro compañero del partido.

El monje fingió no haber entendido. El joven comunista era, sin embargo, un georgiano: adoraba a "su rey", la reina.

— Si ustedes quieren puedo mostrarles su tumba. ¿Conocen su epitafio?

"Yo fuí en un tiempo la reina Tamara; llené con mi nombre mares y tierra. Hice pasar los peces del Mar Caspio al Mar Negro. Mis corceles entraron en Ispahan y hundí mi espada en el meidan de Estambul. Después de realizar todo esto, me llevé al otro mundo nueve metros de tela".

X

> Rodeados de cumbres nevadas, hasta donde
> [la vista alcanza
> los renombrados viñedos de la Kakketia.

Panait nos había acompañado en los últimos días. Visitó con nosotros, por la mañana, los viñedor y las estaciones agrícolas; tomó interés en el cuidado del gusano de seda, rió de buena gana y parloteó con las muchachas de jugosas mejillas. . . En una villa ex imperial saboreó diferentes vinos famosos — Naparuli, Tainandali, Telav y encontró mil cosas gratas de decir. . . Y aún más, en una iglesia abandonada lo perdimos por un instante y, de pronto, surgió un obispo resplandeciente bajo su casulla bordada de oro y bajo su alta mitra de piedra destellante. Alzó el brazo y con voz nasal de chantre bizantino salmodió:

— ¡Que el buen Demonio os bendiga!

Se ahogaba de risa, y sólo entonces comprendimos. ¡Dios mío, cuán adorable era!

Pero unos instantes después, se perdió de vista y trató de despedirse a la inglesa. Alguien, un ca-

marada de altas botas y de fusta, se había acercado a él:

— Tovarich Istrati — le cuchicheó al oído — tovarich Istrati, tengo algo que decirte.

Panait nos dejó feliz. En esos últimos días le gustaba aislarse, volverse solo, ver y oír "cosas misteriosas" que visitantes desconocidos le prometían en voz baja. Algo de obscuro nacía en él, algo que temía a la luz.

— Vamos — dijo deslizando sobre nosotros una mirada burlona —. Los dejo aquí. Me marcho solo.

— ¡Ten cuidado, Panait! — le gritó Kazán sonriendo —. Te van a enredar, ingenuo...

— Corazón de piedra: prefiero eso...

Y helo ahí volviendo atemorizado hacia el anochecer.

— ¿Qué pasa, Panaitaki? — pregunta Bilili inquieta.

— ¡Lo que no te importa! — contesta Panait y lanza una mirada perversa a Kazán, quien se dedica a trazar, con letra firme, notas apretadas.

— ¡Deja tus papelotes, deja tus papelotes, mírame!

Kazán levanta la cabeza. Había algo de indeciblemente doloroso en el pobre semblante trastornado de Panait. La sonrisa de Kazán se borra al momento. Se levanta y se acerca a su amigo.

— ¡Sufres, Panait!

— Sí, sí, viejo zorro, sufro. ¡Acabo de saber cosas terribles!

Se detiene un segundo y espera. Kazán guarda silencio. Nos acercamos inquietos.

— ¿No preguntas por qué sufro? — exclama Panait, apretando el brazo de Kazán, colérico —, ¿No tienes la curiosidad de preguntarlo? Ah...

Kazán hace visiblemente un esfuerzo. También este hombre es obsesionado por demonios desconocidos.

— ¿Qué tienes, Panait? — pregunta por fin con suave voz.

— ¡Oye, mi viejo, y ustedes, las mujeres, atención! No digan una palabra. Oigan...

Enciende un cigarrillo; por sus delgadas narices brota el humo.

— Helo aquí — comienza por fin —. No es sino un hecho, pero espantoso. Nosotros hemos visto en todas partes esas hojas de propaganda que distribuyen los soviets hasta en las aldeas más pequeñas; instrucciones para que se cultive la tierra, para que se la abone de manera científica. Pero vean lo que ocurre...

"Los que siguen esas instrucciones, producen más, adquieren mayor comodidad. El soviet de la aldea, enfurecido, interviene; declara a esas gentes osadas "kulaks", confisca sus bienes tan penosamente reunidos y los maldice como enemigos del régimen.

"Un hombre de aquí, en Telav, el más inteligente, el mejor trabajador, había plantado una viña. Con las nuevas instrucciones, con los abonos químicos, la viña prosperó. Todo el mundo debía sentirse feliz ¿no es así?

"Pues bien, no. El es kulak. El soviet de la aldea, envidioso, quiere confiscarle todo. ¡Kulak!

¿Qué hace entonces el pobre diablo? Llama a su mujer, a sus hijos, a sus parientes, y, durante la noche, deshacen la viña.

— "¿Kulak? ¡Ya está: ya no lo soy!

"¡Salvado! 2.500 cepas de viña sacadas de raíz. Se ha salvado. ¿Comprenden ustedes? ¿Comprenden?"

Panait está fuera de sí. Va y viene como un león en su jaula. Kazán, también emocionado, trata de encontrar una explicación más vasta a ese fenómeno agobiante.

—Escucha, escúchame, Panait. Ponte el corazón en la mano, ensancha tu espíritu, hasta los confines de tu corazón. Tú eres un desequilibrado...

— Eso no más faltaba... Y tú, naturalmente, tú reinas sobre las nubes, como ese anciano Dios que todo lo ve y que todo lo comprende.

Panait ríe sarcásticamente... y se queda... **im-pa-si-ble.**

—Tú eres un desequilibrado. Panait: tu corazón sobrepasa a tu inteligencia. Panait, querido Panait, trata de entender. Trata de ver el círculo completo. No te sumerjas, no te detengas en el de-

calle cálido y viviente, pero, a veces parcial y limitado. Corres el peligro de perder de vista el conjunto a causa de un hecho aislado, en el que ciertamente tienes razón.

Panait resopla: ¡hein, hein! — y no se detiene un solo instante. Kazán prosigue:

— La realización de una idea sublime es un mosaico compuesto por piedras casi siempre ensangrentadas, feas, aún horribles. No te desesperes; no sientas vértigo. Mira las cosas de frente.

"Rusia es grande. La Idea es grande: no permitas que un caso aislado — o aún una serie de hechos — por horribles que sean — turbe tu mirada. La Idea, en el momento en que se realiza se mancha de barro y sangre — y nos salpica a todos.

"¡Panait, no seas sentimental, ni gimas: tente firme!"

— Tú eres un hombre sin corazón: eso es todo lo que tú eres. Impasible, frío... Tú no amas a los hombres; tú no amas a los hombres y esa es la razón por la cual no pierdes la cabeza nunca.

— Tal vez. Yo no amo a los hombres. Pero, yo amo hasta el delirio algo dentro del hombre, algo que es eterno, tal vez la esencia misma del hombre...

— ¿Y eso qué es?

— La llama que lo consume. El Gran Clamor. El hombre perece, cae hecho cenizas, pero la llama a través de otros cuerpos, prosigue su carrera, insaciable. Yo soy fiel a esa llama, Panait, he ahí por

qué sufro a mi manera, pero comprendo y tengo confianza. Por eso es que yo amaré sin vacilaciones esa realidad a menudo tan atroz de la URSS, la cual se ha convertido en nuestra época en la prensa predilecta de la Llama. Mientras que tú, Panait, apegado a los hombres corres un grave peligro al seguir tus propios ímpetus sentimentales. ¡Ten cuidado, Panait!

Ocurría a menudo, cuando Kazán utilizaba tal lenguaje, que Panait se encabritaba, se tapaba las orejas, y dejaba que una ira sorda se incubara en sus entrañas. Bilili, la suave, seguía esos sentimientos muy de cerca. La personalidad del cretense por excesivamente lúcida resultaba a veces insoportable para todos nosotros.

Pero Kazán tenía casi siempre razón. Y si Panait no lo admitía siempre en el acto, no tenía ninguna vergüenza de confesarlo más tarde en una de sus cartas. Y es en eso, lo repito, en lo que se revela en toda su grandeza el alma noble y bella de Panait Istrati.

Con el objeto de ilustrar mejor este ejemplo, voy a transcribir aquí una carta de Kazán y las dos respuestas de Panait que siguieron una tras otra:

"Querido Panait:

"En una pequeña carta que me has escrito, repites por tres veces la palabra "lograr", y me has dado la sensación de que corres peligro. Para mi "lograr" algo significa: realizar una obra. Para ti también. Pero tú

te gastas demasiado en cosas efímeras y perjudiciales. Ni tú ni yo tenemos tiempo para derrochar nuestras fuerzas en objetivos que son inferiores a nuestras almas. Los dos nos hallamos en un recodo decisivo de nuestra evolución — podemos llevar a cabo esa gran obra y también podemos perdernos. Ver a personalidades, aprender el ruso, hablar, esperar, escuchar, doblegarnos poco a poco e inconscientemente a métodos impuestos a tal concepto y conducta de vida: he aquí lo que tu carta me sugiere.

"Panait, yo te quiero demasiado para no hacer todo cuanto me sea posible en devolverte al bosque, es decir, a tu alma. Hasta aquí nada hemos hecho, apenas unos cuantos ejercicios para aprender esta magia: expresar por medio de palabras la fuerza terrible, oscura y maravillosa que nos devora. Ahora, estamos maduros: hemos amado, sufrido, gozado, estamos en la cúspide de la curva humana: librémonos de la caida.

"Este esfuerzo de librarnos, es el único objetivo de nuestra amistad. Yo, personalmente, estoy decidido a concentrar todas mis fuerzas para transformar la curva en flecha. Si me dejas solo, trataré de "lograrlo" solo; si nos esforzamos juntos, la tarea sería no más fácil, pero, sí más profunda y más rica.

"Yo veo con una inhumana claridad los dos caminos que, en este momento de nuestra vida y de nuestra amistad, se proyectan ante nosotros. Y, ahora, cuando te escribo, y te tomo por el brazo y te empujo, me encuentro conmovido. . .

KAZAN.

Y he aquí la respuesta de Panait:

"Querido compañero de ruta:

"Por primera vez recibo de ti las palabras que esperaba hace mucho tiempo, que reflejan tu alma. Son tus dos letras de hoy, perfectas: ellas son tú.

Escribir, expresarse con tal fuerza, con tal precisión, es vencer a la muerte y triunfar de la vida.

"Yo quiero poderte abrazar al instante. Ven pronto.

"Tu compañero Panait."

Nikos:

"Leo y releo tus cartas y no me canso. Ah, ardo por verte sumergido en una obra de ese empuje y de esa sinceridad! Ahora sé por qué nunca dudaba yo de tu fuerza.

Tu
Panait.

XI

Desolación. Ningún árbol. Ningún arroyuelo. Ninguna hoja verde. Tierra seca que, sin duda, implora, como sus hijos, una gota de lluvia.

"La tierra tiene sed, el trigo no puede madurar; ¡oh, Santa María!
Deseamos agua, deseamos lluvia: nuestra esperanza no ha muerto.
Hemos trabajado, nuestro trabajo no puede quedar sin fruto.
¡Oh, Santa María, escucha nuestro ruego! ¡Haz que llueva!"

Atravesamos una planicie, subimos lentamente cuatrocientos, seiscientos, mil metros. Pasamos por desfiladeros, trepamos colinas y montes. Siempre idéntico paisaje: desierto, arena y pedruscos. Oriente.

A veces la marcha se detiene agotada. Una aldea. Después tras de cada pocilga de barro se alza una pirámide de bosta, combustible venerado por el campesino. Bosta de vaca amasada con paja.

— Ahora se seca al sol para que se disimule mejor en invierno — murmura el incorregible Panait — y haga soñar mejor en los bosques de abetos.

Sus salidas humorísticas nos entretienen. En cada partida recupera su buen humor.

A algunos pasos de sus tristes habitaciones tapizadas enteramente con esa bosta olorosa, con grandes piedras rectangulares, rojas, verdes y negras, cubiertas frecuentemente de harapos multicolores y semejantes a los antiguos cofres en donde las muchachas aldeanas guardaban sus ajuares.

— ¡Los piojos se calientan al sol junto con la cama — murmura Panait todavía charlador.

— Son piedras tumbales — explica una anciana que hasta ahí no había dado muestras de entender nuestras tonterías.

Muchachos vestidos de rojo y anaranjado, pegados como viejucos, chismorrean en los umbrales. Algunos saltan de repente, se acercan y tratan de vender a los viajeros la leche de su cabra o membrillos cocidos en las cenizas.

Dos mujeres, con ojos de serpientes, de narices aquilinas, de cabellos como pámpanos, de un negro metálico, bajan del tren y suben a una carreta. Panait chasquea la lengua. ¡Son bonitas, las tales! Un joven miliciano georgiano — cinturón de plata, cherchesKa, ese traje princesa tan femenino — parece un galán joven de opereta. Sonrisas, reverencias, miradas encendidas. Con perezosa mano retuerce su bigote marcial, con la otra mano juega distraídamente con su "kishdjal" (puñal) que tiembla como la cola de un gato irritado.

Adosado al borde de las ventanillas nos dejamos saturar por la realidad armenia, austera y sin embargo de tanta belleza. La tierra desesperadamente escueta adquiere tonalidades de pastel. De tiempo en tiempo una mancha más viva: algunas zarzas tostadas por el sol.

Penetramos en la región devastada por los sismos. Aquí se comprueba la presencia de los soviets: casas nuevas — verdaderas casas ahora —, muchos esqueletos de habitaciones inconclusas, canales de irrigación. Alineados sauces y maizales, y campos de algodón...

A lo lejos, el pasado en ruinas: Ani, la rica capital de torres almenadas.

Avanzamos siempre, y, hacia el anochecer, la altiva cima de la "perversa" montaña de Noé "que no da nada y que se apodera de todo": el Ararat. A sus flancos, su hermano menor, el Ararat pequeño, y frente a frente, "el buen" monte que fertiliza la llanura, el Ojo de Dios, el Alá Goez. No tardará en aparecer Erivan.

Encanto de encontrarse de pronto rodeado de jardines y de rientes mezquitas. Después de la tierra de Jehová, el idílico paraíso de Mahoma, con sus pájaros y sus mujeres, y sus faenas multicolores, exuberantes de alegría y de amor.

El humor de Panait está bajo cero. ¿Qué le ocurre? Nadie puede adivinarlo. En su fuero interno debe él tener no sólo ángeles buenos sino también toda una banda de diablillos negros.

Y nunca sabemos nosotros a quién le toca el turno, si a los demonios o a los ángeles...

De buen o mal humor, se muestra insaciable; por consiguiente, quiere visitarlo todo, palpar, saborear, como si temiera que su vida entera no es sino un sueño que se fuera a desvanecer, dejando el alma y manos vacías.

—Esperad, esperad... No, no...; no estoy cansado...

Cuando el **ingher** (camarada, en lengua armenia) Azad Vehtuni, el poeta, caía de fatiga, el doctor Bagdassarian lo reemplazaba y nosotros teníamos que ostentar el vigor de los jóvenes cebras para trepar a todos los montículos, y corretear por todas las llanuras de que el buen Dios dotó a Armenia.

Las explicaciones son abundantes, ya infinitamente poéticas, ya son la última palabra de la era industrial. Recorremos ora fábricas, ora el suelo sagrado de Arachit, la Venus armenia, ora el Vaticano armenio, el Echmiadzin.

—El Katholikos (el patriarca) está desde hace años encerrado en sus habitaciones y no recibe a nadie.

Panait se siente desolado por ello, porque había preparado ciertas preguntas escabrosas.

—Sufre de una enfermedad a los riñones...

—¡...Y la orina huele espantosamente!—completa un camarada poeta. Un poeta anónimo de la Edad Media — explica Bagdassarian — atacó a los monjes de Echmiadzin, diciendo:

¡Mudos pregoneros en medio de la turba,
obreros del abismo,
paredes grasientas, molinos sin agua...!

—La arquitectura armenio - georgiana — nos explica nuestro erudito doctor —, emplea aún los elementos más esenciales de la construcción bizantina. Más tarde agregará rasgos nuevos que parecen provenir de las influencias orientales y occidentales, sistema ojival, cúpula cónica...

Bagdassarian aún puede leer a Anatole France y saborear su espíritu sutil sin riesgo alguno. Es un hombre de acción infatigable, a un mismo tiempo doctor, profesor de la Universidad, poeta y dramaturgo. Es uno de esos hombres de múltiples facetas que surgen en todo Renacimiento.

Arriba de su biblioteca hay una estatuilla de Buda. El nos lee versos de los antiguos poetas armenios. Hermoso idioma muy gutural. Aquí y allá nos traduce:

"Tu garganta es como la mañana, cada vez que la descubro amanece el día."
"Estar lejos, en un rincón —tener el dulce sueño de la infancia— ser dichoso en el sueño — y soñar en la paz de la humanidad."
"Mi vida como una trivial apuesta, así
ha llegado y pasado..."

—Tenemos también buenas poesías líricas. Y novelas. "La llaga de Armenia", de Abonian, es una

excelente novela, dice la señora de edad, del tren, que resultó amiga de la casa.

Azad Vehtuní, muy modesto, que comprende que su rol no es el de declamarnos versos, cambia bruscamente el curso de la conversación:

—Erivan, hace ya seis años era un verdadero pueblucho, ¿no es así, camarada Kazán?

—Exacto. Creo que no pude encontrar un solo hotel, cuando estuve aquí hace algunos años.

—Pero, como puede comprobarlo, se ha transformado en una ciudad europea, ¿no es cierto?

—Sí, sí—exclama Bagdassarian, el exaltado, saltando como un resorte. —Erivan desea adquirir una nueva forma. Erivan desea desembarazarse de sus casuchas y ser una verdadera capital de una nación progresista. ¡Salgamos, camarada: vamos a pasear un poco!

¡El llama a eso "pasearse"!

¡Ay! Nuestro cicerone, doctor, profesor, profeta, dramaturgo y hombre de acción es muy a menudo asaltado por una santa locura.

Salta de aquí para allá, como un demonio; golpea las piedras con la punta de su zapato; nos muestra el granito tal como nos acababa de describir la piedra **artuf**—esa piedra armenia que tiene las propiedades de la madera (se la puede clavar, pegar y es hidrófuga). El **ingher** está sudoroso, jadea, gesticula, grita:

—En esta semana esta cabaña no la verán ya aquí. ¿Miran? La sostenemos con la ayuda de pun-

tales. Si la dejásemos caer no tendríamos en dónde alojar a sus habitantes. Esa casa de allá debe ser terminada primero, y luego...

—¡Crrr! —concluye Panait, haciendo un gesto como que algo se desplomara.

—Ese chiribitil y esotro y aquel... Pronto no tendremos necesidad de ellos. Aquí, como ven, había una inmensa iglesia...

—...Fea, apuesto...

—Muy fea. Sólo la piedra era hermosa. También la hemos demolido. Con esa piedra construimos esta casa de 146 habitaciones. Es la Casa del Obrero.

Nos vemos obligados también a entrar en el "Narkompros", el Comisariato de Instrucción Pública. Hay abiertos enormes registros. Sin duda: en ninguna parte, fuera de la URSS, existe semejante fiebre de reconstrucción. Y en ninguna parte, además, la voz del camarada tiene tal entonación de vehemencia y ansiedad.

—¡Ah, si ellos nos dejasen siquiera diez años más de paz...!

Inolvidables puestas de sol en los jardines de Erivan, bajo los melocotoneros de delicadas hojas de oro. Abrumados de fatiga, en las escuelas nuevas y en las cooperativas, los cuatro vagabundos nos tendíamos, a veces, en las orillas del río Zangu. La brisa otoñal, un poco húmeda y fresca, desprendía

hojas ambarinas de las ramas de los melocotoneros, y el sol lucía esplendente.

Panait entonces se callaba, visiblemente conmovido. Sus ojos tan chispeantes, se velaban, siguiendo visiones de un lejano pasado o del porvenir incierto y turbio.

Voces profundas, orientales, se elevaban de lo más hondo de su ser, y su pobre cuerpo maltrecho y heroico, se estremecía secretamente con ello. Kazán, a su lado, fijaba sus ojillos negros en el rojo sol que se deslizaba lentamente entre las ramas bajo el otoño. Las mismas voces desesperadas se elevaban también sin duda, en su corazón sincero; él las escuchaba, según su costumbre, sin temblar. Y nosotros dos, las mujeres, nos sentíamos confiadas y laxas.

—Pedazo de alcornoque, ¡cuenta algo! ¡Rompe tu ensueño, que el diablo cargue contigo!—exclamaba de repente Panait riendo con su risa infantil.

—¡Habla tú; alivia tu enorme corazón de bebé!—le replicaba Kazán, tiernamente, y esperaba, porque sabía que su compañero de ruta tenía siempre algo que decir.

—¡Divertido tipo este Bagdassarian! ¿Te has fijado en el Buda que lleva sobre su cabeza? Realmente yo no comprendo nada...

—¿Y qué necesidad tienes de comprender? ¿Cuántas veces lo diremos: "Y ese tal no existe?"

Panait pega un salto. Arroja su cigarrillo. Abre sus brazos.

—¡Oh, oh, canalla; yo lo había olvidado! ¡Oh, ese tal no existe! ¡Que te lleve el diablo!

—¡No existe!

Estas palabras soliviantaron a Panait, y hasta en su lecho de muerte le gustaba citarlas a todo momento: "Ese tal no existe".

—¡Cuenta, cuenta, sucio budista! Quiero oírlo una vez más. Una vez Buda pasaba por los jardines de la bella prostituta Ambali... ¿Después?

—...Lo seguían, como más tarde a Cristo, sus discípulos, los bikus y los "bikunis", vestidos con sus hábitos, color de tierra. Ambali abrió las puertas de su palacio, se arrodilló, tendió las manos, tocó las rodillas del gran Liberador: —Maestro —exclamó— dígnate entrar en mi casa...

"Buda sonrió, acarició sus negras trenzas, y franqueó el perfumado umbral. Extendieron una piel de león bajo los melocotoneros en flor.

Era en primavera... Buda sentóse con las piernas cruzadas. Extendió la mano como un mendigo:

—"Ambali —dijo—, hermana mía, dame una limosna. Pon sobre la palma de mi mano vacía el fruto de tu vida.

—"Oh, maestro —murmuró la bella prostituta—, ¡oh, maestro, cuando veo venir al hombre que amo, le digo: Sólo tú y yo existimos!

"Pero Buda no cerró la mano.

—"Hermana mía, no estoy satisfecho. Mi mano está vacía.

—"¡Oh, maestro — prosiguió Ambali — cuando yo estrecho al hombre amado entre mis brazos, grito: Tú y yo no somos sino un solo ser! Tal es el más alquitarado fruto de mi vida amorosa..."

—Sí, sí — interrumpió Panait, emocionado.—, Yo no conozco realmente nada que pueda igualarse al amor. Sólo la amistad está por encima de él... He aquí lo que siempre debieran decir los amigos: yo y tú no somos sino un solo ser...

—Pero, ¿olvidaste ya lo que sigue, Panait?

—No. Absolutamente, no. Ambali creyó haber llegado a la cúspide. Pero Buda no estaba aún satisfecho...

"— ...Sí, Buda pedía más —. Hermana mía, hermana mía — díjola —, yo he avanzado más alto en el amor. Hermana mía, escucha: y ese tal no existe!"

—¡Oh, oh, y ese tal no existe — exclama Panait haciendo coro y golpeando las manos —. ¡Oh, y ese tal no existe! Que el diablo cargue contigo, cretense; me rompes el corazón. La sensación amorosa de la nada sobrepasa en verdad al amor y a la amistad.

Panait se ha vuelto, decididamente, un aguafiestas. ¡No tenemos ya el derecho de disfrutar del hermoso jardín cerrado de Alá en la Mezquita mongola! El nos ve paladear nuestro té en las tacitas en

forma de tulipán; ve al anciano persa acurrucado, leyendo el Corán, bajo los albaricoques de ámbar transparente y se muerde los labios:

—¡Estetas! ¡Estetas!

Su burla nos sigue por todas partes. En adelante, aquí como en Jaroslav, en el antiguo Novgorod o en Leningrado, cuando queremos visitar alguna obra maestra, nos ocultamos de él, temerosos de que enturbie nuestra dicha.

Como si presintiera obscuramente su futura rodada, a pesar de las apariencias, como si sintiera miedo de sí mismo, Panait trataba de saturarse de razones razonantes por las cuales le "precisaba" amar a la URSS.

Nosotros conocíamos bastante bien su alma ávida y revolucionaria, sus constantes inquietudes. Sin embargo, había días que habríamos preferido evitarlo, liberarnos de su tiranía. Las "montañas rusas" de sus caprichos nos fatigaban a la larga.

Tan pronto quería él visitar a cualquier precio los lugares más lejanos — Vladikavsas, las fuentes del río Zangu, el lago Gog-Chai, Achalchick, la aldea griega perdida entre las cadenas del Cáucaso; Abastuman, etc., etc. Tan pronto se negaba a dar un paso y teníamos que tratarlo como un niño terrible y adorado, procurándole fiambres — shundjudka, kaimak, vino de Ararat —, y largas discusiones extenuantes.

Al caer la tarde o en las horas pesadas de la siesta, se refugiaba en el barrio antiguo, en las estre-

chas callejuelas consagradas cada cual a un oficio — aquí los hojalateros, ahí los zapateros remendones — ¡y tocaba un tric-trac en un cafetucho que tenía hasta sus rapsodias!

Siempre en compañía de Azad — el poeta que recorrió toda el Asia y canta su dolor —, se hacía explicar las palabras de sus canciones muy melancólicas, muy monótonas, como la lluvia o los sollozos de un niño. El esplín oriental despertaba entonces en su alma y no era raro verlo enjugarse furtivamente sus ojos empañados.

— Pero, por mil diablos, ¿de dónde han sacado tanta tristeza? — exclamaba trastornado.

—¡Creo que ella se encontraba en las matanzas... Y sólo cuando entró en acción la influencia kurda es cuando el ritmo de nuestras canciones se hizo rápido y guerrero...

La vieja dama del tren, que era música, nos había dado la misma explicación. Ella vivía en Norte América, dirigiendo una escuela armenia. Ahora había acudido al llamado de su patria liberada.

— Todavía tengo algunas fuerzas. Quiero emplearlas en la reconstrucción de la nueva Armenia — solía decir a Panait. En América, yo también trabajaba en la realización de este sueño...

— ¿Y qué nos ha traído ella de sus economías? ¿Adivina?

— Ya sé...; ya sé...; me han dicho...

— Un microscopio... Sí, pero algo más aún.

—¡Oh, eso me ha costado algunas privaciones! —exclama la anciana sonrojándose.

—¡Algunas privaciones que valen oro! Piense, camarada Istrati. Nuestra muy querida camarada ha salvado de una desaparición inevitable todas las leyendas y canciones armenias. Ha hecho una antología de ellas...

—¡Ese es un regalo real! — dice Panait y planta dos grandes besos en las mejillas de esta deliciosa mujer.

Al recorrer Armenia de un extremo a otro, la curiosa antítesis que existe entre armenios y georgianos salta a los ojos.

Los georgianos, descuidados, vividores, se adaptan malamente al ritmo acelerado de la nueva era. Hablan mucho más de Santa Nino, su patrona, y de la reina-amazona Tamar, que de Lenin.

Los armenios, tan desacreditados, "los comerciantillos" detestados cordialmente por todo el mundo, no muestran sino cualidades en Armenia: hospitalarios, trabajadores sin inmediatas ganancias, entusiastas, buenos muchachos...

Los georgianos—sobre todo los ciudadanos—, un tantico cómicos, con aires de viejos cómicos. Sobre todo les gusta el "corso", la libertad y el dolce far niente.

Los armenios no siguen el ritmo nuevo, lo aceleran, lo sobrepasan.

—Dios cometió un gran error al crear a los armenios —decía un griego viejo y astuto—. Pero pronto se arrepintió y entonces creó a los turcos. Por eso es que los turcos degüellan a los armenios.

Ese viejo astuto no sabía que los peores defectos de una raza desaparecen cuando un huracán los azota.

XII

El 18 de agosto de 1928, Panait escribía, desde Bekovo, a un amigo y escritor francés célebre, la siguiente carta:

"*Al recibir hoy tu carta del 4 de agosto, me sentí al principio contento, dándome cuenta de que tenía muy buen número de páginas tuyas que leer con avidez, pero al final me quitaste rudamente ese gusto: ¿Cómo? ¿Maurice Laporte se ha vuelto un delator de la Rusia soviética?*

"*Lo sé por tí. Nadie me ha hablado de ello, ni una sola palabra. ¡Qué pena me causa! Por él, más que por Rusia. Porque la Unión Soviética tiene buenas espaldas. Tiene capacidad para soportar ataques mucho más duros que los de un X cualquiera. Pero, a mis ojos, nada es más lamentable que la apostasía precoz. El rumano tiene razón cuando dice que una vaca que coge diarrea ensucia a todo el rebaño.*

"*¿Qué te diré?*

"*Decididamente, ni siquiera las noches son mías ya. Porque siempre acabo muy tarde, y esta noche*

yo esperaba acostarme temprano. (Tal vez sepas que mi vida no es sino un viaje perpetuo: ayer volví a la República de Moldavia desde Carelia y Murmansk: total, 7,000 kilómetros de ferrocarril, y casi 800 de auto por rutas imposibles con "los míos", todo eso en un mes, desde Odesa hasta el Océano Glacial.

"Pero, tu carta contiene inquietudes que no puedo dejar sin respuesta, aunque sólo fuera para tu satisfacción personal.

"Y primero lo de Laporte:

"Tú me dices que él escribe al final de su libro: "Durante las fiestas del X aniversario, sólo un hombre se irguió en Moscú contra todas estas torpezas del instinto y del egoismo irreprimido: el escritor judío Panait Istrati."

"Pasemos sobre la satisfacción que experimento en no ser el "judío" a que apela ese desdichado para manchar lo que adoró, pero tampoco soy el hombre que se ha "erguido" contra los muros del Kremlin. Mi único gesto —que estoy dispuesto a repetir si se presenta otra ocasión—, es haber escrito el artículo "En torno de un Congreso".

"¿Y qué salía de ese artículo sino que la URSS fué, como siempre, durante las fiestas, un noble y sincero huésped, y que merecía una recompensa distinta a las vacías palabras con que la incensaron numerosos admiradores ocasionales? ¿Hay en ello algo que utilizar para crear un "judío" tan valiente?

"Istrati partió con la formal intención de vivir en Rusia, después de haber tenido, como todo el mun-

do, la cabeza atiborrada. Desde el comienzo supo recuperarse ante la ignominia que se mostraba tan complacientemente ante nuestros ojos. Después de una experiencia de algunas semanas, Istrati pidió sus pasaportes, no sin escribir antes una carta retadora a "L'Humanité", la cual, naturalmente, no fué publicada."

"Yo partí "con la intención formal de vivir en Rusia", y como ves, mantengo mi palabra. Nadie logró nunca "barrenarme el cráneo". Ninguna "ignominia" se mostró a mis ojos. No hay hombre capaz de formarse una idea cabal de la Unión Soviética en "algunas semanas", aunque supiera el ruso.

"Y yo no pedí mis pasaportes sino para ir a Atenas y leer una conferencia acerca de la URSS, y hacerme expulsar sobre la marcha. En cuanto a la "carta edificante" que yo habría escrito a "L'Humanité" y que "naturalmente" no fué publicada, es tan verídico como pretender que yo haya sido detenido por la Guepeú y golpeado hasta hacerme verter sangre.

"Estos son chismorreos. No hablaré más de eso. Tengo cosas más importantes que decir...

"¿Por qué no las digo? Algunos amigos, como por ejemplo, tú, me lo preguntan cariñosamente.

"Pues, es un poco largo de explicar por qué no he "puesto" aun mi libro sobre Rusia cuando tantos lo han hecho ya, cuando eso se hace continuamente "después de una experiencia de varias semanas", mientras que yo, después de casi un año de residencia, de incesantes viajes y de relaciones constantes con todas

las capas de la humanidad soviética, apenas si sé un poco más que los que atraviesan la Unión Soviética como un relámpago.

"Voy a decirlo aquí. Pero, para eso debemos regresar a Francia.

"En Francia, al comienzo de mi "carrera literaria", creí que a un artista le bastaba dar pruebas de generosidad y desinterés, para que todas las causas justas pudiesen ser sostenidas por ese artista. Me equivocaba. Al cabo de cinco años de experiencias, comprendí que en Francia, "como en todos los países capitalistas del mundo, las causas justas no pueden ser defendidas a costa de libros generosos sino a garrotazos". La humanidad hoy, aun hasta una parte de sus capas más heridas por la explotación, tiene necesidad de ser golpeada, golpeada hasta verter sangre, si es que se la quiere volver a la razón..."

Así piensa Panait, y ese es el lenguaje que usa para todos sus amigos con diversas variantes. Panait proclamará después — hasta la muerte —, su amor hacia el hombre que sufre y lucha y quiere liberarse. Su odio para con los zánganos inútiles que liban la miel de la tierra, seguirá intacto. Panait adora a Rusia, adora la doctrina soviética. Panait ha sufrido mucho en sí mismo a causa de la injusticia social. Ofreció en holocausto a su madre, su propio pecho y un dedo de sus manos. ¡Panait no podrá ser nunca un traidor!

Pero, Panait Istrati, lo he dicho ya, no es revolu-

cionario sistemático y paciente. Es un inquieto permanente, siempre dispuesto a encender fuego. Un niño grande, de corazón de apóstol que grita y palmotea y aúlla de rabia, entregado a los sentimientos que hierven en su "cuba de fermento" como él mismo llama a su corazón y a su cerebro.

Panait Istrati sabe muy bien que no será necesario referir con detalles menudos nuestra visita a la URSS, no porque tema a la verdad, sino porque desconfía de los enemigos torcidos.

"¡Los pobres rusos confían en mí! Soy uno de los suyos. Se me acercan y me confían ellos mismos sus sinsabores, grandes y pequeños; sus culpas, sus angustias. Si yo hablara de estas cosas, sería muy fácil para los adversarios viles, recortando tal o cual frase, tal o cual pensamiento, dar al lector una idea absolutamente falsa de la URSS, que, ciertamente, no es el Paraíso, pero que es todavía el único país en el mundo que no tiene necesidad de avergonzarse de sí mismo".

Esto es, más o menos, lo que Panait nos decía todos los días, antes del ataque "contra" un amigo. Pero cuando estalló el asunto Russakof, Panait perdió de vista el conjunto y tropezó. Lo lamentó después hasta su muerte. ¡Ay, sería demasiado tarde! Los perros se habían lanzado ya sobre el hueso que él les arrojara en su inmensa inquietud!

Durante nuestra permanencia a las orillas del Mar Negro, en Gabri, Sochi, Sochum, Novii Afon, Panait repetía hasta la saciedad a sus amigos lejanos lo que aun no podía cristalizar en una forma concreta. Panait sufría atrozmente. Tiene que entregar la continuación de su Zografi, y ha dilapidado en generosidades el "capital común (era nuestro cajero), no sabe cómo vivir, pagar sus deudas, ayudar a sus amigos... Pero cuando forja proyectos, sólo piensa en la URSS.

—¡Vamos, tonto! ¡Eso qué importa! Volveremos a Moscú en lugar de proseguir nuestra peregrinación hacia Bujara. Pero tan pronto como arregle mis asuntos (tenía que cobrar derechos de autor) continuaremos nuestro programa. Llegaremos hasta la China y Japón. Y escribiremos nuestro libro.

—Y después, ¿qué haremos?

—¡Criaremos cerdos! O si prefieres, empuñaremos bordones de peregrinos y daremos la vuelta no al mundo, sino a las conciencias humanas...

—La vuelta a las grandes conciencias que dirigen a la humanidad! ¡Sí! ¡Comenzaremos por Romain Rolland!

Así, provistos de una caja de mandarinas, regalo del antiguo convento "Nuevo Athos" (Novii Afon) y, hoy, Casa de Reposo para Empleados, remontamos, días y noches, hacia el corazón soviético: hacia Moscú.

En cada pueblo, Panait, sediento, corría a la estación en busca de kipiatok (agua caliente para el té) y los pasajeros no dejaban de admirar a ese hombre fantasma, tan esbelto, con su traje de cazador, con altas polainas y pequeñas pantuflas tártaras multicolores.

—¡Panait Istrati! ¡Panait Istrati! Nach pissatel (nuestro escritor).

Los más curiosos golpeaban a la puerta y pedían ser atendidos amablemente.

—¡Mi marido está tuberculoso! ¡Mírenlo, moribundo; no lo dejan ir a Suiza! ¡Entonces fuimos al Cáucaso!

Una dama, que trae breitschwanz (1), nos habla:

—¡Sí, sí, mírenlo; no hay esperanza... (El pobre marido, muy amarillo, escucha sin hacer movimiento alguno). Primero fué a Siberia... Pero como es buen "spez" lo hicieron volver...

Como miramos un poco asombrados sus pieles, dice:

—¡Oh, estas pieles me salvaron. Como en otros tiempos... Va usted donde el comisario. ¿Bonita? Asunto arreglado. ¿Fea? Esperar la Pascua o la Trinidad...

La mujer es, en efecto, encantadora. Vive en Leningrado. Nos invita a visitarla.

---

(1) Piel y atavío femenino.

—No teníamos ni agua caliente ni jabón; pero yo conservé mi **breitschwanz**...

Panait la mira con ojos hostiles.

—"¡Vieja desvergonzada!—piensa él mohino. —¡Vieja puta!"

La mujer se va. Luego regresa.

— ¿Quieren permitirme que coloque aquí una caja chica? En nuestro compartimiento hay demasiado equipaje. La ponen al revés. Y además hace mucho calor...

Regresa ahora con su caja, una verdadera caja contra la cual Panait golpea siempre, enervado.

— Pero, por los diablos, ¿qué tiene usted en esa caja?

— Una amiga, sabè usted, una pobre amiga en la miseria... Una antigua aristócrata. Sufre... privaciones... Le llevo una cosita...

Panait se suaviza:

— ¡Apostaría que son mandarinas!

— ¡No, no... algunas rosas... Cien rosas blancas!

¡Cien rosas blancas! Panait se reconcilia al punto con la "desvergonzada", con la "puta". Ella nos hace compañía hasta Moscú, y Panait inscribe su dirección en su famoso mamotreto, con el objeto de hacerle una visita...

Un magistrado de anteojos nos habla de sus experimentos.

—Una pobre viuda... Tolstopiatova, Fiokla Tolstopiatova, de Riazan... Los konsomolitai recorrían las aldeas: "El que haya perdido a su marido, a su hijo o a su hermano en la guerra, debe llenar esta hoja. ¡El Estado va a pagarle una pensión!"

—Bratuchka, también lo he perdido yo. Bratuchka, Fiodor no ha vuelto de la guerra...

— ¿Estaba en el Ejército rojo?

— ¡No, en Inglaterra!

—Entonces habrá que escribir a Inglaterra...

El konsomolits se rasca la cabeza. ¿A Inglaterra? ¿Y a quién dirigir la carta? De pronto se le ilumina el rostro:

— Díme, madrecita, ¿en qué regimiento? ¿Qué año?

Y escribe una larga carta al padrecito Zar de Inglaterra. La petición debidamente firmada es enviada el mismo día.

Transcurren unas pocas semanas. El cartero —hacía mucho tiempo que el cartero no se detenía ante la cabaña de la pobre viuda — se detiene y llama:

— Maticuchka, ¡una carta para usted!

¡Una carta! Una carta ancha y con importantes sellos!

A buscar al konsomol; éste lee. "A lady Tolstopiatova: habiendo caído... en el campo del honor... usted recibirá... Háganos conocer el nombre de su Banco..."

Rápidamente escriben otra carta, esta vez

al Ministerio. Y semanas después, el aviso del banco de Riazan:

"Haga el favor de retirar la suma de..."

¿Qué ocurre ahora?

Las libras inglesas despiertan envidia. El soviet de la aldea la acusa. "Lady Tolstopiatova, kulak, enemiga del régimen..." "Detenta oro... es una sucia burguesa".

La llevan a Moscú para juzgarla... La acompaño... No quiero abandonarla...

—¿Y qué cree usted que conseguirá?

— Probablemente la absolución.

Decididamente ésta es la serie de los descontentos. Cada uno ilustra sus quejas con una anécdota:

— No se sabe nada... Los hombres más ignorantes nos dirigen y los que algo saben son puestos de lado. Se desea elevar el nivel de las masas; se distribuyen folletos. ¿Cuáles son las famosas enseñanzas? "Se extingue el fuego con salitre". Y nadie se atreve a protestar...

— ...Un comisario promulga un edicto: "En nombre de Lenin, ordeno a los terremotos, que causan tanto daño al país, estarse tranquilos"... "Rusia sufre, se encamina a la muerte... Se hace propaganda a nuevas fábricas, nosotros tenemos que ajustarnos los cinturones para construir nuevas estaciones eléctricas, nuestro pan sale al extranjero para comprar máquinas..."

Inauguración del nuevo horno crematorio. Zinovief en persona pronuncia un largo discurso. Grandes palabras. Tovarich, he aquí la séptima maravilla del mundo. En un minuto, el cadáver más "recalcitrante" se convertirá en cenizas. ¡Abrid los ojos!...

Tiene el reloj en la mano. Se cierra herméticamente la puerta. Se da vuelta al conmutador. Pasa un minuto. Triunfante, Zinovief ordena: "Abrid la puerta".

Pero he aquí que sale por ella un tipo que gime:

— ¡Hijos de perro, cerrad la puerta, tengo frío!

Panait no puede disimular su hilaridad. Muy bien provisto a su manera, de limón, una redoma de aceite de oliva, paprika y su famosa caja de caramelos a medio chupar, va y viene.

— ¡Más, más! ¡Rusia no tiene miedo!

"No es posible conseguir trabajo. Hay que mostrar las manos limpias.

— ¿Cuál es su oficio? — Escritor — ¿Su estado social? — Burgués — ¡Excluído! — ¿Su nombre? — Lenin".

El entusiasmo de Panait se desborda. Abre su caja, ofrece sus caramelos — señal de excelente humor. Panait se entretiene sin ocultos pensamientos. "Sí, sí, pero Rusia es grande" debe pensar, y quiere oír más.

Un momento a solas, Panait hurga en su saco, saca un pesado cinturón de plata y lo coloca sobre la mesa.

— ¿Qué le parece?

— Oh, es realmente bonito, Panait. Acaso algo vistoso... Pero ¿por qué lo tiene a escondidas?

— Lo descubrí en Tiflis... Siempre envidiaba el tuyo, ogro, pero en Tiflis, como sabes, estuve de mal humor...

Panait, mientras se confiesa, cíñese su nueva adquisición.

— ¿Elegante, eh?

— Panaitaki, ¿sabes a qué te pareces ahora? Dejando el abdomen aparte.

— ¿A quién?

Bilili sonríe enigmática:

— No veo, díme...

— A tu famoso boyardo de Kiev. Oh, Panait, cuéntanos una vez más cómo te desembarazaste de él...

Panait y Kazán ríen a carcajadas. Sonoros ¡ja, ja! que alarman a menudo a los vecinos inocentes.

— ¡Cuenta, cuenta, Panaitaki! — le ruego yo a mi vez.

— "Pues bien, era más o menos a la hora en que hace hambre... Llaman a la puerta...

— "¡Pajaluista!

"Entra un hermoso tipo. Alto, importante panza, mostachos parecidos a arenques... De unos se-

senta años. Saluda militarmente, lo cual trasciende a antiguo régimen.

— "Nobles señores... Iván Kusmich, boyardo, gentilhombre del Volga... para servirlos... ¿Molesto?

"Le dicen que no,

— "Sé que usted llega del extranjero. Usted representa la prensa europea... Es preciso que le hable... Yo soy blanco... Hágame el honor de almorzar conmigo...

— "Se lo agradecemos, pero...

— "¿Tienen miedo?... No... no... nada de negativas... Vamos...

— "Pero tenemos un compromiso...

— "Pajaluista, pajaluista, telefonearemos... se postergará... No se nieguen... ¿Cómo se niegan? Quedaré desconsolado... Imposible: yo debo hablarles.

"¡Caray! Lo seguimos. Llama un coche. No es posible caminar por entre el lodo. Nos lleva al restaurante más caro. Hace ostentación...

"Ninguna mesa le parece buena... Demasiado lejos de la ventana, demasiado cerca de la puerta, mal alumbrada...

— "¡Cómo nos miraban! ¿Te acuerdas?

— "¡Cómo! ¡Este mantel está sucio! ¡Mozo, traiga del mejor! ¡Oh, cerdo! ¡Y cognac a los postres! ¡Tres Estrellas!...

„El pobre "maître d'hôtel" se afana en persona por alcanzarnos un plato complicado. Iván Kusmich le impide que sirva.

"¡Déjeme probar primero! Puá... indecente... indecente... ¡Han echado mostaza francesa!

— "¡Ah, el sinvergüenza! A toda costa quería usar mostaza inglesa!

— Nuestra mesa se parecía a un "buffet" de millonario: ensaladas, caviar, cangrejos, faisanes... Cinco clases de vino... Y el desgraciado idiota cada vez más descontento...

— "En los tiempos de los zares se sabía servir... — decía — Estos imbéciles no sirven para nada. ¿En dónde está la buena cocina de antaño? Puá..."

—Yo creía que nos iban a zurrar — confesó Kazán —. ¡Hacía un alboroto!

— ¿Te acuerdas? Hizo cambiar de mantel, a los postres. "Así como en el Café París," ¿eh? ¡Ja, ja, ja!...

— ¿Y el café?

— Ah, el café. No era bastante bueno. Le faltaba el moka. Mandó al mozo a otro restaurante: "Así es cómo viven los hombres auténticos. Ustedes son mis invitados ¿no es cierto? A mí me es posible, gracias a Dios, mostrarles cómo vivían los verdaderos rusos".

— "Oh, la, la... Se enojaba, enrojecía y lanzaba miradas amenazadoras. De las mesas vecinas,

tenedor en mano, había gente que nos miraba con aire que decía elocuentemente...

— "Por favor, Iván Kusmich, basta...

"Nos sentíamos mal. No teníamos ya apetito. Seguramente íbamos a ser encarcelados y a pagar los platos rotos...

— "¡Vámonos, vámonos, por favor, estamos de prisa...

"Bueno, bueno... Que traigan unos Benedictine. Del bueno, resellado. Después iremos a casa. He invitado a algunas personas... de la alta sociedad.

"Dijimos que sí para librarnos de él y nos levantamos esperando que pidiera la cuenta.

— "¡Ah, canalla! Todavía me acuerdo de cuando dijo: "¡Un segundo: voy a buscar cigarrillos!"

"Lo esperamos diez minutos, veinte, treinta... Todavía seguiríamos esperando. ¿Qué hacer? Los mozos nos vigilaban.

"¡Nuestro pobre caudal! Cincuenta rublos nos costó el sinvergüenza! ¡Nos arruinó!"

Kazán y Panait se indignan, pero siempre ríen y se cogen del abdomen.

— ¡Qué idiotas fuimos, Dios mío, qué idiotas!

— ¿No lo volvieron a ver nunca?

— ¿Cómo? Al día siguiente y a la misma hora, ¡toc, toc! en la puerta...

— ¿Quién es?

— "Yo. Iván Kusmich.

— "No tenemos tiempo. Tenemos que trabajar...

— Pero yo vengo por ustedes... Tengo en casa una comidita... Diez personas muy interesantes...

— Gracias, gracias, no tenemos tiempo...

"Y al día subsiguiente lo mismo: toc, toc...

— "¡Ya basta! Tú lo oliste, querido Panait...

— "Sí... ¡por el sonido afelpado de sus zapatos... Yo estaba exasperado. Hubiera querido zurrarle, pero temí al ridículo... al escándalo... ¡Haberme dejado engañar de esa manera!

— ¿Entonces?

— ¡Oh, Panait tuvo una idea genial!

Panait reía. Hum, la Guepeú vino en mi ayuda, viejo... Pensé: "Sólo la Guepeú puede salvarnos..."

— ¿Y qué hicieron ustedes?

— Una cosa de nada... empecé a gritar, sin abrir la puerta, separando cada sílaba: "Gue-pe-ú... Gue-pe-ú...

Y los pasos afelpados se precipitaron por las escaleras... Creo que habría sido la primera y última vez que yo hubiera recurrido a la Okrana soviética...

Panait y Kazán no estaban siempre de acuerdo. Tenían naturalezas opuestas. Kazán, hermético, sin esperanza, evitando el fácil contacto con los hombres, creyendo firmemente que "ese tal no existe", y trabajando con todas sus fuerzas como si estuviera convencido de lo contrario...

He aquí cómo describe Panait a Kazán en un artículo aparecido en **Monde:**

"Nikos, después de haber manejado enormes fondos, de haber repatriado a 150.000 hambrientos (del Cáucaso) y haber sentido las pútridas miasmas del poder, se retira, disgustado, malquistándose con todo el mundo y... con su padre que renegó de él y le cortó la asignación...

"Kazán vive, sin embargo, porque es un asceta. Una de sus hermanas, casada con un valeroso artesano (el famoso sastre de señoras, del principio), le ofrece una celda monacal y un plato de **fasoulada.** Y ahí él escribe y escribe sin esperar nada. Para ganarse el pan cultiva el periodismo y redacta libros didácticos. Pero lo que acapara su espíritu es la Nueva Rusia. Vuelve a ella en 1925. Luego se va a visitar Italia, conversa con Mussolini y escribe que el fascismo prepara el terreno al comunismo.

"En esos instantes casi no tiene amigos. Todos lo rechazan. Nikos no le place a nadie. El sigue siendo de una honestidad inhumana, algo que tiene de la pureza, de la frialdad, y de la dureza del diamante.

"Su pensamiento demasiado lúcido, su saber demasiado vasto y su imposibilidad de olvidar lo que ha aprendido ya no le hacen odiar sólo a los mendigos y no amar sino a los ignorantes como yo...."

Panait recuerda también unos de sus primeros diálogos.

— "Dígame, ¿qué es lo que usted más ama?

"Entonces yo le lanzo desde el fondo de mi ser:

—"Creer en todo....

"Ataja mi respuesta, la acepta y la completa con mi propio pensamiento:

— "Sí, cree en todo... pero sin esperar en nada, no olvide esto jamás, de otro modo estaremos perdidos..."

Kazán, en un diario de Atenas presenta simultáneamente a Panait Istrati ante el público griego:

"...Me gustó desde el primer instante su rostro flaco y arrugado y su expresión de vencedor que ha padecido mucho. Todos conocemos la etapa heroica de su vida. Por sus venas corre la sangre vagabunda y furiosa de los Cefalonitas. Sus ojos tienen sed de ver, sus manos tienen sed de palpar, insaciablemente, toda esta tierra efímera y querida que pisoteamos. Tiene hambre, no halla dónde dormir, y recorre la tierra ebrio de felicidad. Porque es preciso tener muy en cuenta esto: muy pocos hombres han sido en el mundo tan profundamente dichosos como Panait Istrati. Su alma heroica transforma el hambre en alimento y el vagabundeo a pie enjuto en libertad. Ahí dónde otros habrían perecido, Panait Istrati respira profundamente con gratitud y voluptuosidad, el aire de la tierra.

"...Panait es un alma oriental, cargada de carne, que no se interesa en lo absoluto en nociones abstractas y se asfixia dentro del estrecho círculo de la razón occidental...".

"Dos son los rasgos dominantes en Panait Istrati:

" a) la capacidad de relatar, tan oriental, de equilibrar sus cuentos entre lo misterioso; b) el don, tan helénico, de equilibrar sus cuentos entre los límites del arte puro. Lo oyes y quedas fascinado, como si oyeras las Mil y Una Noches del Oriente; imaginación y sensualidad, calor humano, amor a la luz, a la mujer, a la tierra. El barro en que sus héroes pastan está saturado de aromas, el mundo es un vértigo, todo ese fulgor de nuestra vida es demasiado breve, demasiado precioso, y es preciso que disfrutemos de él con nuestras manos, nuestros pies, nuestros ojos, con toda nuestra carne.

La obra de Panait Istrati es un deseo insaciable de vida, un amargo surtidor, que brota del barro hacia el sol y se niega a callarse...

Voluptuosidad, amargura, mujer, idea, amistad y muerte, todo se une apasionadamente en esta alma vagabunda, y forma el rostro múltiple, desvergonzado y despreocupado de "Kira Kiralina", la Vida...

XIII

En Moscú nos esperan nieve y frío. Ya habíamos olvidado a ambos, pues éramos ya hijos del Sur. Kazán fué el primer castigado.

— ¡Ay, ay!

Acababa de tocar la manilla de hierro de un vagón en la estación de Moscú, y retiraba la mano quemada... ¡Ay, ay! ¡Una profunda zanja roja: la piel había quedado pegada al hierro!

De cualquier modo tuvimos que parar el golpe: equiparnos para el invierno moscovita.

¡Y no tener fotos de ese híbrido equipo!

Mientras que Panait se compra una chaqueta corta de piel de cordero y acepta usar guantes blancos de aviador — yo me había provisto en París de esos guantes enormes y de gorras de aviador tres veces más pequeñas que nuestras cabezas —, Bilili se enfunda en chompas y más chompas, se hunde una gorra verde hasta el cuello y conserva por economía sus zapatos de Ionesco.

Terrible frío. 1929 — la gran helada, 40° a 45° bajo cero. Todo hombre que usa nariz enarbo-

la una barba de estalactitas. Hombres y caballos lloran, con los ojos enrojecidos: no son ya seres humanos, sino osos polares y gatos con botas los que circulan por Moscú, al cual ha vuelto el lujo de antaño brillante en los abrigos de pieles.

La leche se corta con serrucho, y si usted pregunta a un transeúnte por el nombre de una calle, el tal no se detiene nunca: "Ya sé, ya sé, pero hace mucho frío". Las ruedas de los tranvías giran en el mismo sitio, los trenes están hundidos bajo la nieve... Y nosotros tenemos que hacer de héroes. ¡Oh, oh, el que no haya contemplado tal espectáculo!...

Kazán tiene desde tiempo atrás una pelliza de boyardo que es conveniente no sacudir porque si no los estornudos no tienen cuándo acabar. Todavía luce capucha — porque el gorro de aviador es demasiado pequeño — una gorra de monje del Monte Athos, y sus pantalones de media estación, que remendará más tarde — con nudos de pescador — durante sus largas noches solitarias y heladas a través de las tundras siberianas.

Bilili tiene frío, pero no se queja. Valerosa, acompaña a Panait, un poco más gorda, un poco más pesada a causa de las chompas, pero siempre en el dulce estado de ánimo que nos la hace tan admirable.

Menos heroica, yo tirito y me lamento. Kazán me ofrece su abrigo de piel demasiado pesado, me encorva los hombros. Tengo la cabeza inflamada dentro del gorro de aviador y mis pobres pies se

hielan y me hacen terrible daño dentro de los escarpines parisienses.

Por fin logro descubrir un traje disponible: un largo, largo abrigo de oficial zarista. Una criatura exquisita — Margarita Montegudet, francesa, me lo consigue. Tanto peor por el ideal que ese abrigo representa. Desde entonces, feliz, no lo dejo nunca y es posible ver paseándose por Moscú a un oficial de pies chinescos. Y cosa rara: los huevos podridos y los limones no aumentan de precio. Moscú tenía, probablemente, otros gatos que azotar...

En el correo, que nos esperaba en Moscú, había una carta de Víctor Serge. Nos invitaba a su casa, en Leningrado, ya que teníamos que pasar por ahí para regresar a Murmansk y ver la aurora boreal.

Había también cartas de París para Panait, hablándole en términos muy claros: si él se obstinaba en quedarse por mucho tiempo en la URSS., si se obstinaba en no tomarse tiempo para la continuación de su Adrián Zografi, sus asuntos fracasarían. ¡Los amigos de París no podían hacer ya más!

Panait pasa entonces días de angustia. Le gusta Rusia, el asunto Russakof se incuba en las cenizas y no tenemos ya viento para ello. ¿Cómo salir del "impasse"? Kazán lo exhorta:

— Panait, Panait, ¿no sientes tú que tu horizonte se ensancha al recorrer este inmenso territorio, en donde el espíritu combate, sufre y espera tanto? Panait, sal, pues, de Braila. Deja por fin las circuns-

cripciones — intelectuales, morales o corporales —, en donde se debate tu héroe, lanza a tu Adrián a la Rusia soviética. Llévalo contigo a esta arena terrible en que los tigres y los ángeles aúllan y combaten. Olvida, Panait, tu infancia y las pintorescas turbulencias de tu juventud, no te vuelvas jamás, mira hacia adelante! He aquí a la URSS, he aquí a la masa innumerable y creadora, haz que ella penetre en tu obra...

Pero, Panait enmudece. Bilili, hostil a ella, amaba demasiado al Adrián oriental para crucificarlo en la URSS, se calla de igual manera. La atmósfera en estas últimas veladas comunes se cargaba poco a poco, haciéndose irrespirable.

Sin ninguna razón — al menos aparente — no podemos soportarnos más. Panait es el primero en dar el ejemplo. Los demás comenzamos a evitarnos.

Sólo más tarde, supe (por Georges Lefevre en persona) (1) que Panait, renegando de sus artículos firmados por él y por Kazán, había escrito a París para impedir su aparición. Dió idéntico paso con M. de Yong, en lo referente a Holanda; e igual hizo con Suecia, a pesar de que ya habían aceptado allá publicarlo todo en los diarios más importantes, a cambio de una pingüe remuneración.

Por una extraordinaria coincidencia, el asunto Russakof contribuyó a ayudar a Panait en los nue-

(1) De "Les Nouvelles Litteraires", de Paris.

vos proyectos que fermentaban en él a pesar suyo, de lo cual me hallo absolutamente segura.

En el tren que nos conducía hacia Leningrado se entabló conversación acerca de Víctor Serge.

Kazán conocía ya a ese hombre esclarecido y me había hecho amar también su equilibrada fogosidad y su bello talento de escritor. Pero, Kazán creía — tan firmemente como en lo referente a Istrati —, que Víctor Serge había escogido mal su puesto de combate.

— Víctor Serge sabe que el deber supremo de un hombre, en este momento crítico por el que atraviesa Rusia, es el de lanzarse a la acción. Colaborar de una manera inmediata, tangible, con hechos cotidianos, a la obra común. Víctor Serge lo sabe y trata de actuar, pero es demasiado refinado, comprende demasiado; su mirada abraza un círculo demasiado amplio; le falta la capacidad de verse limitado.

Panait no quiere admitirlo.

— Víctor Serge es un buen combatiente. Me gusta y lo envidio — murmura, con el cigarrillo entre los labios.

— No, Panait — replica Kazán —. Víctor Serge ve al mismo tiempo el pro y el contra, analiza y "comprende" al enemigo. ¿Acaso comprender no es una forma de justificar? Y justificar, ¿no es, acaso, perdonar? Panait, Panait, en los labios de Víctor Serge se dibuja a menudo una sonrisa escéptica y amarga que paraliza la acción...

—¿Y qué debe hacer entonces? ¿Cruzarse de brazos?

—¡Escribir! Servir con su pluma como con una espada!

Y como Panait murmura algo así como: "Te conozco; ya estoy harto de tu muletilla: escribir..., escribir", Kazán busca en su saco, extrae dos páginas mecanografiadas y sin ninguna explicación más, comienza a leernos:

"Para un niño:

Que no haya nada en el alborear de tu vida,
ninguna desesperanza ni tampoco esperanza alguna...

"Ninguna desesperanza: está bien concluído eso de atribuir a lo infinito los límites de la debilidad

— y tampoco esperanza alguna: deja a los que tienen que lanzar un cebo esa inquietud y esa dicha sin ardor.

"Que no haya en ti

"ningún odio, ni desprecio; no hay frente bajo cuya concavidad no se abrigue un átomo de locura — tanta pena, en la derrota y su incierta victoria.

"las alas rotas...

"Duda, pero sabe:

"la certidumbre está en tu acción; tu voluntad, en la realidad.

"Perdona a los demás la mentira, si las máscaras son menos rígidas que los semblantes.

"Perdona, perdona la traición; porque es a lo mejor de uno mismo a lo que se traiciona con los ojos vendados por demasiado antiguas miserias humanas.

"Admira—perdonando, con piedad—, al Hombre Antiguo y Violento,

"por el cual, cada siglo, empieza el Bruto a conquistar las estrellas.

"Admira a los Cristos impotentes, por quienes renace cada siglo,

"—para que lo maten —el Hombre superándose a sí mismo.

"Admira a los heresiarcas y a los profetas, buenos obreros de mañana; constructores de elevadas torres,

"en pleno porvenir imposible.

"Admira a los que caminan acorazados de inexorable voluntad, cumpliendo l[illegible]tigua ley:

"Todo está permitido, la s[illegible] ley — Hombre o Bruto —, es la de vencer o de resignarse noblemente a morir.

"Sigue el camino más arduo; ya que no se ve dónde terminará.

"ya que no se llega nunca.

"Sé clemente y duro; sé fervoroso y brutal. Toma. Da. Ama. Rompe. Cae y levántate. Sufre sin quejas. Pisotea las flores; amasa el barro; exáltate. Arde,

"y contempla el fuego.

"Y deja que en ti brote el ímpetu.

"Después, cuando llegue la hora, di a los que vengan a matarte:

"—Aquí estoy.

"Sin amargura, sin rencor, sin quejas
"de pie
"fiel a lo que hacen los hombres
"del tiempo de hoy."

Panait está sordamente conmovido por esas palabras, pero no quiere dejarlo traslucir.

—¡Tu "Ascético"! ¿Le has hecho alguna variante?

—¡No, Panait; no, pero esto fué escrito exactamente por la misma época, en la misma ciudad, en Berlín, en 1923, por dos seres que no se conocían aun y ahora que el azar los ha unido, pretenden ser "diferentes". ¿No reconoces tú, realmente, a su autor?

Estoy cierto de que Panait lo había reconocido: pero no quiso pronunciar ese nombre que él amaba. Le parecía como una blasfemia.

—Sí, sí, Panait —prosiguió Kazán con tristeza—, es Víctor Serge quien lanzó este grito admirable de libertad. "Ya que no se llega nunca". Víctor Serge, que quiere educar a sù Vladi y a todos los niños rusos dentro de esa alta moral en la que muy pocos seres del mundo pueden respirar con facilidad...

Grande fué mi alegría al conocer por fin a Víctor Serge y el ambiente en donde le gustaba vivir y crear.

Hombre de apenas unos cuarenta años, de talla normal, mejillas redondas, ojos rientes y buen muchacho... Su mujer, Liuba, perfectamente adorable, su ayudante, su compañera de vida y de muerte, la madre de su pequeño Vladi, un pilluelo de 8 años, despierto, que plantea las preguntas más inesperadas, e imita a Panait y sus exuberantes gestos; y a Kazán su tieso modo de andar... Luego, el suegro, el bravo obrero Russakof, de ojos azules de chiquillo inocente; su mujer, el hada buena de la cocina, y su prole, dos muchachas y un joven que trabajaba, según creo, a algunos kilómetros de ahí, en una fábrica.

¿Cómo es que ahora, sobre tan pacífica familia, se descargó el rayo? ¿De dónde brotó la chispa?

Víctor Serge era trotskista. Desde luego. Pero él, como Christian Rakowski, el búlgaro, adoraba a Rusia y al comunismo y detestaba proporcionar armas a los enemigos ignorantes y torcidos. Por eso, no hablaba nunca contra el régimen. Por el contrario, como verdadero y apasionado marxista, hacía proselitismo y seguía estando dispuesto a la muerte.

Víctor Serge era el traductor titular de Lenin, y, en sus horas de ocio, escribía cuentos, dramas novelas (me acuerdo de una "nouvelle" acerca de Lenin, que me causó gran impresión a causa de su

estilo y de sus poderosos elementos dramáticos). Y cuando Kazán, vehemente, trató de persuadirlo de que se volcara enteramente a las letras, él le dirigió una de esas cartas que, por lo profundas y vibrantes, contribuyen a enriquecer el alma humana:

"Mi querido Nikos:

"Cada vez estoy más convencido de que el lenguaje ha sido otorgado al hombre tanto para expresar su pensamiento, como para velarlo, y cultivar equívocos después de todo tan cautivadores como la verdad. Nuestras conversaciones me han llamado la atención siempre hacia esa aproximación a la verdad. Nosotros nos entendemos muy bien —estamos de acuerdo—, nos palpamos, vamos a tocar juntos la tierra prometida; y, he aquí que ella se desvanece, que ya no estamos de acuerdo en nada, más aún, que no nos comprendemos, y abrigamos el irritante sentimiento de no poder sobrepasar un obstáculo interno.

"Nada de esto sería enojoso, pues me gusta que los hombres sean diferentes (y también usted); me siento capaz de amar casi igualmente, aunque de modo distinto, al buen adversario como al camarada y por lo demás, seríamos uno y otro, al mismo tiempo, el uno para el otro, si a veces desdichadas pantallas no viniesen a interponerse entre nosotros. Yo quiero removerlas, y le pido a usted que me ayude. Nuevamente se extienden entre nosotros millares de leguas y de

meses: tiempo y espacio nos cubren, seres vivientes, y nos reemplazan con seres convencionales. Así, usted ve prevalecer en mí a un marxista con anteojeras que yo lograba generalmente recluir en los más recónditos escondrijos de la personalidad, en donde es preciso que guardemos, (y para algunas grandes circunstancias) los accesorios de la mediocridad útil. Tal vez esté yo también inclinado a simplificar demasiado tarde la imagen que usted me dejó y las terribles palabras mágicas, esos clisés agobiadores se presentan entonces en el espíritu por ellas invadido: místico, intelectualista, etc. Usted es una y otra cosa, y otra más; y yo lo sé muy bien, querido Nikos. Las palabras tienen siempre sus significados opuestos, el uno restrictivo, concreto y pobre; el otro, rico, complejo y dialéctico. Créame que yo nunca empleo los términos en el primer sentido. Yo creo que nosotros podríamos entendernos acerca de la contemplación (acerca de la comprensión) del universo, pero el entendimiento termina cuando se trata de pasar de la contemplación a la acción. Usted no es "activo" en el sentido material, social, duramente estrecho, prácticamente revolucionario: eso es todo. Yo lo soy (o, apasionadamente, quisiera serlo: es mi propósito predominante). De aquí distingo las diferencias más profundas que nos separan. Usted no es "activo" (así) porque usted cree en la incompatibilidad entre la acción y la contemplación. Yo soy (o quiero serlo) activo, en ese sentido, porque yo no admito que la contemplación

esté separada de la acción. Esa "unidad" es la vida. Si somos adversarios, ello se debe a que usted no sobrepasa tal antinomia. Yo entonces parezco que me pongo anteojeras y acaso sea cierto que me las pongo. Pues bien, rompámoslas, dispuestos a decirnos después que el bruto conserva en nosotros un lugar más considerable. (Ese bruto activo hace también su camino y alza sus lomos; él también carga, hacia las cumbres, sobre sus hombros de atlante, al Hombre que se desprende de él.)

"Releo su carta y veo que no le contesto sino aproximativamente. No puedo proceder de otra manera, y sólo me queda pedirle que usted mismo llene las lagunas de mi respuesta. ¿Qué mayor servicio se puede pedir a un adversario? ¿Y qué adversario mejor para hacerlo, que aquel que está tan cerca de ser un hermano? . . ."

Y he aquí ahora la actividad de este hombre de "gran estatura", rota a causa de una pequeña alma envidiosa.

Víctor Serge, con sus suegros y su progenitura, había alquilado un amplio departamento en el piso superior de una hermosa casa de Leningrado. Ese departamento y una joven konsomol "burguesa" fueron las primeras e insospechadas causas del drama Russakof.

Según una ley, en esos tiempos el número de habitaciones que una familia tenía el derecho de ha-

bitar estaba estrictamente limitado. Según dicha ley, una pieza del departamento Russakof debía ser cedida a un inquilino.

Llega una joven konsomol. Se presenta como estudiante. Le entregan de buena gana la pieza en cuestión. Pero no es una muchacha. Es una víbora ponzoñosa. En pocos días logra embarrullarse con todos los habitantes de la casa. Escupe el rostro a la buena abuela Russakof, araña y abofetea a Liuba (quien haya conocido, como yo, a la joven esposa de Víctor Serge, podrá jurar que se trata de un ser angelical). Le pega al pequeño Vladi y pone a todo el mundo vuelta abajo.

Naturalmente la ponen en la puerta.

Márchase furibunda, y a los dos o tres días llaman a Russakof. — "Usted es un saboteador". — A la edad de setenta años, el valiente obrero, que había trabajado durante toda su vida con el sudor de su frente, no sólo para alimentar a sus hijos, sino en servicio de la gran Doctrina, a los setenta de edad, después de tantos años de vida honesta y probada, Russakof pierde su situación, no tiene ya derecho a su libreta de cooperativa, es decir, son condenados a morir de hambre él y los suyos.

Panait no puede dar crédito a sus ojos y a sus oídos. Interviene. Va a Moscú. Sube y baja diez veces al día las escaleras de los poderosos del día. Visita a los comisarios... Le prometen hacer justicia... Kazán va, por su parte, en busca de Olga Kameneva, a la que conoce mucho. Inútil.

Carta tras carta nos traen malas noticias. Peticiones de apoyo tanto más conmovedoras cuanto que todas las víctimas creen firmemente en la justicia de "su" Estado.

Pero, ahora ya no es sólo el anciano obrero Russakoff, sino también Víctor Serge quien cae en desgracia.

Entonces hubierais visto a Panait perder la razón y encerrarse en su habitación de Moscú, llorar y blasfemar de rabia. Y como cree que Kazán permanece impasible —sucio egoísta—, lo detesta, lo detesta con todas las fuerzas de su alma.

Largos ratos de atonía suceden a la furia. Panait corre de aquí allá desde la mañana hasta la noche, amenaza, implora. Coge el teléfono y lanza la palabra de Cambronne contra todos los satélites de Stalin. Luego, como un pobre conejo, perseguido por la multitud, herido, se acurruca en su alcoba, tiembla, espera ser detenido —teme su desaparición. ¡Venga lo que viniere! ¿No nos han referido que un periodista demasiado curioso, "quiso hacer una excursión de la que nunca regresó"?

No se puede más, no se debe pedir más de Panait ni de nadie. Que se callen los valientes. Me gustaría verlos en lugar de Istrati, en pleno campamento enemigo, luchar, gritar, golpearse la cabeza contra la muralla burocrática, sufrir, sufrir atrozmente...

"¿Entonces en URSS se persigue a los obreros? ¿Se mata a los amigos? Entonces, ¿es por aquel

sistema que queremos sacrificar nuestra vida, nuestra obra y nuestra alma? ¡Ah, no! O se rehabilita a Russakof o les escupo el rostro; vuelvo a Europa y grito mi testimonio de hombre honrado. Sé gritar, buen Dios. ¡Gritaría hasta romper los tímpanos de Stalin y su cuadrilla!"

Moderno don Quijote, sin Sancho y sin espada, Panait combate solo contra la máquina infernal. Los intelectuales del mundo entero siguen con la vista esta lucha sentimental y desigual, irónicos o emocionados, según su propio temperamento. La inicua suerte de Víctor Serge llama, sin embargo, la atención de ellos y, después de seis años de deportación en Siberia, consiguen arrancar esta víctima de las garras de la muerte. Víctor Serge solo. ¿Pero los otros? ¿Los grandes, los viejos militantes? ¿Las mujeres? ¿Los niños? ¿Los centenares, los millares de deportados desconocidos, encarcelados, asesinados?

¡Pobre Panait! ¡Pobre, dos veces pobre Víctor Serge, víctima inocente, que paga tal vez por los gritos de Panait! ¡Y tú, dulce Liuba, me cuentan de ti que perdiste la razón por tanta inmerecida miseria!

No, cuando pienso en esta familia, tan valerosa, tan unida, lanzo un anatema. Un anatema contra el alma humana que tiene vergüenza de confesar sus errores, un anatema contra el alma humana que co-

noce la envidia. Porque, ¿existe acaso crimen más negro que el de dejar a tres seres vagar en Siberia, caer enfermos, perder la razón, sólo por vergüenza de confesar un error? (1)

(1) Victor Serge, trotskista confeso desde entonces, realiza una violenta campaña contra Stalin y la III Internacional. Su libro *"El destino de una revolución"* (Ediciones Ercilla), reforzamiento de *"La revolución traicionada"*, de Trotski (Ediciones Ercilla), es una violenta invectiva contra el régimen soviético, como lo es el libro *"Rusia en 1929"*, de Panait Istrati, escrito a raíz del incidente Russakof.—N. del T.

XIV

En la primavera de 1929, salimos de la URSS sin darnos la mano. Panait no nos perdonaba el no haber tomado una parte más activa contra la naciente burocracia de Stalin. Nosotros reprochábamos a Panait el dar armas a los enemigos, no sólo de la Rusia soviética, sino de toda la humanidad, falta de libertad. Porque previmos el tercer acto de la tragedia que iba a producirse. No era la primera vez que un hombre deseoso de ser justo, llegara por exceso de franqueza a los antípodas de su deseo: a la injusticia más abyecta. Nosotros sabíamos, además, que nuestro querido Panait, nuestro Don Quijote de genio, iba a sufrir atrozmente, y que ni su pobre cuerpo deshecho, ni su gran corazón atónito podrían tenerse "en pie" en tan desigual combate.

Kazán, nuevamente solitario, se marchó al Turquestán y a Siberia, puso en orden sus impresiones y, como verdadero "hombre que no se adhiere a nada", las cristalizó en un libro profético (1):

---

(1) El libro de Kazán es el ya citado, "Toda Raba". Lo ocurrido con los efectos del libro de Panait se parece a los ecos despertados por los libros de Gide sobre Rusia.—N. del T.

pero que no permitirá nunca a los burgueses lanzarse sobre la liebre y equivocarse gustoso por su propia cuenta.

Panait escribió "Hacia la otra llama", cuyo primer volumen es el único totalmente hecho por Panait. Al punto, el tumulto internacional se lanzó tras él.

Los peores, los "amantes del orden", los patriotas, los "fríos", decían:

"Panait está disgustado de la Rusia soviética. ¡Viva, pues, el hielo que cubre al corazón humano! ¡Viva el interminable festín! Y que antes sean los huesos arrojados al mar que entregados a los hambrientos de esta tierra".

Los otros, los "Amigos de los Soviets" (buena parte de ellos sinceros, sin que nunca se allegasen siquiera a comprobar los escritos de su prensa) se lanzaron en pos del "traidor", con el cuchillo entre los dientes. Y Panait, que detestaba la fuga, con los ojos rabiosos y las manos trémulas, mostró su pecho doblemente herido, lanzando su último grito de desesperación: "¡Mueran los organizadores!"

Es fácil condenar a un hombre por un acto o una palabra. Más aún, por una serie de escritos. Pero sería mejor, antes de ocupar el sitial del Gran Inquisidor, examinar antecedentes, si no con amor, al menos con espíritu lúcido e imparcial.

Panait huye de nuestra Europa arrojando el guante a nuestro dios bufón, de gran panza, avalorado en zequíes de oro..., Tiene cuarenta y dos años.

Ha sobrellevado toda clase de miserias. Ha sufrido a causa de toda clase de injusticias, pero su corazón sigue siendo valiente y rojo, porque tiene fe; tiene fe en Lenin.

Pero, he aquí que, después de año y medio de entusiásticos espectáculos, Panait recorre la URSS, en medio de una marejada borboteante de sentimientos rebajadores, resbala entre ellos, y pide socorro.

Pide socorro y resbala más y más; el lodo le aprieta el pecho, la muerte le cierra la boca con su mano amarilla y fría. Y, ¡oh, última miseria; la más insoportable de todas! — ningún amigo acude en su ayuda. Ninguno, ninguno. Ni grande ni pequeño. Al contrario, nuevo San Sebastián, su cuerpo yace cubierto de flechas envenenadas —, y sangra.

He aquí ahora cómo ha vivido este niño tan ingenuo, tan sentimental, desde su salida de la Rusia soviética, los cinco últimos años de su larga agonía.

"El hombre que no se adhiere a nada" — la "Carta a Mauriac" — su "Testamento político" — escrito igualmente en francés y que ningún diario de París quiso publicar, todo esto y todo cuanto Panait Istrati escribió en rumano, no significan sino un solo grito: ¡Socorro!

Imaginaos, ahora, si Panait, regresando de Rusia, desamparado, oprimido el corazón, encontraría un asilo junto a Romain Rolland, un oído, un "alma

compasiva". Si en vez de darle con la puerta en las narices, su creador, después de Dios, lo hubiera llamado a su lado, junto al fuego de su hogar, le hubiera puesto la mano sobre la rodilla o sobre el hombre (yo no conozco los gestos íntimos de ese creador), y le hubiera hablado. Hablado, no como docto, sino como hombre que "ve" y también sufre y "no quiere ser un ciego sectario".

Si le hubiera dicho, por ejemplo:

"Hijo mío, mi Panaitaki, tienes razón; pero cállate. Cállate, por favor, no proporciones armas a los enemigos torcidos. Sí, sí. Víctor Serge sufre injustamente, tu amigo, su mujer, su hijito corren peligro de muerte; pero la humanidad avanza a menudo sobre los cuerpos de los inocentes, y nosotros "debemos" lamentarnos, pero ayudar siempre a la humanidad a vencer. Y, por una vez, por esta vez, acaso, nuestro supremo deber es el de callarnos. Callarnos aquí en el campamento enemigo"...

Y diciendo esto, tomar su bordón de peregrino, él, Romain Rolland u otro que disfrutara del mismo prestigio colosal, y dirigirse al punto a Rusia a combatir cuerpo a cuerpo contra el azote peligroso que iba a tragarse a la más querida esperanza del hombre.

¡Bah! Desde Romain Rolland hasta Madelaine Paz — seres a quienes admiramos a pesar de todo — todos consideraron más cómodo arrojar la piedra contra nuestro Istrati y apartarlo como a un apestado.

No repetiré aquí las exclamaciones oídas en Francia. Los gritos de Panait necesitan un poco de más justicia, un poco de más imparcialidad, un corazón humano capaz de comprender.

"Viajando en esa época con unos delegados de los paises de Occidente, él advirtió en su vagón —¡horror!— a un delegado marroquí.

—"¡Yo no quiero viajar con este negro! —declaró. El haiduk se había vuelto civilizado como un norteamericano"...

O bien:

"Se sabe que forma parte de una comisión de investigación gubernativa desde un abaleamiento en Lupani, en el que fueron víctimas nueve obreros, y que dicha Comisión aprobó por unanimidad el procedimiento de las autoridades..."

Un proverbio de nuestra tierra dice: "Mejor es que te revienten el ojo y no tu reputación". Más valía matarlo de un golpe que envenenarlo así.

¡Pobre Panait! Todavía le quedan algunas horas. Quiere, pero apenas si lo consigue, hablarnos aún de sus recuerdos — ¡oh, los más hermosos son siempre aquellos que no hay tiempo de expresar! — Tiene que hacerle ardides a la muerte para robarle algunas bocanadas de aire y de sol, y he aquí que es necesario agotarse para contestar a tales ignominias. Defenderse, proclamar su inocencia.

"Pero, la verdad se hace pública (respuesta al ataque anterior, escrita como "post scriptum de su "Testamento Político").

"Mi investigación en Lupani (en donde hubo no "nueve", sino treinta mineros muertos y cien heridos) fué personal. El profesor Rómulo Cioclef, miembro del partido en el podér, me acompañó, a fin de verificar la autenticidad de mis comprobaciones.

"Resultado: de regreso a Bucarest, el profesor Cioclef renunció al partido, con ruido en la prensa, convencido como yo de la culpabilidad del gobierno, mientras tanto yo publicaba siete artículos en el cotidiano "Lupta", que me valieron manifestaciones hostiles por parte de los estudiantes y una rápida expulsión. (Y, como no le gusta citar sus proezas, Panait no añade palabra acerca del atentado de los estudiantes derechistas contra él, y que si no lo mataron en plena Feria del Libro, lo debió tan sólo a su presencia de espíritu).

¡Pobre, tres veces pobre Panaitaki! "Agente de la Siguranțza". "¡Convertido al catolicismo!"... "Agente provocador". ..."¡Norteamericano!..."

Me pregunto después de tantas cartas de perdón que él escribió a sus amigos, ¿tan sólo Kazán fué el único que volvió a abrirle los brazos?

Algunas palabras de cariño y de comprensión más, y el engaña-muerte rebelado arroja la máscara. Las exclusas se rompen. Los diques son arrasados.

"Te escribo desde la cama, poco y mal. He recaído a causa de un amago de incendio, que ha puesto nuestro hogar vuelta abajo. Nuevas hemoptisis que sufrí con tal motivo me desalentaron. No veo el fin, un final aunque sea poco feliz, de esta larga enfermedad. Veo más bien el otro final —¡cómo ha sido posible que hurte mi vida al sol, que deje mi hermosa vida anónima, para extraviarme en medio de una existencia de papel y tinta, que me ha traído a donde me encuentro ahora! ¿Alguna vez, acaso, he anhelado yo el pan blanco, la buena cama y el ruido al que se denomina "gloria"? No; el cielo es mi testigo. Prueba de ello: cuando los tuve, nunca los aprecié. Entonces, ¿por qué este castigo de Prometeo?

"Nikos, yo leo y releo tu carta ávidamente. ¡Tú conoces y dices tan bien las cosas duras de la vida! ¡Cómo me gustaría estar en Madrid junto a ti!

"No quiero apresurarme esta mañana. Quedaría enfermo para todo el día. (Toda actividad, aunque fuese la cerebral y en la cama, dice más arriba, me produce fiebre.) Y mi feroz odalisca me maltrataría.

Oh, nuestro viaje, en los vagones "mishki" (duros). No, en verdad. ¿Ocurrió eso alguna vez? ¿No es un sueño? ¡Oh, Rusia, tú te has quedado con mi piel, pero te amo! ¡Te amo tanto como odio a tus "teóricos de ideas de papel", es como dices con tanto acierto, mi ogro!

"Adiós, Nikos. Escríbeme mucho, todo lo que puedas y quieras. Yo estoy enfermo, soy un maravilloso moribundo.

PS—, Me siento muy feliz de haberte reencontrado. No me dejes, ¿eh? Me acuerdo de una gran frase de Mahoma que aparece en uno de tus libros: "Oh, Dios, te doy gracias por haberme provisto de un corazón infiel" (más o menos esto). Mi odalisca no quiere que yo tenga un corazón así...

Monasterio Neamtez, 1. II. 33.

...PS. ¿Tienes una buena colección de buenos relatos neutrales sobre Rusia? Y si los conservas aún y si Grasset los quiere publicar, bajo nuestros dos nombres, ¿quieres tú que se lo pida?

Neamtez, 14. I. 33.

...Estoy en un sanatorio de tuberculosos pobres. Mi casucha de Neamtez se incendió una noche. Me espanté. Hemoptisis. Luego, bronquitis.

En fin, recaída, muy mimado...

8. III. 33.

...¡Oh, Nikos, estás en Egine y yo en un arrabal pestilente! Yo: estacionario. El derecho se ha cicatrizado, pero el izquierdo es un pingajo acezante. Me ahogo siempre. Imposible dejar la cama. Pronto me faltará el pan. Rieder me pide tres volúmenes para poner mis deudas al día. Pero yo no puedo nada o poco, muy poco. Dentro de algunos días dejaré este hospital. Iré a arrojar mi pingajo en mi casa...

12. V. 33. Hospital Filaret.

...Estoy aquí por quince días más, luego no sé. Derivación sentimental de un engaña-la-muerte. Dime en dónde podríamos vernos este otoño, en una tierra caliente, en donde quisiera pasar el invierno. (¡Si es que vivo!). Tengo necesidad de las figuras y sucesos evocados por ti en Rusia...

De Holanda, 4. VIII, 33.

No es una vaga sugestión de mujer sentimental. Como podéis juzgar por vosotros mismos, es la verdad simple. Estas cartas de 1933 (y muchas más que no cito) no permiten ninguna duda.

Panait fué víctima de su carácter impulsivo y de sus amigos indiferentes y crueles. Unico consuelo en su larga agonía fué su "odalisca", su mujer, la joven estudiante con quien se casó en 1932, en un rapto de humor, al modo de un joven galán de los "films" norteamericanos que siempre tienen un desenlace feliz.

Después de una triste historia con la suave Bilili, que duró algunos años, y acabó por matar a los dos, Panait perdió la razón por segunda vez y despertó una noche en... Bellinzone, con un saco de viaje sobre las espaldas, sin una muda de ropa interior, pero provisto de media docena de... gruesas barras de lacre.

"En fin, regresé a Braila para aullar. Y he aullado un mes entero, luego, un día me acordé de que había visto a una bellísima muchacha en casa de un

pariente lejano mío que habitaba en la otra ribera del Danubio. Crucé rápidamente el río y pedí a la madre que escribiera a su hija, en Bucarest, para que viniera en seguida a Braila, porque yo la quería. La pobre mujer exclamó en voz alta: —¡Pero, mi hija no tiene sino 22 años, mientras que tú tienes cuarenta y seis. Y además, ella tiene que terminar sus estudios y recibir su diploma de física y química, en la Universidad de Bucarest.

No importa. La estudianta respondió a mi llamado y todo se arregló en un abrir y cerrar de ojos. En abril último me casé con ella, después de un magnífico viaje a París y a la Costa Azul, en julio y agosto de 1931. En este momento, a pesar de todo el deseo que ella tenía de conocerte, te llena de injurias greco-turco-romanas —ella tiene todo esto en su sangre y luce su espléndida belleza en el rostro— para darse cuenta de que tú me retienes horas tras horas sobre el papel mientras que está servida la mesa. (Estamos en pleno bosque a quince kilómetros del mercado más cercano y a cincuenta kilómetros de la estación más próxima. Y sus estudios de física y química están bastante averiados)..."

Esa mujer "greco-turco-romana" y algunos estudiantes que no pertenecían a ningún partido, los Cruciada Romanului (no olvidéis que mientras los izquierdistas lo llenaban de injurias, los derechistas atentaban contra su vida) endulzaron las últimas horas del Eterno Vagabundo.

Su patria intelectual, Francia, le cerró las puertas que tanto gustaba él cruzar. Entonces Panait se refugió en los brazos de su patria corporal. Estaba enfermo, pobre, tenía necesidad de mimos. Y como la muerte lo apremiaba, su mirada ardorosa y desencantada se fijaba en los niños que lo rodeaban. Y en adelante dirigió su palabra, cálida de vida y amor, a los niños.

Y los niños, que son puros, comprendieron. Y pronto hicieron de él su ídolo.

Pero, yo creo que, en el fondo de su corazón, Panait conservó siempre idéntica amargura. El era medio oriental y conocía el proverbio: "Si hablas mal de tu casa, ella se desplomará sobre tu cabeza". Su casa fué siempre, antes de que naciera y después de muerto, Rusia. Habló mal de ella. Y ella se desplomó sobre su cabeza y lo enterró entre sus escombros.

Tal fué la verdadera tragedia de Panait Istrati.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

FIN